

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



DIRECTOR:
MANUEL MACHADO

Redactor Jefe:
A. MILLARES CARLO

SUMARIO

EMILIO COTARELO.—*Sobre las primeras versiones españolas de «Romeo y Julieta», tragedia de Shakespeare.*

ANTONIO R. RODRÍGUEZ MOÑINO.—*Juan Meléndez Valdés. Nuevos y curiosos documentos para su biografía (1798-1801).*

M. HERRERO-GARCÍA.—*El Rastro de Madrid.*

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV.*

FIDEL PÉREZ-MÍNGUEZ.—*La Condesa de Castellar, fundadora del convento «Las Carboneras».*

F. GIL AYUSO.—*Las Ruinas de Palmira. Una edición francesa hecha en Madrid en 1797.*

VARIEDADES: ANTONIO R. RODRÍGUEZ MOÑINO: *El «Avoir une maison...», de Chr. Plantin y El «Vitam quae faciant beatiorem...», de Marcial.*

JOSÉ SUBIRÁ: *El idioma como elemento satírico en la literatura tonadillesca.*—COMANDANTE GIL REY: *El retablo mayor de la iglesia de Colmenar Viejo.*

RESEÑAS: *Las grandes obras maestras de la literatura universal* (S. DE R.).—*Barberán, Cecilio.-Artistas contemporáneos: I. Eduardo Navarro* (R. M.).—*Entrambasaguas y Peña, Joaquín.-Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos* (S. DE R.).

BIBLIOGRAFIA por AGUSTÍN MILLARES CARLO, JENARO ARTELES y AGUSTÍN G. IGLESIAS.

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, calle de Fuencarral, 84, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid, un año.....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO IX

OCTUBRE, 1932

NÚMERO 36

SOBRE LAS PRIMERAS VERSIONES ESPA-
ÑOLAS DE «ROMEO Y JULIETA», TRAGEDIA
DE SHAKESPEARE

Digamos, ante todo, que no se trata de traducciones directas del original inglés, sino del «arreglo» hecho en francés por J. F. Ducis en 1772, pues Shakespeare, a pesar de la traducción del *Hamlet*, publicada por Moratín en 1798, era aún poco conocido en España.

Y hecha esta salvedad, agreguemos que este punto histórico literario de las primeras traducciones de la obra shakespeariana, algo confuso de suyo, parece que ha sido cada vez más embrollado por los que han tratado de él. Sin entrar en discusiones expondré sucintamente y bien ordenados los hechos, y mucho me engaño, o ellos mismos darán resuelta satisfactoriamente la cuestión que se ha presentado sobre quiénes fuesen los primeros traductores.

En el *Diario de Madrid* del 9 de diciembre de 1803, único periódico que entonces anunciaba las funciones diarias de los teatros, estampó así el anuncio del teatro de la Cruz en dicho día: «En el de la calle de la Cruz se representará el drama en cinco actos *Julia y Romeo*, nuevo. Tonadilla y baile.» La obra pasó sin dificultad; no tuvo gran éxito, pero se repitió los días 10, 11, 12 y 13; luego se dió *La moscovita sensible*, de Comella.

La otra obra, la de Shakespeare, no se imprimió; pero en la Biblioteca Municipal de esta villa hay un manuscrito de ella tal y como se debió estrenar en 1803, y otro con adiciones y variantes que corresponderán a una reposición hecha en una época que no podemos precisar, ni es necesario, pero de fijo anterior a 1808. No hay que olvidar que por aquel tiempo

era empresario de los teatros de la villa el Ayuntamiento, y por eso quedaron en su Archivo la mayor parte de los originales de las obras que se iban representando.

Ahora bien, D. Leandro Fernández de Moratín, en un copioso catálogo de piezas dramáticas escritas desde principios del siglo XVIII hasta su tiempo, incluyó el artículo que dice:

«DON DIONISIO SOLÍS: *Romeo y Julieta*», etc.

Este catálogo es anterior a 1812, en que Moratín tuvo que salir de Madrid, a donde ya no volvió más. Una obra tan difícil y larga como ésta no se compila en poco tiempo ni fuera de España, como residió Moratín los últimos años de su vida (1).

Moratín y Solís eran íntimos amigos, según lo prueban las cartas que entre ambos se cruzaron, las cuales se han impreso en las *Obras póstumas* del primero (2). Debía saber, pues, D. Leandro bien lo que escribía referente a su amigo.

Don Dionisio Solís era en 1803 apuntador del teatro de la Cruz, donde se estrenó el drama de Shakespeare, y lo fué toda su vida, y gozaba y gozó gran parte de ella 18 reales diarios de sueldo. No faltó de Madrid más que en 1808 y 1809, en que tomó el fusil para defender la patria contra la invasión napoleónica, y eso que tenía ya treinta y cuatro años, estaba casado y con hijos, que pudieron subsistir gracias a la pequeña jubilación que disfrutaba María Ribera, actriz y esposa de Solís. Al volver en 1810 a la escena, fué nombrado apuntador del teatro del Príncipe. Entonces intimó con Máiquez, y fué el único hombre de quien este insigne y orgulloso comediante admitía consejos y aun recibía lecciones.

Es, pues, indiscutible que Solís tradujo el *Romeo y Julieta*, según el texto de Ducis. Sigamos apuntando hechos seguros.

El día 14 de diciembre de 1818 se estrenó en el teatro del Príncipe la tragedia en cinco actos, traducida del francés, *Romeo y Julieta*. Gustó poco, pues sólo se representó el día del estreno y los dos siguientes. La hicieron Manuela Molina, María Maqueda, Andrés Prieto, Bernardo Avecilla, Joaquín Caprara, Antonio Silvestri, Ramón López y Manuel Prieto. La función terminó con bolero y un sainete.

Dos años después se imprimió en Barcelona (3). Esta versión es completamente distinta de la manuscrita de la Biblioteca Municipal, empezando porque está toda ella en romance endecasílabo y la manuscrita está en versos de ocho sílabas. Serán, pues, dos los autores.

Ni en el anuncio del *Diario* ni en la edición impresa se dice quién sea el de esta segunda versión, ni Moratín en su *Catálogo* menciona más versiones que la que atribuye a Solís. Pero otro periódico, aunque no diario,

(1) *Obras de Moratín*, en la *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo II, pág. 333.

(2) Madrid, 1868. Tomo III, págs. 346, 348, 350 y 351.

(3) Por Juan Francisco Piferrer, 1820, en 4º, 24 págs. Poco después se reimprimió en Valencia.

pues salía los miércoles y viernes, titulado *Crónica Científica y Literaria*, y que solía dar por adelantado el anuncio de las obras de teatro que se pondrían en el mes, aunque luego se retrasase la representación de ellas, cosa que dependía de la administración de los teatros, ya desde el número del 2 de octubre anuncia el *Romeo* en esta forma:

«TEATROS.—Lista de las funciones que se han de ejecutar en los de esta corte en el presente mes de octubre de 1818, con la denominación de los galanes y autores. *Teatro del Príncipe*: ANDRÉS PRIETO, *Julieta y Romeo*, tragedia, traducida por GARCÍA SUELTO.»

Como en dicho mes no pudo representarse la obra, la *Crónica* repitió el anuncio en el número de 3 de noviembre, diciendo:

«*Teatro del Príncipe*: ANDRÉS PRIETO, *Julieta y Romeo*, tragedia, traducida por GARCÍA.»

Y como tampoco en noviembre hubo de estrenarse el *Romeo*, el periódico insertó de nuevo el anuncio en esta forma:

«*Teatro del Príncipe*: ANDRÉS PIETO, *Las tres sultanas o Solimán II*, desconocida. — IDEM, *Julieta y Romeo*, tragedia, traducida por GARCÍA SUELTO.»

Tanta insistencia no deja lugar a dudas; el nuevo traductor era un García Suelto. Dos poetas dramáticos de este apellido hubo por estos tiempos: D. Tomás García Suelto, célebre médico y traductor del *Cid*, de Corneille, y de otros dramas, y su hermano D. Manuel Bernardino García Suelto.

El primero había ya fallecido en 1818; tuvo, pues, que ser el segundo, que vivió aún muchos años, el traductor de Shakespeare a través de Ducis.

Y en efecto, apenas se leen los primeros versos se adquiere la convicción de que esta obra es hermana gemela de otra versión shakespeariana de igual género: la del *Macbeth*, hecha por D. Manuel García, o sea por el mismo García Suelto del *Romeo* (4).

Este empieza así:

FLAVIA. No temas, no; ¿qué importa a tus deseos
que ese anciano infeliz, a quien lanzaron
del Apenino monte y las cavernas
la eterna agitación y los quebrantos,
exista hoy en Verona y en su centro
encubierto respire?

El *Macbeth* de García principia:

ADOLFO. ¿Dónde vamos, señor? Aquí los cielos,
cubiertos con los hórridos nublados,

(4) *Macbé, o los remordimientos*, tragedia en cinco actos, escrita en inglés por Shakespeare, refundida en francés por M. Ducis, y acomodada al teatro español, Por D. Manuel García. Madrid, 1818. Imprenta de D. Miguel de Burgos. En 8.º, VII, 87 págs.

acrecientan las sombras de estos montes...
¡Qué rocas!, ¡qué cavernas! El espanto,
el pavor de este sitio me sorprende (5).

El traductor dice que esta versión se había representado hacía varios años, pero que ahora, para que la hiciera Isidoro Máiquez, la había revisado y modificado bastante.

Es, por consiguiente, seguro que el segundo traductor del *Romeo y Julieta* fué D. Manuel Bernardino García Suelto, que también lo fué del *Macbeth*. Y como también es seguro que D. Dionisio Solís tradujo la tragedia del *Romeo* y no se conocen más textos que el manuscrito de la Biblioteca Municipal de Madrid, éste será el del famoso y poco afortunado apuntador del teatro de la Cruz.

Hay además otro dato de mucho interés. La segunda conclusión de uno de los manuscritos referidos está escrita de mano de Solís y corresponde después de los versos:

Y ya que muera, no muero
contigo desventurado,
perdido, bien mío,

y sigue:

«Llega,
llega que me va faltando», etc.

EMILIO COTARELO

(5) El mismo estilo, el mismo metro y hasta el mismo asonante

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

NUEVOS Y CURIOSOS DOCUMENTOS PARA SU BIOGRAFÍA (1798-1801)

A Mme. Isabel Foulché-Delbosc.

La figura de D. Juan Meléndez Valdés merece un estudio biográfico, crítico y bibliográfico que desgraciadamente aún no se ha hecho con el sólido criterio científico que dirige las normas de la nueva investigación. No obstante ser el poeta representativo por excelencia del siglo XVIII, la valoración estética de su labor y el aquilatamiento biográfico no han tentado todavía los deseos de cualquier docto comentarista. Tal vez podamos acusar como causa de este aparente olvido a la monografía que a Meléndez Valdés dedicó su conterráneo Quintana (1), en la que no se sabe qué admirar más si la limpidez soberana del lenguaje o el interés que despiertan en el lector las vibrantes páginas del gran poeta. Los críticos modernos se han detenido ante esta bella biografía y no se han propuesto la labor de corregirla, depurarla y adicionarla.

Bien es verdad que la tarea no es fácil ni el camino llano. Pero una revisión y acrecentamiento de la obra quintaniana se impone. Lo que admiraban los eruditos de 1830 no suele ser sazonado fruto para los de 1932. No en balde pasa todo un siglo. Son nuevos los criterios y nuevas las orientaciones que se llevan hoy en estos trabajos. Por otra parte, el estudio de Quintana es puramente biográfico; carece de bibliografía y flojea en la parte crítica. Era persona interesada en el pleito; la lira de Villegas pasó a D. Manuel José por intermedio de Meléndez. Era juez y parte. En estas condiciones su juicio crítico no ha de sernos de gran valor.

Hoy puede hacerse un libro sobre Meléndez Valdés mucho mejor que en el primer cuarto del siglo pasado. Hay, de una parte, mayor serenidad para juzgar la labor no contemporánea, y de la otra, un caudal de elementos documentales nutrido en estos últimos años con las aportaciones monográficas de varios eruditos. Aparte, claro está, de los papeles que aún permanecen inéditos en nuestros depósitos nacionales y en los privados. Una

(1) *Obras completas del Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana*, in *B. A. E.*, XIX. Madrid, 1852, págs. 109-121, *Noticia histórica y literaria de Meléndez*.

buena edición depurada, — cuyo avance está en la ofrecida por Pedro Salinas (2), completaría nuestro deseo.

Quintana, obligado por razones fáciles de comprender, tuvo que tender un velo sobre algunos pasajes de la vida de Meléndez. Intervenían en ellos personas vivas o cuyos recuerdos latían aún con el interés de lo inmediato en la memoria de sus lectores; por esto el silencio piadoso, pero no justo. Y probablemente contra sus deseos. De ahí que hoy carezcamos de ciertos elementos y del conocimiento de hechos que arrojan luz sobre el estado de ánimo del poeta al escribir los versos de determinadas composiciones. De ahí que exista «como una nube tupida» en algunos períodos de la vida de Meléndez y que la carencia de documentos haya dado origen a un entenebrecimiento parcial en la sucesión biográfica.

Uno de estos acontecimientos oscurecidos, uno de estos períodos curiosos es el que intentaremos aclarar con la ayuda de documentos cuya existencia constaba, y que D. Manuel José Quintana no quiso o no pudo utilizar debidamente, dando origen a que los restantes biógrafos silencien pormenores siempre útiles e interesantes, los cuales documentos, por una feliz casualidad, han venido a parar a nuestras manos cuando se hallaban destinados tal vez a perderse para siempre, con harta pena de quienes estudiamos la vida del «dulce Batilo».

Trátase del período comprendido entre los años 1798 y 1802. Sabido es que, por circunstancias hasta ahora ignoradas, Meléndez vióse envuelto durante esos años en una red de calumnias que trajeron como consecuencia su destierro, primero a Medina del Campo y luego a Zamora, con privación de medio sueldo; sábese asimismo que por esas fechas vióse complicado en una «misteriosa intriga de un desconocido enemigo». Y he ahí todo. Con ayuda del trabajo de Quintana y en presencia de los documentos descubiertos por nosotros, procuraremos aclarar un poco esta maraña en las líneas que a continuación van. Desgraciadamente faltan algunos preciosos textos. ¡Quién sabe si la casualidad los pone en manos conocedoras que sepan valorarlos y la publicación de nuestras noticias excita en aquéllas el deseo de completarlas! De desear sería.

* * *

Azares de la fortuna, en forma de vaivenes políticos, hicieron que la marejada que derribó del poder a D. Gaspar Melchor de Jovellanos arrasrase consigo al poeta D. Juan Meléndez Valdés. Hallábase éste el año 1798

(2) *Poesías de Meléndez Valdés*, edición de Pedro Salinas. Madrid, 1925, 8.º, en la *Colección de Clásicos Castellanos*. La visión que Pedro Salinas tiene de la obra de Meléndez y sobre todo del papel que este desempeña en su época es excelente, como de tan gran crítico. Merecía que la ampliase.

«en la cumbre de toda buena fortuna». Académico de la Española y de la de San Fernando, fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, rodeado de una fama de poeta como nadie en su tiempo la tuvo, y fraternal amigo de los que regían los destinos nacionales, estaba indicado para ocupar sin duda los altos puestos a que debían de conducirle su mérito y su cultura.

Todo este porvenir, sin embargo, disipóse bien pronto con la caída de sus amigos. El 27 de agosto de 1798, una comunicación oficial le hizo trasladarse sin excusa a Medina del Campo en calidad de desterrado. Tal medida afectó hondamente a Meléndez; pero solicitudes afectuosas consiguieron suavizarla, convirtiendo un mes más tarde — 6 de octubre — la orden de destierro en una comisión para intervenir en los cuarteles y los propios y arbitrios de Medina.

A esta ciudad marchó, pues, nuestro poeta sin oponer la menor resistencia ni formular la mínima queja. La vida que allí hizo la pinta Quintana como modelo de resignación y de filantropía. Veamos sus mismas palabras: «Se entregó al estudio y al retiro, al trato con los amigos que su amable y apacible índole le facilitaron en el pueblo, y de los que, por recomendación o atraídos por su celebridad, venían a visitarle del contorno. Dióse al ejercicio de las obras de beneficencia que su humanidad le inspiraba, principalmente con los enfermos del hospital. Salían estos infelices de allí por lo regular sin acabar de convalecer; él los recogía, él los vestía, él los alimentaba, y ellos le bendecían como a un amigo y un padre.»

Su salud, sin embargo, no era buena. En julio tuvo un tumor en la parte anterior lateral del cuello, de considerable magnitud. Naturaleza enfermiza, combatió con escasas fuerzas contra la dolencia, que le duró gran parte de agosto. Cuidábale el médico D. José Delgado, quien, con un plan racional, logró el casi restablecimiento a fines de verano. Pero un nuevo mal minó aquel cuerpo débil apoderándose de él las tercianas, y apenas salía de una crisis cuando entraba en otra. Para restablecerse precisaba cambio de aires y aguas minerales; desgraciadamente esta medicación era incompatible con su confinamiento. Y entretanto llegaba el perdón real, Batilo consumía sus energías vitales sin ánimo ni aptitud para producir alguna obra digna pareja de las que ya llevaba ofrecidas a las prensas.

Mas el hado le era adverso. Ünense calamidades a calamidades, y todas se acrecientan con la llegada el día 5 de diciembre (1800) de una Real orden en la que se le mandaba abandonar inmediatamente Medina del Campo y tomar el camino de Zamora. Constaba también en ella su jubilación de fiscal y la pérdida de medio sueldo. Aumentaba la saña de los enemigos y flojeaban las defensas orgánicas de Meléndez. Por conminatoria que fuese la comunicación él no podía, sin embargo, ponerse en camino. El doctor D. Manuel Correa asegura en un certificado médico que era imprescindible a su cliente «la quietud, unida al uso de las medicinas..., hasta el mejor tiempo, siéndole naturalmente imposible, sin exponer gravemente su salud, trasladarse a otra cualquiera parte por la intemperie de la estación y otras dificultades que tiene, como se le nota cuando, en los mo-

mentos que ofrece el tiempo favorables; sale a hacer algún ejercicio, como se le tiene mandado, proporcionando con este medio sostener las fuerzas, la recreación del ánimo y otras ventajas, que se consiguen con el plan que se le ha impuesto para su curación».

En este estado se hallaba Meléndez. El reciente golpe vino a abatir de nuevo sus esperanzas. Pero, sin embargo, sacando fuerzas de flaqueza, se decidió a redactar una detallada exposición al rey en súplica de clemencia y justicia. Como es mucho más interesante el texto original que lo que nosotros podríamos decir por nuestra cuenta, a continuación lo insertamos íntegro:

«Señor:

Don Juan Meléndez Valdés, vuestro Fiscal jubilado de la Sala de Alcaldes de Corte, puesto a los pies de V. M., con el más profundo respeto dice:

Que entendiendo, por orden de V. M. de 6 de octubre de 1798, en una comisión sobre los Cuarteles y los Propios y Arbitrios de esta Villa de Medina del Campo, se ha visto inesperadamente, el día 5 del presente mes, con la dolorosa novedad de haberle V. M. jubilado de su plaza con medio sueldo de ella, mandándole por otro Decreto «trasladar inmediatamente su residencia a la Ciudad de Zamora, de donde no salga sin licencia de S. M. y presentándose a aquel Capitán General».

El suplicante venera y obedece rendido la soberana voluntad de V. M., como siempre lo ha hecho; pero este golpe, tan duro como inopinado tiene a él y a su triste familia en la mayor consternación, y le pone en necesidad, así por ella como por su honor, que no puede sufrir mancillado y perdido cual le parece estar, de representar humildemente a V. M. y hacerle, como padre común de todos sus vasallos, mirar de nuevo más detenidamente por su inocencia y por su honor.

Este honor, Señor, es el depósito más sagrado de un hombre de bien que se ha desvelado toda su vida no sólo en conservarlo, sino en acrisolarlo y hacerlo cada día más puro. El exponente, penetrado de estas máximas desde su tierna niñez, no ha trabajado en otra cosa, poniéndolo siempre por norte de todas sus tareas; así es que siguió una carrera literaria en la primera Universidad del Reino con todas las distinciones académicas; que en la corta edad de veintitrés años, por lo que se había señalado y prometía para en adelante, se dignó el augusto padre de V. M. conferirle una cátedra de renta casi igual a la que V. M. le ha dejado en el día, y que en esta cátedra se esmeró en trabajar con celo y aprovechamiento por espacio de ocho años, hasta que en el de 1783, instado y aun solicitado por vuestro difunto Conde de la Cañada y otros de vuestro Consejo para que, dejando la Universidad por la toga, sirviese en ella al público y a V. M. con mayor utilidad, fué nombrado Alcalde del Crimen de la Audiencia de Zaragoza y después, sucesivamente, Oidor de la Chancillería de Valladolid y Fiscal de la vuestra Sala de Alcaldes de Corte.

Siembre de 1800

VI

Señor.

D.ⁿ Juan Melender Vatez, un F.ual jubilado
de la Sala de Alcaides de Corte puseo aly pñ
de V. M. con el mñ profundo respeto, dice
que ~~hallándose~~^{estando} entendiendo por orden de
V. M. de 28. de set. de 1778. en ~~la~~^{la} ~~que una gemitiva sobre la~~^{que una gemitiva sobre la}
~~de la sala de Alcaides de Corte~~^{de la sala de Alcaides de Corte}
Log. Juancho y el pñ y Arboiz de esta Villa de Medina
del Campo, se ha ~~hallado~~^{visto} inesperadamente
el día cinco del presente mes con la ~~insperada~~^{insperada}
y sorpresa novedad de haberle V. M. jubilado
de su plaza con medio sueldo ^{de ella} mandándole por
otro Decreto "trasladar inmediatamente su
residencia a la Ciudad de Zamora, de donde
no salga sin licencia de V. M. y presentarse
a aquel Capitan Gal." El Suplicante
venera y obedece rendido la soberana volun-
tad de V. M. como siempre lo ha hecho, pero
este golpe tan ^{duro como,} inesperado le ~~causa una gran pena~~
~~causa una gran pena~~ a él y a su ^{triste} familia. Es la mayor
conternación, y se pone en necesidad así por
ella como por un honor que no puede sufrir

manifiesto y perdido ^{qual le parece estar} como ha quedado, de
representar humildemente a V. M., y hacerle
como Padre comun de todos sus varallos ^{mirar}
~~de nuevo~~ ^{para volver} ~~la causa de su incoherencia y de su~~
su honra.

f. penetrado de estas maximas

prometido
f. penetrado de estas maximas
su honra: así es que siguió

Este honor, Señor, es el depósito
muy sagrado de un hombre de bien, que se ha
desvelado toda su vida no solo en conservarlo,
sino en acrecentarlo y hacerlo ^{cada día} mas puro. El
Exponente ^{hombre de una admirable maximo} desde su muy tierna niñez, lleno
de estas ~~maximas~~ ^{virtudes}, no ha trabajado en otra cosa
la ~~segunda~~ ^{segunda} una carrera literaria en la
primera Universidad del Reyno amoviendo las
distinciones Academicas: ^{que en} en la poca edad de
23 años por lo que se habia señalado
y promerita para en adelante se dignó
el Augusto Padre de V. M. conferirle
una Catedra de renta casi igual a la
que V. M. le ha desahogado ^{la otra}, y que
des de entonces se empeñó en trabajar con celo ^{de provechante} por
espacio de ocho años hasta que en el de
1789. invitado y aun solicitado por sus
dignos Condes de la Cañada y otros de

vuestro Consejo de Castilla para que ~~proceda~~
deixando la Universidad por la tuya, y asi
en ella al publico y a V. M. con ^{la mayor} libertad,
~~que nombra~~ ^{Alcalde del crimen} ~~V. M. para una plaza del Consejo~~
~~de la Audiencia de Zaragoza y despues~~
~~recienveniente para la de Oidor de~~ ^{la Chancilleria} ~~Valladolid~~
y Fiscal de la una Sala de Alcaldes de Corte
en que se ~~le ha~~ ^{se le} ~~fubilado~~. En esto decimos
aunque sea ruborjo a un hombre de bien
el hablar de si y proclamarse, no podemos
en defensa de su inocencia y de su honor de
decir a V. M. ^{el suplico} que ha procurado no demerescer
nada, ^{portandose} ~~travancando~~ siempre con el mayor
celo ^{en su} ~~aplicacion~~, y amor ^{ordinario} hacia la persona de
V. M. y su R. D. derecho. Si el ^{fruto de sus tareas} ~~caso de~~
~~derecho~~ ha correspondido ^{an su mere} ~~al~~, fuzgamos la justifi-
ficacion de V. M. y la opinion publica que por
vez segun sea sobre el ~~verdadero~~ merito de la
persona publica. El ~~caso~~ ^{de} expedientes informes
que ha trabajado en dho. tribunales, y existiran
en sus archivos y lo elogia que todo
esto trabajo le han merecido ^{may} de una vez.
Sus actuaciones Fiscales eran en el ^{orto} ~~pozo~~ tiempo

Como justo tributo ^{virtudes} de sus bondades y benefi-
cencia Ensay Pocias, Señor, han sido ada-
mados y traducidos muchas de ellas por
los ~~Señores~~ Italianos y Franceses, y si las
letras dan alguna gloria a las Naciones,
el expositor ha cuidado según su pequenez
de ^{aumentar} el suelo en que ^{seus} ha ~~tenido~~ la dicha
de nacer.

El deus, Señor, de la prosperidad
de este suelo, y del de V. M. que tan digna
y ^{feliz} ~~firmamente~~ la goberna, abraza día
y noche al expositor, no habiendo tenido
ni otro gusto ni otras diversiones que flog
de su estudio, su retiro y su libro, para
hacerse a ^{de llegar} ~~proporcionar~~ a ~~desempeñar~~ con utilidad ^{todo} ~~su~~
ministerio. Y en medio de todo esto, sería

posible que V. M. le quierda tener ocioso y
que haya publicado? Tan mal ha servido el

+ su conuencia a alguna al replicar
haber servido a V. M. con todo el me-
rito de que ha sido posible:
y ningún cargo, ninguna sombra podría
oponerse contra la pureza y exacto
desempeño de todo su deber, ²² ~~cuál~~
era que era solo al ver la ^{en} ~~retráido~~
y en desgracia de V. M. ^{en} ~~la~~ ^{consecuencia} ~~de~~
por que. V. M. Señor,

exacto desempeño de todo su deber! V. M.
Señor, es justo y debe juzgarse como tal:
a padre de todo sus varallos, y ^{se} ~~se~~ ^{regio} ~~se~~

~~mejor~~ sin oídos á las razones suplicas:
fomenta y protege las letras como tan útiles
para la común felicidad, y no ^{onice} ~~esfuerzo~~
que asiriese á un literato que las cultiva
con algún fruto. Pero es posible que se ~~de~~
jubile á un Magistrado brevemente en
la edad de 43 a. es decir quando útil
puede ser y tiene ya adquirido ^{todo el} un caudal
de ciencia y experiencia ^{necesaria} para ~~servir con~~
su ~~utilidad~~: en fin, Señor, V. M. que con
to precia el honor y la proximidad, no es po-
sible ^{tampoco} (lo vuelvo a repetir) que haya querido
manejillar el ^{del sup. te} ~~mis~~, jubilándose sin solici-
tudo, comprándose en una Ciudad; ~~extramuros~~
para ^{al} ~~mi~~, y privándose ^{ai} de la libertad
de salir de ella que son privilegio y necesidad
es á todos. El oracion-beneficio y fruto
de V. M. no ha perdido que en ninguno
de ellos congo para un varallo fiel, en su
sierva de un servicio y de un de sacrifici-
conce. en él hasta el último día de su
vida.

+ V. M. tiene ^{dicho} ~~mandado~~ mas
de una vez en un d. ordenes
que no quite la jubilación de los
que le sirven, sino que traspa-
rentes puedan hacerse, y ~~en~~
^{tampoco}

+ necesarias en los futuros.

Por todo lo qual como así mismo

Valladolid que porca se ha estado aora; para
en fin ^{para} ~~o~~ ^{alguna} otros devotos homages y
digno de la mano benéfica de V. M. en
que el suplicante pueda desplegar ~~en~~
~~desarrollar~~ su celo, y su pequeña buel.
y con el ^{qual} se repare ~~in~~ su honra
y su inocencia desestimada y por tierra
y, y lo aya y menga de su arri-
pada fortuna. Así lo suplica el supli-
cante de la piedad de V. M. a que se
alce con fiado.

En estos destinos, aunque sea ruboroso a un hombre de bien el hablar de sí y el proclamarse, no puede menos, en defensa de su inocencia y de su honor, de decir a V. M. el suplicante que ha procurado no desmerecer nada, portándose siempre con el mayor celo, constante aplicación y amor ardiente hacia la persona de V. M. y sus reales derechos. Si el fruto de sus tareas ha correspondido a sus deseos, juzgarálo la justificación de V. M. y la opinión pública, que pocas veces se equivoca sobre el mérito de las personas, los expedientes e informes que ha trabajado en dichos tribunales y existirán en sus archivos, y los elogios que todos estos trabajos le han valido más de una vez. Sus acusaciones fiscales eran, en el corto tiempo que pudo servir este empleo, escuchadas y celebradas con entusiasmo, y la primera de ellas, en la ruidosa causa del parricidio de Don Francisco del Castillo, entendió entonces el suplicante haber tenido la honra de llegar a las manos de V. M., corrió por las de las personas primeras de su Corte y anda hoy con otras, aunque manuscritas, en las de los literatos y aficionados a este género de estudios. De ésta y de las demás y de otros trabajos espera el exponente poner muy en breve una copia a los pies de V. M. en testimonio de su aplicación y sus deseos de la gloria.

Encendido en ellos, y en horas que otros destinan sin reparo al ocio o los placeres, el suplicante ha trabajado, y publicó el año de 97 tres tomos de poesías dedicadas a vuestro Príncipe de la Paz y que tuvo el honor de poner en vuestras reales manos, en las cuales sueñan más de una vez con bendiciones los nombres augustos de Carlos y Luisa de Borbón, testimonio tan indeleble del tierno y sencillo amor del suplicante hacia sus reales personas, como justo tributo a sus virtudes y beneficencia. Estas poesías, Señor, han sido aclamadas y traducidas muchas de ellas por los italianos y franceses, y, si las letras dan alguna gloria a las naciones, el exponente ha cuidado, según su pequeñez, de aumentar la del suelo en que tuvo la dicha de nacer.

El deseo, Señor, de la prosperidad de este suelo y de la de V. M., que tan justa y felizmente lo gobierna, abrasan día y noche al exponente, no habiendo tenido ni otros gustos ni otras diversiones que los de su estudio su retiro, y sus libros para hacerse así digno de llenar con utilidad todos sus ministerios. Y en medio de todo esto, ¿será posible que V. M. le quiera tener ocioso y le haya jubilado? Su conciencia asegura al suplicante haber servido a V. M. con todo el esmero de que le ha sido posible, y ningún cargo, ninguna sombra podrá oponerse contra la pureza y exacto desempeño de todos sus deberes. ¡Cuál será, pues, su dolor al verse hoy retirado y en desgracia de V. M. sin alcanzar por qué! V. M., Señor, es justo y juzgará como tal; es padre de todos sus vasallos, y jamás negó sus oídos a sus reverentes súplicas; fomenta y protege las letras como tan útiles para la común felicidad, y no es creíble que arrinconase a un literato que las cultiva con algún fruto; tiene dicho más de una vez en sus Reales Órdenes que no quiere la jubilación de los que le sirven, sino que trabajen mientras puedan hacerlo, y tampoco es posible que jubile

a un Magistrado benemérito en la edad de cuarenta y tres años, es decir, cuando más útil puede ser y tiene ya adquirido todo el caudal de ciencia y experiencia necesario en los destinos. En fin, Señor, V. M., que tanto precia el honor y la probidad, no es posible tampoco (lo vuelvo a repetir) que haya querido mancillar el del suplicante jubilándole sin solicitarlo, confinándole en una ciudad extraña para él y privándole así de la libertad de salir de ella, que tan precisa y necesaria es a todos. El corazón benéfico y justo de V. M. no ha podido querer ninguna de estas cosas para un vasallo fiel, entusiasta de su servicio y deseoso de sacrificarse en él hasta el último día de su vida.

Por todo lo cual, como asimismo por los inmensos gastos que ha hecho el suplicante hasta acabar con su patrimonio y el de su infeliz mujer en servicio de V. M.; por la cátedra y los intereses que abandonó por este servicio y hoy tendría mucho mayores en cátedras superiores; por la estrechez en que se halla, atrasado y empeñado con las continuas mudanzas de destinos y gastos que consigo traen; por lo fielmente que ha cuidado de llenar todos sus deberes; por su pureza y religiosidad; por el nombre de las letras que ha cultivado; por su honor y su inocencia, que ve menoscabados y en opiniones, y por su edad, en fin, que es la más sazónada para trabajar y ser útil,

A V. M. suplica rendidamente que alzándole su inesperada jubilación se digne volverle a su servicio, ya nombrándole, puesto que está dada su plaza al que interinamente la servía, para otra de Fiscal supernumerario del Consejo Real en las ausencias y enfermedades de sus Fiscales ancianos, ya para alguna de las dos que en él se hallan vacantes u otra de otro Consejo, ya para la Regencia de la Chancillería de Valladolid que parece se ha creado ahora, o ya, en fin, para otro destino honroso y digno de la mano benéfica de V. M. en que el suplicante pueda desplegar su celo y sus pequeñas luces y con el cual repare su honra y su inocencia, desestimadas y por tierra, y los atrasos y menoscabos de su arruinada fortuna. Así lo espera el suplicante de la piedad de V. M., a que se acoge confiado.»

Basta pasar la vista por esas páginas para darse cuenta de los sentimientos que anidaban en el alma de Meléndez. Siente todo el dolor del que ve estériles sus esfuerzos, desconocidos sus méritos y escarnecido su honor. Él no cree haber dado motivo, no ya sólo para tanto, sino ni aun para la más leve queja de sus superiores. Confía en que se valorará justamente su labor. Y se atreve a pedir al rey un destino honroso y seguro desde el cual pueda seguir desplegando «su celo y sus pequeñas luces».

Ignoramos la contestación que tuvo este memorial, que iba acompañado de un certificado médico bastante expresivo. Tal vez se insistiera en su traslado y entonces Meléndez elevase nueva certificación de sus dolencias, que aparece expedida en 25 de enero de 1801. En ella el doctor Correa repite lo expresado en la anterior. Vuelve a notificar que «es dificultoso y gravemente perjudicial a su salud el que se le remueva a otra parte hasta

que llegue la ocasión de poner en práctica todos [los] remedios [dichos] y algunos otros que están indicados para su alivio».

Después de este comunicado disfrutó Batilo de una relativa paz y tranquilidad, que fueron rotas el 29 de marzo de 1801, fecha en que recibe un oficio, los términos del cual desconocemos, para que obedezca la orden que se le tiene dada de partir de Medina con dirección a Zamora. Pero ya el poeta estaba libre del agobio de lo inmediato. Hace saber a su comunicante las razones por las que no parte en un escrito cuyo borrador original dice lo siguiente:

«Excmo. Sr.:

Muy señor mío: Al atento oficio de V. E. de 29 del próximo pasado mes de marzo, en que se me previene que verifique a la mayor posible brevedad el trasladar mi residencia a la ciudad de Zamora para presentarme al señor Comandante de armas de la plaza en cumplimiento de la Real Orden de S. M., Dios la guarde, de 3 del mes de Diciembre del año pasado, debo hacer presente a V. E. que mi detención en esta villa ha nacido de otra Real Orden de 2 de marzo, por la cual S. M. me permitió permanecer en ella mientras estuviese enfermo; aún no se ha verificado mi entero restablecimiento, pero deseoso de llevar a efecto la real voluntad espero poder salir de aquí en el miércoles o jueves próximos, y antes haría si no fuera por este santo tiempo y hubiese en este pueblo algún carruaje o tuviese yo en Zamora habitación donde hospedarme, pues una que tenía, y aun pagaba ya tiempo había, se me ha ocupado judicialmente por un caballero Mariscal de Campo; hácense en mi nombre las más vivas diligencias por otra, de que espero aviso en el correo inmediato; entretanto sírvase V. E. llevar a bien esta mi involuntaria detención, puesto que en esta villa, en Zamora y en todas partes siempre estaré a las órdenes de V. E. para cuanto guste mandarme.

Dios guarde la vida de V. E. muy felices años.»

La resolución, como se ve, estaba tomada; quería abandonar Medina y establecerse en Zamora, aunque notificaba a su comunicante tener derecho a esperar en aquel punto el restablecimiento, en virtud de una Real orden de 2 de marzo de 1801. Interés decidido no tenía en quedarse en Medina, y por ello, apenas estuvo en posesión de las suficientes fuerzas, se trasladó al lugar del destierro.

Pero Meléndez ignoraba aún el motivo de la última persecución y exilio. Todavía nadie le había revelado las causas íntimas de su desgracia. Pronto, sin embargo, va a descorrerse ante él el velo que dejará clara y visible la saña y la perfidia de sus enemigos.

El 20 de septiembre el correo le trae la siguiente carta de D. Jerónimo Escribano y Montoya, fechada en Medina del Campo a 20 de septiembre de 1801:

«Medina del Campo, y septiembre 20 de 1801.

Sr. D. Juan Meléndez Valdés.

Mi estimadísimo y venerado dueño: La casualidad, más bien que mi pequeño mérito en la abogacía, ha hecho que dos clérigos de Madrigal fien a mi talento su defensa en una causa de las más criminales y escandalosas que se pueden formar contra cualquiera. Pero lo extraño no sólo es la calumnia que les han forjado, sino que aun a usted mismo le inculcan en la causa algunos testigos, sin comprender verdaderamente por qué lo han hecho y por qué ocultan los honores que a usted distinguen y distinguían cuando se formó, época en que usted era Fiscal de Cortes y del Consejo de S. M., etc. Lo cierto es, mi querido amigo, que su fama de usted resulta mancillada gravísimamente en la tal causa, y en verdad no llenaría yo los deberes sagrados de la amistad si no le diese esta noticia para que en su vista, proceda usted a vindicarse en los términos que halle más conducentes.

A l. p. de mi sra. Da. María Andrea, de quien, como de V., queda siempre su muy atento y fino servidor, Q. S. M. B., *Jerónimo Escribano y Montoya.*»

Inútil es ponderar el dolor que se apoderó de Meléndez Valdés. Entonces es cuando siente con más fiereza hundirse las garras de la persecución en su débil cuerpo. En unos vibrantes versos, escritos por aquella época, se refleja perfectamente su estado de ánimo. Dice, dirigiéndose a Candamo:

«¡Ay, que en amarga soledad me dejas!
¡Ay, qué tierra, qué hombres; la calumnia,
la vil calumnia, el odio, la execrable
envidia, el celo falso, la ignorancia,
han hecho aquí, lo sabes, su manida,
y contra mí, infeliz, se han conjurado...!»

Inquieto, impaciente, sintiendo la tremenda mancha que puede arrojar la infamia sobre él, demanda presuroso nuevos datos. Y su corresponsal, en 27 de igual mes, le amplía las noticias anteriores:

«Medina del Campo, septiembre 27 de 1801.

Sr. D. Juan Meléndez Valdés.

Mi respetable y venerado dueño: Remito a usted, en cumplimiento del encargo que me hace sobre que le envíe, si posible es, un testimonio de la causa que le anuncié en otra carta con fecha de 20 del corriente, el adjunto, que se ha sacado por exhibición que de

ella he hecho, pareciéndome determinará usted mi determinación, porque en verdad el asunto es gravísimo, interesa su honor de usted y no debe echarle a pares y a nones. Por el resultado del testimonio verá usted que la causa se formó en Madrigal por comisión del Provisor de Avila, y que es contra dos clérigos de aquella villa, quienes me aseguran, con las protestaciones más ingenuas, su inocencia. Yo lo creo cual me lo han asegurado, porque me han hecho tal pintura de los testigos y comisionado para ella, y me han dado tales noticias, que no dudo sea todo un enredo, pero un enredo calumniosísimo y de consecuencias las más graves, como a su tiempo sabrá usted, pues he tomado con bastante calor esta defensa y no pienso desistir de ella hasta que se aclare la verdad.

Mis respetos a Sra. c. p. b., y V. disponga de este su muy atento agradecido y fino servidor, Q. S. M. B., *Jerónimo Escribano y Montoya.*»

También le llegan de Avila, por mediación de su amigo y paisano Caballero, los siguientes detalles:

«Avila y octubre 10 de 1801.

Sor. Dn. Juan Meléndez Valdés.

Mi estimado amigo y paisano: Va a hacer un año que por delaciones y quejas del Vicario de Madrigal y sus parciales, dadas por dos o tres veces al Obispo de esta diócesis contra Quintana, Corregidor de aquella Vicaría y sus amigos, se mandó por su Ilma. comparecer aquí a Dn. Teodoro Gómez, presbítero, y a Dn. José Guerra, tonsurado, ambos de Madrigal; presentáronse, con efecto, estos dos clérigos al Obispo, el que los remitió a su Provisor, Dn. Benito Cantero; éste los mandó detener aquí dándoles la ciudad por cárcel, sin haberles hecho cargo, pregunta ni reconvencción alguna en más de un mes que los tuvo de este modo. Cansados los clérigos de esta dilación, presentaron dos o tres pedimentos en el Tribunal eclesiástico, quejándose de los agravios que se les hacían, de la falta de libertad, etc., con ánimo de preparar recurso de fuerza a la Chancillería. En vista de esto el provisor les hizo algunos halagos, les aseguró que no tuviesen que temer, que contra ellos no era nada, y después, separadamente, pasó a hacerles algunas preguntas sin pedirles juramento, reducidas, si mal no me acuerdo a: 1.^a Si conocían a Quintana, Corregidor de Madrigal; si eran amigos y tertulios suyos, y si concurrían mucho a su casa, y quiénes más iban a ella con frecuencia. 2.^a Si Dn. Juan Meléndez Valdés venía algunas veces a Madrigal, y si era amigo del Corregidor. 3.^a Qué libros y papeles leían, y si estaban prohibidos. 4.^a Si era cierto que el Corregidor tenía una amistad escandalosa y si de ella había tenido algún hijo. 5.^a Si habían oído al Corregidor que la simple fornicación no era pecado y predicar el libertinaje en esta parte. También (pero en esto no estoy seguro) si Quintana apoyaba sus dichos con la autoridad de Meléndez. En sustancia de esto redujo el Provisor las preguntas que hizo a los

referidos clérigos. Ellos respondieron bien sin perjudicar a nadie, y después de algún tiempo y de algunas otras insinuaciones les mandó el Provisor volverse a su casa. Mientras estaban aquí estos clérigos hicieron venir una mujer de Madrigal, que se decía ser el cortejo del Corregidor. Las preguntas que le hizo el Provisor no las sé; pero es muy verosímil que fuesen relativas a las de arriba. Supe entonces que de esta mujer nada habían podido sacar y que la mandaron restituirse a su casa, y hoy he sabido que está aquí, sirviendo en casa de un clérigo que llaman Dn. Deogracias, paisano de Cantero.

Díjose por entonces que esta sumaria o pastel la había remitido el Obispo a arriba, sin expresar si al Ministro o al Gobernador del Consejo. Lo cierto es que poco después perdió Quintana el Corregimiento de Arévalo y dieron a usted el fatal golpe, y además, por la Inquisición de Valladolid, se dió comisión al cura de Barromán para que fuese a reconocer los libros y papeles del Corregidor. Este eclesiástico hizo la cosa a satisfacción. Se ha asegurado también que el P. Martínez, después de concluir su comisión sobre las cuestras, estuvo en Madrigal.

Nada más había vuelto a oír sobre el particular y lo creía concluido, cuando un día de éstos he sabido que se les ha dado por este Tribunal traslado a los dichos clérigos y a Cano, etc.; que uno de estos clérigos tomó habrá un mes los autos, y hoy me han asegurado que los autos están en Madrid, porque los clérigos quieren saber qué es lo que les conviene hacer en su defensa.

Es cuanto puedo decir a usted para su inteligencia y para que, tomando sus medidas, procure la defensa de su honor, como lo desea este su invariable amigo, atento paisano y reconocido capellán, Q. B. S. M., *Ignacio Díaz Caballero.*»

A esta carta siguió —11 de octubre— otra más breve, pero también interesante:

«Medina, 11 de octubre.

Mi siempre amado amigo: Pues que puede importar a usted que yo le aclare mis sospechas sobre el último golpe que ha sufrido voy a decirle cuanto sé en el asunto, bien que con toda reserva y como conviene que se traten estas cosas entre personas de probidad, que aun cuando se hallen muy ofendidas no conocen el placer de la venganza, ídolo de las almas corrompidas.

Mi caro amigo: Supe cuando fui a Avila, según sabría usted, que el Obispo de allí, Múzquiz, en la causa que formó a aquellos eclesiásticos de Madrigal, que luego supimos que hubo de echarla tierra, o porque ya le pareció que había conseguido su fin, o fuese porque ellos querían que se les oyese en justicia; al cabo en esta causa halló alguna declaración, no sé de quién, que inculpaba a usted algunas cosas, que, según entendí de la confusa relación que me hicieron y la amistad y trato que hemos tenido, creí falsas, por

ser muy ajenas del modo de portarse y producirse que siempre observé en usted: esta declaración o relación de ella remitió el Obispo a arriba, y como esto coincidió con la jubilación de usted, he aquí el fundamento de mis sospechas. Usted no se descabece y viva persuadido, que la inocencia de usted le sacará a paz y salvo. Dios quiera conceder esto a mi amistad.

Aquí tenemos desde el lunes 500 caballos del tren de Artillería y 300 hombres. Hasta ahora no dan mucho que hacer, digo a común del pueblo, que los del Gobierno bien se quejan.

Mil cosas a mi S.^a D.^a María Andrea y para ambos de Mariquita, y con expresiones a Melchor y a D. Mariano, quédese usted a Dios. Suyo como siempre, *A. M. de Ulloa.*»

* * *

De los antecedentes copiados resulta ya claramente cuál era el aparente motivo de la persecución de Meléndez. Injusta era la causa y criminales los delatores, que sólo obedecían a un ruin espíritu de venganza. Pero el pastoril Batilo no en balde hacía mérito en la transcrita instancia de sus éxitos forenses, y tomando la pluma deshizo materialmente a sus adversarios en un pedimento presentado a fines de octubre. Hízolo a nombre de Escribano y Montoya, pero de su puño y letra hállase entre los papeles que poseemos.

Copia del pedimento puesto por el licenciado Escribano y Montoya en la causa de oficio contra Dn. Teodoro Gómez y Dn. Xavier Guerra, para presentarle a nombre de éstos en el Tribunal eclesiástico de Avila (2)

«Isidro Martín Mayorga, en nombre de Dn. Teodoro Gómez, presbítero, vecino de la villa de Madrigal, y Dn. Francisco Xavier Guerra, clérigo de menores, natural de la misma, en el expediente fulminado contra los dos a consecuencia de delaciones ocultas, falsas y calumniosas, digo: que con respecto a la naturaleza de la causa, a las circunstancias y carácter de los delatados y a lo prevenido sabiamente por nuestras leyes patrias, V., en justicia, se ha de servir mandar agregar al proceso todas las cartas de delación que se dicen *escritas por personas timoratas de Dios y sus conciencias*, y hecho así que afiancen sus autores las resultas del juicio en la cantidad de 4.000 ducados de vellón, o en la que se contemple suficiente por la

(2) Se presentó por el procurador de estas partes en fines de octubre y no fué admitido por el provisor a pretexto, entre otras cosas, de querer cortar la causa, según le dijo privadamente. (*Nota de puño y letra de Meléndez.*)

rectitud sabia del Tribunal. Y hasta tanto que se estime esta solicitud, para lo cual formo el artículo correspondiente con previo y anterior pronunciamiento y protesta de nulidad en el progreso *ad ulterius*, no se tenga por contestación en el escrito fiscal cuanto en éste se diga, y sí únicamente por vía de ilustración, para que el Tribunal se penetre más bien de la justicia de dicho artículo, ofreciendo hacer una contestación extensa y vigorosa estimado éste, pues, como le suplico con los demás pronunciamientos útiles e imposición de costas a quien haya lugar, procede y debe hacerse por lo siguiente:

Si en todas las épocas y en todas las naciones se ha visto, por desgracia, oprimida la más santa inocencia por las tramas y ardides de delatores calumniosos, movidos a veces de la perversidad de corazón, otras de la ignorancia y las más de la envidia devoradora, también en todos los tiempos los legisladores han promulgado leyes sabias para oponer barreras a la calumnia y contener la maledicencia en justos límites. No tomaremos sobre nosotros en este instante la pesada fatiga de recorrer los códigos de las naciones para manifestar esta verdad; la sabiduría del Tribunal no las desconoce, ni está oculta tampoco al celoso fiscal que nos acrimina; pero cuando impetramos la observancia de las leyes sabias de nuestra España y de los santos cánones que nos gobiernan, no podemos en manera ninguna prescindir de presentar las más esenciales para apoyar mejor nuestra defensa.

«Prohibimos (dice una ley recopilada), defendemos y mandamos que en ninguno de nuestros Consejos, Tribunales, Chancillerías, Audiencias, Colegios ni Universidades ni otras Congregaciones ni Juntas seglares, ni por otros ningunos Corregidores ni Jueces de comisión, ni ordinarios, no se admitan memoriales que no se den firmados de persona conocida, y entregándolos la misma parte personalmente o por virtud de su poder, *obligándose y dando fianzas primero y ante todas cosas*, de probar y averiguar lo en ellas contenido, so pena de las costas que de sus averiguaciones se causaren y de quedar expuesto a la pena que en falta de verificarlo se le impusiere, quedando ésta a la disposición y arbitrio del Juez que de la causa conociere.»

«Los mis Procuradores, Fiscales y promotores de la nuestra Justicia (manda otra), ni alguno de ellos, no puedan acusar a persona ni personas algunas..., ni denunciar contra ellos cosa alguna civil ni criminal en nuestro nombre y de la mi Cámara ni de la de mi Justicia sin dar *primeramente*, y ante los nuestros Oidores y otras justicias de nuestros reinos que hubieren de conocer de la causa, *delator* de las acusaciones y demandas y denunciaciones que entendiere poner ante ellos, y que el tal *delator diga* por ante Escribano público la delación, la cual delación se ponga por escrito, porque no se pueda negar ni venir en duda, lo cual se haga así en los pleitos pendientes y en los que de aquí adelante se hubieren de comenzar, y que de otra manera no se reciban las dichas acusaciones y demandas y denunciaciones ni vayan por ellas adelante...»

Ni son menos enérgicos los cánones, que copiaremos en su mis-

mismo idioma por no desfigurar su armonía: «*Relatum est ad Sedem Apostolicam* (Caus. 5, q. 3, cap. III) *vos accusationes fratrum per scripta suscipere* absque legitimo accusatore. Quod de inceptis in omni terrarum orbe, fieri Apostolica auctoritate prohibemus, et quod super factum est, absque ulla retardatione corrigere curamus; necunquam prius per scripta eorum qui accusantur, causam discutere liceat, quam per querellantium institutionem vocati Canonica ad Sinodum veniat, et *præsens per præsentem* agnoscat veraciter, et *intelligat quae ei obijciuntur*. Leges enim seculi accusatores praesentes exigunt, et non per scripta absentes. Unde Canonica Patrum constituta non semel, sed saepissime clamant, nec accusationes, nec testimonium ullum per scripta posse proferri. Similiter et qui alium accusare elegerit, praesens per se, et non per alium accuset, inscriptione videlicet praemisa. Neque ullus unquam iudicetur, antequam legitimos accusatores praesentes habeat, locumque defendendi accipiat ad abluenda eximia... Qui crimen obijcit (expone otro) *scribat se probaturum*..., et qui non probaverit quod objecit, penam quam intulerit ipse pariatur.»

De las palabras de estas leyes y cánones concordantes con ellas se manifiesta demostrativamente que los legisladores quisieron oponer una barrera impenetrable a la calumnia, obligando a estampar por escrito la delación y a que afianzasen los resultados del juicio los delatores. Y en verdad, ¿no son éstas unas disposiciones llenas de rectitud y sabiduría? Si el ciudadano puede ser oprimido por un papel anónimo o una carta fraguada tal vez por su mayor contrario en la oscuridad de su retiro y con la cierta ciencia de que jamás se le hará acreditar cuanto allí vierte. ¿qué honor, qué fortuna habrá libre de ser calumniada y oprimida? Mil veces se ha visto triunfar la maldad de la inocencia, aun combatiendo frente a frente, por haber sabido enredarla con ardides y astucias; la maldad, que nada perdona, nada teme, todo lo atropella, todo lo tuerce para lograr sus fines depravados. ¿Qué podrá, pues, esperarse de ocultas delaciones como las de que tratamos? Posible es, señor, que los autores de las cartas, por de mayor carácter que se les suponga, tengan antigua enemistad con los delatados; posible es que no hayan hecho ellos sino escribir lo que acaso el comisionado o algunos testigos de la sumaria les dictaban; posible es, por último, que se hayan valido de otros ardides de que son capaces tales gentes. ¿Y cómo se podrá graduar de temerarios estos juicios meditando un momento la sumaria? Nosotros vemos por Juez comisionado a Dn. Tomás Herrero, el mayor enemigo de Dn. Andrés Quintana porque en dos o tres veces le condenó y multó; procedimientos que aprobó la Real Cámara, apercibiéndole además severísimamente para que en lo sucesivo tratase a dicho Juez con más decoro; por Notario a Manuel Tamayo, que lo es del mismo modo de Dn. José Cano por haberle quitado la Escribanía de Rentas, y de Dn. José Laso, porque denunció la numeraria que obtenía aquél y hoy goza éste, y por testigos una porción de gente coligada con Herrero y Tamayo, resentida de Quintana y de Cano por haber tomado providencias ásperas contra los más de ellos

y enemistada con los denunciados por pleitos de elecciones de oficios y de herencias. Vemos el exceso, o más bien la malicia del comisionado en no buscar testigos a propósito para aclarar cual debía, según su ministerio, la verdad de las delaciones y en preguntar a los presentados, llenos de tachas e incapaces de saberla en su raíz misma, si así puede decirse, cosas inoportunas y de que no hablaba su despacho, como lo es, entre otras, la pregunta de la amistad del señor Dn. Juan Meléndez Valdés, del Consejero de S. M. y su Fiscal de Corte en aquel tiempo, con Dn. Andrés Benito Quintana, hacinando sobre este punto, inconexo con la comisión, ridiculeces y falsedades que no eran del asunto de que se trataba. Vemos, por último, lo exótico de las declaraciones, lo acerbo de ellas, lo inverosímil y contradictorio con la única cita que se evacuó del señor cura de Cabezas, Dn. Juan de Chaves. ¿Qué denota todo esto si no que hay una íntima relación entre los delatores, el comisionado, el Notario y la parte más grande de los testigos? ¿Y qué efectos jurídicos puede producir una sumaria fulminada con vicios tan notables?

El fiscal, señor, debió haber meditado más despacio para acriminarnos tan fuertemente, debió no olvidar las leyes sabias que hemos expuesto; debió, por último, no perder de vista los sagrados cánones que concuerdan con ellas y dejamos citados. No lo ha hecho así, pero esperamos que el Tribunal rectificará sus procederes según su rectitud y sabiduría. Por tanto y demás alegable que doy por expreso,

A Vd. suplico provea y determine, como llevo pedido en el exordio de este escrito, pues así es de justicia que pretendo, con costas, etc.—Licenciado *Escribano y Montoya*.»

El provisor se negó a aceptar el escrito y explicó privadamente que quería «cortarse la causa». Se había llegado demasiado lejos en la persecución de un hombre que no cometió otro delito que el de ser fiel a un monarca y un favorito solo dignos de execración eterna. Echóse tierra al pleito, y aunque sin declaración explícita, Dn. Juan Meléndez Valdés fué recobrando su prestigio. «En 27 de junio de 1802 —dice Quintana— se le devolvió el goce de su sueldo completo como fiscal, permitiéndole disfrutarle donde le acomodase establecerse...»

* * *


Los documentos utilizados son, como ya hemos dicho, de nuestra propiedad. Integran el legajo todos los transcritos más las dos siguientes certificaciones médicas. Están cubiertos por una carpeta de papel de hilo, en la que se lee, entre otras, una nota autógrafa de Meléndez que dice: *Pape-*

les relativos a mi destierro y jubilación. En la transcripción hemos utilizado la ortografía moderna. La empleada en el memorial así como las curiosas enmiendas y correcciones, puede verlas el lector en el facsímil que acompaña.

* * *

He aquí el texto de las dos certificaciones médicas:

«Manuel Correa, médico del Ejército, titular de la villa de Medina del Campo y del Hospital General de ella, etc.,

Certifico y, caso necesario, juro por Dios y esta señal de cruz , que el señor D. Juan Meléndez Valdés, del Consejo de S. M., fiscal jubilado de la Sala de Alcaldes de Corte, padeció un tumor en la parte anterior lateral del cuello de considerable magnitud, que, presentando un carácter escrofuloso, llamó la atención por los indcantes respetables, que en todos tiempos y en cualquiera edad envuelve en el mes de julio, y con acuerdo del licenciado D. José Delgado, cirujano titular de esta villa, se emplearon los medios más eficaces para su curación, usando de los fundentes más activos y el plan tónico y aperitivo. Y aunque logró casi un total alivio, conserva todavía las huellas, que indican bastante que domina la diátesis escrofulosa, que es de primer orden. Pero en el mes de agosto fué acometido de una terciana de mal carácter, muy semejante a las que se padecieron en esta provincia, que recayendo en una naturaleza enferma dejaron impreso un sello tercianario que le ha proporcionado varias y frecuentes recaídas. Hace días que se halla con una de ellas y juzgo, según los principios fisicomédicos, que le sucederá a cada paso lo mismo interin no se borre la diátesis que llevo expuesta, la que pide necesariamente cierta clase de remedios impropios de esta estación, pero muy urgentes en la primavera, tales como son las aguas termales, o cuando menos las de Babila-fuente, usadas por mucho tiempo con los demás auxilios precisos para ir disipando esta enfermedad rebelde y de un tesón respetable en su caso. Si fuese o se tratase sólo de vencer el carácter tercianario sería fácil en cualquiera ocasión lograrlo; pero la justa predisposición que tiene de la causa antecedente, que se ha mirado en todas épocas con el mayor cuidado y recelo por todos los físicos juiciosos, no da lugar a tratar otra cosa que la quietud unida al uso de las medicinas indicadas hasta el mejor tiempo, siéndole naturalmente imposible sin exponer gravemente su salud trasladarse a otra cualquiera parte por la intemperie de la estación y otras dificultades que resaltan en el estado delicado que tiene, como se le nota cuando, en los momentos que tiene el tiempo favorables, sale a hacer algún ejercicio, como se le tiene mandado, proporcionando con este medio sostener las fuerzas, la recreación del ánimo y otras

ventajas que se consiguen con el plan que se le ha impuesto para su curación. Y siendo como es público y notorio doy la presente, que firmo.—Medina del Campo, veintitrés de Diciembre de mil y ochocientos, *Manuel Correa.*»

(Va escrita en papel sellado del año 1800.)

«El licenciado Manuel Correa, médico del Ejército, titular de la villa de Medina del Campo y del Hospital General de ella, etc.,

Certifico: Que el señor D. Juan Meléndez Valdés, fiscal jubilado de la Sala de Alcaldes de Corte, a quien sigo tratando actualmente para la curación de los males que tengo dichos en las certificaciones anteriores, continúa todavía poco más o menos en el mismo estado, sin haber experimentado mejora ninguna permanente, por no poderse poner en práctica los remedios indispensables a causa de la estación y del humor escrofuloso combinado con el carácter terciario de que tengo hecha larga mención. Y como los principales remedios que han de contribuir al fomento de su salud son el ejercicio en una atmósfera templada, la recreación del ánimo y el uso de las aguas minerales que tengo indicadas y cada vez juzgo más urgentes, se halla muy atrasada esta naturaleza y cargada con más grados de debilidad, efecto tal vez de las vehementes pasiones de ánimo, que no puede evitar. Por lo mismo le es dificultoso y gravemente perjudicial a su salud el que se remueva a otra parte hasta que llegue la ocasión de poner en práctica todos estos remedios y algunos otros que están indicados para su alivio. Este es el estado en que se halla dicho señor. Y para que conste donde convenga y efectos que haya lugar, doy la presente, que firmo en dicha villa de Medina del Campo, a veinticinco de enero de mil ochocientos uno. Licenciado *Manuel Correa.*»

(Va escrita en papel sellado del año 1801.)

ANTONIO R. RODRÍGUEZ MOÑO

EL RASTRO DE MADRID

Uno de los lugares de Madrid que tuvo el honor de pasar a la literatura teatral del siglo xvii fué el Rastro. Perduran hasta hoy el lugar y el nombre; pero alterada tan notablemente su antigua fisonomía, que vale la pena esbozar la historia de aquel Rastro de hace tres siglos, si hemos de entender la pieza entremesil de D. Gil de Armesto y Castro, y las abundantes alusiones a dicho lugar esparcidas por toda nuestra literatura.

El Rastro, en la mayoría de las poblaciones de España, es sinónimo de matadero. Así lo reconoce la Academia y así lo reconocía Lope de Vega refiriéndose al Rastro en general:

—«Ver matar es mi alegría.
—Pues hija, viva en el Rastro
verás matar cada día» (1).

Esta misma acepción daba a la palabra Cervantes cuando decía: «Así pueden matar delante de mí más hombres que carneros en el Rastro» (2).

En Madrid, como decimos, el Rastro era lugar distinto del matadero, y también distinto de lo que, según la Academia, se entiende en la siguiente definición: «lugar destinado en las poblaciones para vender en ciertos días de la semana la carne por mayor». Cervantes debía entenderlo así cuando escribió en el *Quijote*: «eran seis medias tinajas, que cada una cabía un rastro de carne» (3). Y asimismo Quevedo, jugando del vocablo, pues «el rastro» era también nombre de un baile antiguo:

«De la trena a Escarramán
saltó sin llegar la Pascua,
y al rastro donde la carne
se hace bailando rajas» (4).

¿Qué era, pues, el Rastro de Madrid? Era una plazoleta donde se vendían los despojos de las reses sacrificadas en el matadero. Sobre esta par-

(1) Lope, *La Varona castellana*, II, Ac. Esp., tomo VIII, pág. 226-b.

(2) Cervantes, *La cueva de Salamanca*, N. B. A. E., tomo XVII, pág. 36-a.

(3) *Quijote*, tomo II, pág. 20.

(4) Quevedo, *Rivad.*, tomo LXIX, pág. 216-a.

ticularidad versan numerosos textos de la literatura contemporánea, que, a más de confirmar el hecho en general, especifican detalladamente la clase de despojos que en dicha plaza se vendían.

En efecto, las piezas principales que los madrileños iban a comprar al Rastro eran las manos o pies de cordero, según reza el testimonio de Quiñones de Benavente en el *Entremés de las manos y cuajares*:

«Tan pacíficos somos
allá en el Rastro,
que sin riña o pendencia
damos las manos» (5).

Las *manos* y algo más, pues Lope nos advierte que el vientre o mondongo era otra parte de las reses, que se vendían en aquel sitio:

T. «¿Podré haber, por algún modo,
una mano de alabastro?
S. ¿Cómo así?
T. A uso del Rastro,
que se da con vientre y todo» (6).

De la venta del mondongo en el Rastro nos facilita otra noticia el *Entremés de la dama fingida*, en el cual figuran de protagonistas dos mondongueros. La fábula es así: Una sobrina de mondonguera se pone en plan de gran señora, con la esperanza de casarse con cierto marqués, que luego resulta un bribón como ella. La tía mondonguera la vuelve a palos al Rastro a seguir lavando en el río las panzas y los cuajares (7).

Calderón también, aludiendo a ciertas damas de vida airada que invadían un jardín público, dijo:

«Una de tantas mondongas
que hacen Rastro a este vergel» (8).

No cabe duda, pues, de que la mondonguería tomó en el Rastro su centro y base comercial. Pero en lo que llamamos despojos de las reses se cuentan aún otras piezas, que asimismo sabemos por el dicho de Lope que se trataban en el Rastro: las asaduras y las cabezas (9).

(5) Obra cit., N. B. A. E., tomo XVIII, pág. 568-b.

(6) Lope, *La bella malmaridada*, I, Ac. Esp. N. E., tomo III, pág. 622-a.

(7) Vid. N. B. A. E., tomo XVII, pág. CXXXII-b.

(8) *Gustos y disgustos son no más que imaginación*, II, Rivad., tomo XII, pág. 13-c.

(9) Lope, *La burgalesa de Lerma*, III, Ac. Esp., N. E., tomo IV, pág. 59-a.

Es natural que vendiéndose allí las cabezas se vendiesen igualmente las lenguas. A este propósito hay un pasaje harto enrevesado en Quiñones de Benavente que sería demasiada *habilidad* pasar por él sin explicarlo. Es una invectiva contra un carnicero, y dice así:

«Rastrerísimo tratante,
que perdiste el habla el jueves
y el sábado la cobraste;
vende tus tabas y calla,
si no quieres que te saquen
sin ser la sangre del Rastro,
por el rastro de la sangre» (10).

Por el *habla* del segundo verso hay que entender la lengua. Haberla perdido el jueves y recobrádola el sábado quiere decir que tenía lengua de animal, de las que se terminaban de vender los jueves, día en que las tablas de la carnicería quedaban limpias, y se comenzaban a expender los sábados, día de carne fresca, ya que los viernes todo el mundo guardaba la vigilia.

En otro lugar trataré largo y tendido del consumo de asaduras y cabezas que se hacía los sábados.

Por último, al Rastro iba a venderse la gordura, la carne averiada y todos los desperdicios del matadero. Lope, o quien sea el autor de *La Maya*, establece en equívocos la contraposición de la carne fina que se despachaba en las carnicerías y la gordura que se vendía en el Rastro:

«Flaca sois, carne, a fe mía;
no sois comprada en el Rastro,
sino en la carnicería» (11).

Y un pasaje de Tirso declara sin rodeos la calidad de la carne que allá tenía su venta:

«Pero decidme, ¿qué casa
es aquélla, donde tantos
salen y entran?
FISBERTO. Donde pasa
un trato no para santos.
RICOTE. Donde Venus da a la tasa
zupia que el seso derriba;

(10) Quiñones, *E. de las manos y cuajares*, N. B., A. E., tomo XVIII, pág. 568-b.

(11) Obra cit. en obras de Lope, Ac. Esp., tomo II, pág. 49.

feria donde abre sus tiendas
el vicio a gente lasciva,
Y es, en fin, porque lo entiendas
Rastro de la carne viva» (12).

Parece ser que de común acuerdo entre los gandingueros y el público, la carne se compraba en este lugar sin opción a reclamación ninguna sobre el estado de putrefacción en que se encontrase. Esto se deduce del siguiente pasaje de Lope:

«Yo te daré, si ella quiere,
un cuarto, a como saliere,
como en el Rastro le doy» (13).

Consecuencia de la clase de comercio que en esta plazuela madrileña se hacía, era la gran cantidad de cuernos que andaban rodando por el suelo, como reliquias de las víctimas de los matarifes. Quevedo recogió esta nota, pintoresca propia de aquel lugar en la descripción de un apartado del Infierno:

«Abajo, en un apartado muy sucio, lleno de mondaduras de Rastro, quiero decir cuernos, están los que acá llamamos cornudos» (14).

La Pícaro Justina vió allá, en tierras de León, «muchos, infinitos cuernos del Rastro» (15), que por cierto algún tornero los aprovechaba para hacer tinteros (16). Tanto abundaba la maldita planta en los Rastros de todas las ciudades de España, que un poeta jocoso pudo decir:

«¿Es más cornudo el Rastro que mi abuelo?» (17).

Y hasta nuestros días ha llegado en boca del pueblo este refrán, aplicado a una mujer disoluta: «Uno para el gusto, otro para el gasto, y otro para que lleve los cuernos al Rastro.»

Pero además de todo esto, el Rastro de Madrid estaba caracterizado por otra particularidad: el Repeso. Era éste una de las oficinas registros de los mantenimientos que entraban en la corte para el consumo. También esta circunstancia contribuía a dar al Rastro el típico ambiente, que Armesto y Castro procuró recoger en el entremés a que estas notas sirven de prólogo. Vamos a dar algunas noticias históricas sobre esta particularidad.

A comienzos del siglo xvii no había en Madrid más que cuatro repesos, de los cuales eran los principales el de la plaza Mayor y el de la plaza de la Villa. El año 1642 se creó un nuevo repeso en la plazuela del Rastro, que

(12) Tirso, *El caballero de gracia*, II, N. B. A. E., tomo IX, pág. 374.

(13) Lope, *La bella malmaridada*, I, Ac. Esp., N. E., tomo III, pág. 619-a.

(14) Quevedo, *El alguacil alguacilado*, Rivad., tomo I, pág. 305-a.

(15) Obra cit., Rivad., tomo XXX, pág. 130.

(16) Obra cit., Rivad., tomo XXX, pág. 157.

(17) 327 Sonetos, en *Revue Hispanique*, tomo XVIII, pág. 554.

vino a aumentar la popularidad que las casquerías daban de antiguo a dicho lugar. Ya en 1650 eran seis los repesos de la corte: plaza Mayor, plaza de la Villa, Santo Domingo, San Luis, Rastro y Antón Martín. En 1663 los repesos eran ocho, pues se habían creado uno en la calle de Alcalá y otro en la plazuela del Gato.

El repeso era una caseta de madera levantada en medio de la plaza, adonde asistían un alcalde de corte, un contador, dos alguaciles, un escribano y algunos porteros, funcionarios subordinados a los alguaciles. Cada alguacil pagaba tres ducados de entrada en el servicio del repeso cada mes, para un fondo común que tenía diversas aplicaciones.

Cuando el año 1642 se estableció un repeso en el Rastro, hacía unos cuatro años que la caseta de la plaza Mayor se había caído de vieja, y estaban los funcionarios públicos a la intemperie. Esto, unido a que los dos alguaciles del Rastro habían empezado eximiéndose de pagar los tres ducados de entrada, promovió una gestión de los demás alguaciles para someterlos al tributo común, y para que con dicho dinero se reconstruyese el repeso de la plaza Mayor. Así lo concedió el fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte (18).

El funcionamiento de los repesos, sus correspondientes demarcaciones, la inspección que ejercían, etc., caen en el capítulo de la policía de abastos, que he de publicar en trabajo aparte.

Vamos ahora a echar una ojeada sobre el personal o vecindario de la plazuela del Repeso.

En primer lugar, los ganapanes o cargadores, ocupados en las tareas propias del lugar, como lo dice Salas Barbadillo:

«Persona que allá en el Rastro,
su calidad advertid,
los cargos de mayor peso
se ocupa siempre en servir» (19).

(18) «Los Aguaciles de la casa y Corte de V. A.: Los que aqui firmamos decimos que, como es notorio, en la Plaza Mayor de esta Villa ha habido siempre un repeso y caja de Corte, como el que tiene esta dicha Villa, para estar en él, de invierno y verano, los vuestros Alcaldes que son semaneros, y van a hacer las posturas y a asistir en ellos Aguaciles, hasta que hará cuatro años, poco más o menos, que se quebró e hizo pedazos, y no hay donde se pueda estar, si no es con grande indecencia; y aunque se han procurado medios para que se haga, no ha tenido efecto; y ahora se ha creado otro repeso de más de los cuatro que hay en esta Corte, que es el del Rastro, en que hay dos Aguaciles de Corte que hacen lo mismo de los demás de los repesos, y estos no pagan y contribuyen como hacen los otros Aguaciles de los repesos.—Piden y suplican a V. A. sea servido de mandar que los dichos Aguaciles que asisten en el Rastro paguen a tres ducados cada uno de entrada cada mes, y el escribano que con ellos asiste, y esto se ponga en la persona que V. A. fuere servido, para que con ello se haga la caja y repeso de la Plaza Mayor y los reparos que hubiere menester, y que la cantidad que dan los demás repesos el año que no hubiere fiestas se aplique para lo susodicho, que recibiran merced ademas de ser Justicia que piden.—El Fiscal lo ha visto y pide que los Aguaciles que asistieron en el repeso del Rastro paguen conforme la cantidad que pagan los demas Aguaciles que asisten en los demás repesos de esta Corte.—Madrid, Noviembre 27 de 1642.»

Libro de Gobierno de Alcaldes de Casa y Corte, año 1643, fol. 22.

(19) Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio*, en *La Lectura*, tomo LVII, pág. 290.

Estos ganapanes tenían hasta fama de valientes, o matones de oficio, cosa bien distinta de la verdadera valentía. Por eso decía Lope de Vega:

«Yo, en viendo un bravo de aquéllos,
pienso que es hombre del rastro» (20).

Especie que seguía vigente entre los dramaturgos posteriores:

«Su braveza no codicio;
que estos valientes de oficio
me suenan a hombres del Rastro» (21).

Con la valentonería cultivaban estos cargadores el arte de la sisa. De modo que si uno se convertía a Dios y se proponía cambiar de vida, no era del quinto, sino del séptimo mandamiento de lo que abjuraba, según este pasaje de Tirso:

«Marción, de hoy más libro nuevo,
No más sisas en el Rastro» (22).

También debían abundar las criadas trapisondistas y desacomodadas, que allí entretenían sus ocios en agenciarse alguna ganancia. Tal se deduce de los versos de Calderón:

«Es la mayor embustera
y enredadora que se halla
desde el Rastro hasta la Cruz
de Morán, con haber tantas» (23).

En el Rastro, por último, vivían tramposos, como aquel a quien iba a cobrar ciertos dineros el Don Clemente de la comedia *Abre el ojo* (24), y personas que recibían visitas de criados y gente de menor cuantía (25).

Hasta es muy posible que en el Rastro se ahorcase a los malhechores de ínfima extracción, en vez de ajusticiarlos en la plaza Mayor. Por lo

(20) Lope, *Los amantes sin amor*, I, Ac. Esp., N. E., tomo III, pág. 143-a.

(21) Don Francisco de Leiva Ramírez de Arellano, *El socorro de los mantos*, I, Rivad., tomo XLVII, pág. 385-a.

(22) Tirso, *El mayor desengaño*, III, N. B. A. E., tomo IV, pág. 115-b.

(23) *Fuego de Dios en el querer bien*, II, Rivad., tomo III, pág. 322-a.

(24) Rojas Zorrilla, obra cit., I, Rivad., tomo LIV, pág. 126-a-c.

(25) Calderón, *Hombre pobre todo es traza*, I, Rivad., tomo VII, pág. 506-a.

menos, a los moros, debía de ejecutárselos allí, a juzgar por lo que un moro dice en una obra de Lope:

«Parezco moro del Rastro;
ya voy temiendo la nuez» (26).

Entre gente de tan baja estofa se darían verosíblemente casos como los que refieren los novelistas de la época. Cervantes pone en boca de una zafia doméstica estas palabras: «El sacristán me deshonoró el otro día cuando fui al Rastro...; allí en mitad de la calle Toledo» (27).

Claro que la voz «deshonrar», además del sentido actual, tenía entonces el de injuriar de palabra, que fué lo que el sacristán hizo con la ingenua fámula. Pero no se quedaban a veces en palabras las cosas que sucedían en el Rastro. Testigo, Francisco Santos, que es autor del relato siguiente:

«En el contorno de la plazuela del Rastro desta corte había dos casados, que a los principios de su matrimonio vivían con mucha paz y amor. Pasados los primeros días, él se amancebó con una mujer común, dejando el cariño de un ángel que por mujer tenía.

...Una noche, que cansado de haber estado toda la tarde y parte de la noche con su dama, encendido en vivo fuego, por alguna desazón, viendo tierna de ojos a su esposa, porque no había ido a casa desde por la mañana, tocado de Satanás, la dió de bofetadas y no contento la asió de los cabellos y arrastró por la vivienda, y dejándola de esta suerte se salió de casa con intento de volver al reclamo de su dama. La honrada señora, a su parecer segura, por haber estado con el primer galán, representando el papel de dama, desde mediodía hasta dos horas de la noche, y que no era posible volver, avisó al segundo para que viniese. Trájele el pecado, no de ninguna iglesia, sino de una casa de juego; entró dentro, y por pedirlo la hora, cerraron la puerta. Llegó el primero, llamó, no le respondían, y creyendo ser solo..., hizo acometimiento de romper la puerta; a lo que el de dentro, tomando su espada y broquel, empezaron a tirarse. Salieron a la calle, como sangrientos leones, y al ruido de los broqueles y espadas, acudió gente; pero no podían meterlos en paz; hasta que un diluvio de pedradas llovió su furia, de las cuales una alcanzó al primer galán en una sien, cayendo como muerto en el suelo» (28).

Con todo lo que sabemos del Rastro, no sabemos explicar por qué Francisco Santos le llama «palacio de las cuatro puertas» (29); pero sí sabemos lo suficiente para ambientar el entremés de Armesto y Castro, publicado en 1697 en el librito *Verdores del Parnaso*, que reeditamos a continuación.

(26) Lope, *La desdichada Estefanía*, II, Ac. Esp., tomo VIII, pág. 344-b.

(27) Cervantes, *Entremés de la guarda cuidadosa*, N. B. A. E., tomo XVIII, pág. 21-b.

(28) Francisco Santos, *El escándalo del mundo*, Pamplona, 1696, pág. 22-a.

(29) *El vivo y el difunto*, ed. 1692, pág. 59.

ENTREMÉS FAMOSO DE LAS VENDEDORAS EN LA PUERTA DEL RASTRO

Personas:

UNA MUJER QUE VENDE MANOS Y CUAJARES.

UN SOLDADO.

OTRA QUE VENDE MORCILLAS.

UNA DUEÑA.

UN ESTUDIANTE GORRÓN.

OTÁÑEZ, ESCUDERO.

(Sale la que vende manos y cuajares, con una cesta, y canta.)

MUJER 1.^a

Manos y cuajares vendo,
y en esta puerta del Rastro,
aunque vendiendo los pelo,
a vender no me doy manos.
Lleven cuajares, los que
al carnero no han hallado
costilla, porque no tienen
costilla para comprarlo.
Venid, llevad cuajares,
y manos a millares,
pobretes presumidos,
que aunque estéis mal comidos,
con un palillo armados,
engañarnos queréis, siendo engañados.
(Pónese con su cesta a un lado del tablado. Sale la que vende morcillas, con otra cesta, y canta.)

MUJER 2.^a

Morcillas vendo famosas,
gentilhombres del trabajo,
que todo un caldero de agua
en lavarlas he gastado.
De sangre castiza son,
yo lo tengo averiguado,
que el albéitar me juró
que es de castizos caballos.
Venid, llegad, bribones,
que en no siendo gorriones,
la sangre de un rocín
os sabe a francolín.
y las sucias cosillas
decís que son especia en mis morcillas.

(Pone la cesta junto a la de la primera.)

- MUJER 1.^a Hágase allá con su cesta.
MUJER 2.^a Ella es la de hágase allá:
¡qué grosera!
- MUJER 1.^a Sus morcillas,
cierto es que no lo serán.
MUJER 2.^a ¿Estarán mejor sus manos?
MUJER 1.^a Por lo limpio, claro está,
y por peladas.
- MUJER 2.^a Es cierto,
que está muy diestra en pelar.
MUJER 1.^a A mí no me ladran perros.
MUJER 2.^a Dice usted mucha verdad,
porque si son perros muertos
¿cómo la pueden ladrar?
- MUJER 1.^a Lo tuyo me dices, tonta,
eso es adagio vulgar,
que yo en los antes de amor,
recojo mi pegar.
- MUJER 2.^a Hace bien; que si no usara
antes de esa habilidad,
y a los postres esperara,
no hallara ni para un pan.
- MUJER 1.^a Mientes, y si me levanto...
MUJER 2.^a Gentil pavana, ¿qué hará?
- MUJER 1.^a Te pelaré esa cabeza.
MUJER 2.^a Pies sabe pelar y aun mal.
MUJER 1.^a Arañaréte esa cara.
MUJER 2.^a Por uñas no quedará,
pues de carneros y suyas
se compone su caudal.
- MUJER 1.^a Porque viene gente callo.
MUJER 2.^a ¡Oh qué excusa tan venial!
- MUJER 1.^a No llame a mis parroquianos,
que juzgo la pesará.
MUJER 2.^a ¿Mucho?
- MUJER 1.^a Y remucho.
MUJER 2.^a Con eso,
muy buen despacho tendrá
mi hacienda.
- MUJER 1.^a ¿Por qué lo dice?
- MUJER 2.^a Porque lo digo y no más.
MUJER 1.^a Razón de cabo de escuadra.
MUJER 2.^a Dale bola, y preguntar:
¿por qué son sus parroquianos
cuántos en Madrid están?

(Cantan lo de abajo, empezando la

primera dama, como está anotado.)

MUJER 1.^a (Canta.) Manos y cuajares
lleven a millares.

MUJER 2.^a (Canta.) Lleven mis morcillas
a las Maravillas.

(Sale el estudiante como que oye cantar.)

ESTUDIANTE. A las Maravillas dice
ésta que se han de llevar
sus morcillas: lejos es;
pero alguna me dará,
aquí tiene un *quidam pauper*,
que esta cesta cargará,
y en las mismas Maravillas
las morcillas la pondrá.

MUJER 2.^a ¿Todas?

ESTUDIANTE. Y aun dos mil que hubiera.

MUJER 2.^a ¡Brava venta! cual está
la vecina, mi señora.

MUJER 1.^a Venda, y calle.

MUJER 2.^a Venderán.

(Sale un soldado ridículo por el lado donde están las manos y los cuajares.)

SOLDADO. Si a millares los cuajares,
y manos se han de llevar,
aquí tiene usted, mi reina,
quien todos los llevará.
En la calle de León
mi contaduría está,
adonde, en muy breve rato,
todas se las fumarán.

MUJER 1.^a ¿Todas?

SOLDADO. Y aun dos mil que hubiera.

MUJER 1.^a ¡Brava venta! cual está
la vecina, mi señora.

MUJER 2.^a Venda, y calle.

MUJER 1.^a Venderán.

MUJER 2.^a Ya sabe que soy un diablo.

MUJER 1.^a Yo soy dos, que es uno más.

(Sale la dueña y Otáñez, escudero.)

DUEÑA. Ande, Otáñez, que es pesado,
ya no sabe acompañar.

OTÁÑEZ. Si ha dos horas que salimos
de misa de San Millán,
y al Rastro vamos llegando,
¿qué más prisa me he de dar?

- y las piernas me rehilan
del cansancio; ¿hay cosa tal?
- DUEÑA. Lléguese a aquellas mujeres,
y pregunte si tendrán
un poco de hígado blanco.
- OTÁÑEZ. ¿Hígado qué?
- DUEÑA. Gran patán,
hígado blanco le digo.
- OTÁÑEZ. Lléguelo usted a preguntar,
que me huele a chilindrina,
y estas damas del porcal,
como ellas huelen también,
lo olerán, y me darán.
- DUEÑA. Llegue, no sea majadero.
- OTÁÑEZ. Ello por su cuenta va,
digo, ¿y es hígado blanco,
si bien me quiero acordar,
lo que yo llamo criadillas?
- DUEÑA. Sí; ¡qué hombre tan trivial!
(*Llégase a la que vende las manos.*)
- OTÁÑEZ. Guarde Dios a vuesarced.
- MUJER 1.^a Si algo me quiere comprar
ya están mis manos vendidas.
- OTÁÑEZ. ¿Y de ese modo que están?
- MUJER 1.^a Yo digo las de la cesta,
Rodrigo, y no el de Vivar
- OTÁÑEZ. ¡Oh! pues si fueran esotras,
¿dónde se hallara caudal?
- MUJER 1.^a Buenos chicoleos gasta,
hágase el menguado atrás.
- OTÁÑEZ. Un hígado blanco pido.
que a usted se le pagará,
aun a más de la postura.
- MUJER 1.^a Mi vecina le tendrá,
que es ahigadada.
- MUJER 2.^a Ya he dicho
que llaman santo el callar.
(*Llégase a la de las morcillas.*)
- OTÁÑEZ. ¿Tendrá usted hígado?
- MUJER 2.^a Tengo.
- OTÁÑEZ. Eso sí, pese a mi mal;
blanco digo.
- MUJER 2.^a Y colorado.
negro y así, ¿quiere más?
y llévese ahora el negro,
y vuelva mañana acá.
(*Dale con una morcilla en la cara.*)
- OTÁÑEZ. Eso es mucha porquería.
- MUJER 2.^a Si es morcilla, claro está.

- OTÁÑEZ. *(Llégase a la de las manos.)*
Présteme usted una mano,
con que me pueda vengar.
- MUJER 1.^a Tome.
(Dale con una mano de carnero.)
- OTÁÑEZ. Paso, niña mía,
que no lo dije por tal.
- DUEÑA. ¿A mi escudero picañas?
- MUJER 1.^a Hágase la dueña allá,
que si me enfado, mis manos
le sabrán bien manotear.
- DUEÑA. Yo haré a mi primo el portero,
que aquí en el repeso está,
que os ponga en un palo.
- MUJER 2.^a Y es
de linaje que lo hará.
- SOLDADO. Repórtense; ¿qué es aquesto?
que estoy aquí no verán.
- ESTUDIANTE. Va de arredro, dueña injerta
en el mismo Satanás.
- OTÁÑEZ. Dénla ustedes una tunda,
que Otáñez ayudará.
- SOLDADO. Ea, sosiéguese todos,
reinas mías, no haya más,
porque en día tan alegre,
no ha haber ningún pesar.
- MUJER 1.^a Aparte, seor tornillero.
- MUJER 2.^a Quite, pájaro Tornay.
- ESTUDIANTE. Demos fin al entremés.
- SOLDADO. ¿Yéndonos?
- OTÁÑEZ. No, porque es ya
de tabla la seguidilla,
para poderle acabar.
- OTÁÑEZ. *(Canta.)* No haya más, niñas mías,
dense las manos.
- MUJER 1.^a Muy fácil cosa es ésa,
siendo en el Rastro.
(Repiten bailando, y dase fin.)

M. HERRERO-GARCÍA

LA VIDA MADRILEÑA EN TIEMPOS DE FELIPE IV ⁽¹⁾

XIII

EL TABLADO DE LA FARSA

En mi artículo anterior abordé el examen del teatro (en pleno apogeo entonces en Madrid), refiriéndome a la vida de los actores y actrices. Ahora habré de estudiar la fisonomía interior de los teatros y de las representaciones escénicas, prescindiendo de su contenido literario y artístico.

I.—Los corrales públicos: planta, distribución y localidades

Celebrábanse las representaciones escénicas en coliseos toscamente contruídos para ese fin y que conservaban el nombre de *corrales*, por ser éstos los primeros sitios fijos destinados a tal menester en la segunda mitad del siglo xvii, reemplazando a los tablados portátiles que se armaban en las plazas públicas en tiempos de Lope de Rueda. Y no estaban muy lejos de seguir mereciendo igual calificativo.

Madrid contaba con dos corrales, edificados, respectivamente, en las calles del Príncipe y de la Cruz, en el último tercio del siglo xvi. El primero, que ocupaba el emplazamiento aproximado del actual teatro Español, se llamó *corral de la Pacheca* en tiempos de los Felipes II y III, a causa de haberse instalado en el solar perteneciente a una tal Isabel Pacheco. Pero a partir del reinado de Felipe IV se le llamó ya corral del Príncipe (2), nombre que conservó, aun dejando de llamarse corral, hasta 1849, en que recibió su denominación presente. Frente a él hallábase entonces el convento de carmelitas descalzas de Santa Ana haciendo estrecha calleja de lo que hoy, al derribarse el piadoso edificio, está trocado en linda plazuela-jardín.

(1) Los artículos anteriores de la serie se insertaron en los números de esta REVISTA correspondientes a octubre de 1924, julio y octubre de 1925, abril y julio de 1926, enero, abril y octubre de 1927, julio de 1928, abril y octubre de 1930 y julio de 1931.

(2) En *El escudero Marcos de Obregón*, impresa en 1618, se le llama aún *corral de la Pacheca*. En *La garduña de Sevilla*, publicada en 1634, capítulo XX, se le da el nombre de corral del Príncipe, que conservó en adelante.

Cerca de él hallábase el corral de la Cruz, en la calle del mismo nombre, que no ha tenido aún la suerte de ensanchamiento tal.

Uno y otro conservaron el título y disposición de *corrales*, hasta que en la primera mitad del siglo XVIII se les reconstruyó en forma de teatros.

Ambos, en la época que nos ocupa, fueron el solio donde se consagraron los grandes dramaturgos de nuestra escena clásica. Ambos merecieron el público favor, pero autores y espectadores alternaban su predilección entre ellos. Lope de Vega y Felipe IV preferían el corral de la Cruz, donde representaban las celebradas comediantas María Calderón, amante del rey, María de Córdoba y Antonia Granados. Pero los más de los magnates y comediógrafos se inclinaban al corral del Príncipe. Las compañías que actuaban en los dos coliseos estaban divididas por emulaciones profesionales, que degeneraban no pocas veces en disputas y reyertas en corrillos y mentideros, extensivas a los concurrentes habituales a uno y otro, aunque no tuvieron la trascendencia que los famosos bandos de *chorizos y polacos* en que durante el siglo XVIII estaba dividido el público.

En ambos corrales actuaba en tiempos de Felipe IV la *crema* de la farándula española (3), por el privilegio que disfrutaba Madrid de elegir sus cómicos.

El viajero francés Bertaut reconoce que aquellas compañías eran superiores a las de los coliseos franceses del mismo tiempo, aunque no recibía ninguno de sus actores, como en Francia, paga fija del rey (4).

El corral era un local descubierto, con ligeras construcciones *ad hoc*. De sus cabeceras la una ocupaba el escenario, que era un tablado adosado a un muro y cubierto por pintarrajeada cortina, y la de enfrente, algo curva, destinábase a la localidad de las mujeres (un anfiteatro llamado *cazuela* o *jaula*). A uno y otro lado, pero a cierta altura, estaban las *gradas*, anfiteatro distinguido para hombres. Sólo estos tres lugares veíanse amparados de la intemperie por tejadillos; si bien, para preservar del sol las restantes localidades, extendíase un toldo de anjeo en la parte superior del local, sujetándole con cuerdas y argollas. El toldo no libraba de la lluvia, y si ésta era persistente había que suspender la función. El piso del corral era de piedra, con algún declive y un sumidero en la parte central, a fin de recoger las aguas. Los costados del corral eran las paredes de las casas inmediatas, cuyos dueños podían abrir ventanas para presenciar las representaciones (más afortunados que los propietarios de fincas en la Plaza Mayor respecto a las fiestas reales); pero solían ceder tal derecho al arrendador del corral por cierta suma, lo cual ocasionaba a los inquilinos la molestia de permitir el paso al público por sus habitaciones (5).

(3) Sepúlveda, en su obra *El corral de la Pacheca*, página 445 y siguientes, reproduce listas de las compañías que actuaban allí desde 1663.

(4) *Journal d'un voyage en Espagne*, capítulo *De la façon de vivre*.

(5) En 19 de agosto de 1635 se dió licencia al vecino Juan de Herrera para abrir en su casa una ventana con vistas al corral del Príncipe, abonando 30 ducados a sus arrendadores. En 1662 se

Llamábanse estas localidades *rejas*, por tenerlas efectivamente, y eran el sitio predilecto para las personas reservadas, porque permitían ver la función sin ser visto y sin entrar en el teatro, a la vez que pasar la tarde en libre plática y merendona con los amigos, ya que disponían para ello de estancias independientes.

Debajo de las rejas, pero como construcción especial escénica, hallábanse los *aposentos*, que se alquilaban para familias, y costaba cada uno 17 reales. Eran equivalentes a nuestros palcos, y en ellos se acomodaba la gente de copete. Muchos nobles los tenían alquilados siempre —como *el abono* de hoy—, por lo cual se les daba el nombre de sus títulos respectivos. La villa disponía también de un aposento reservado, como ahora, por el que pagaba 300 escudos. De estos aposentos unos tenían balcones y otros ventanas, y de uno o de otro modo se les designaba; pero todos hallábanse defendidos de la indiscreta curiosidad de la muchedumbre por espesas celosías. Así podían recatarse tras éstas las personas graves. Refiriéndose a tal uso, dijo el poeta Antonio de Mendoza:

«Celosías recoletas
fueron campaña y vergel
de la más cuerda matrona
y del más rígido juez.»

Ya se ha dicho que los propios monarcas, según público rumor, concurrían a estos aposentos, con preferencia al coliseo de la Cruz.

En la parte superior del corral abríanse unos compartimientos angostos y oscuros, llamados *aposentillos* o *desvanes*, y con más frecuencia *tertulias* desde el tiempo de Felipe IV, a causa de ser preferidos por los religiosos y gentes graves, eruditas y versadas en letras, entre quienes estaban muy en boga los comentarios de *Tertuliano* (6). Por esa reputación que los desvanes tenían de albergar a gente cuyo voto era de calidad los llamaba *doctos* una loa de Benavente, y el fallo de su concurrencia era muy estimado por faranduleros y dramaturgos. Los frailes que acudían a las tertulias disfrutaban de ventaja en su alquiler respecto a los seglares.

La parte baja y central llamábase *patio*, porque lo era realmente, ya que lo formaba el espacio abierto entre dos medianerías, y de aquí el nombre de *patio* de butacas que conserva aún la parte análoga de los teatros modernos. El lugar delantero del patio y más próximo al escenario lo ocupaban los *bancos*, en cada uno de los cuales podían acomodarse tres personas. El alquiler de un banco entero costaba un real de plata, y to-

empezó a pagar a doña Juana González Carpio el canon anual de 50 ducados por facilitar la entrada a la cazuela, que ocupaban las mujeres en aquel corral mediante un pasadizo instalado en una casa contigua de su propiedad. (Vid. Muñoz Morillejo, *Escenografía española*, pág. 54.)

(6) Pellicer, *De la comedia en España*, tomo I, pág. 203.

mando sólo uno de sus asientos se abonaban 20 maravedíes (unos 40 céntimos actuales).

Detrás de los bancos había una gran viga, que por estar a la altura del cuello de una persona llamábase *el degolladero*. Servía para separarlos del espacio libre que había detrás ocupando el patio en su mayor parte, a fin de que en él se acomodasen los espectadores de a pie, los cuales, por no ocupar asiento alguno, sólo abonaban 12 maravedíes (unos 25 céntimos de peseta), que era el derecho de entrada al local. Venía a ser como la localidad de *paseo* de algunos teatros modernos, y la ocupaban los hombres de más modesta condición, los llamados *mosqueteros*, de cuya populachera soberanía en el corral se tratará aparte.

Otra localidad de situación no bien determinada eran las *barandillas*, bancos delanteros que ocupaban personas de hidalga condición.

Debajo de la *cazuela*, y casi al nivel del patio, había dos aposentos que se llamaban *alojeros*, quizás porque junto a ellos colocaban el tendere de su mercancía los vendedores de *aloja*, refresco hecho con agua, miel y especias.

El corral del Príncipe constaba de ocho puertas. La primera daba paso a los aposentos. La segunda y tercera comunicaban con unas casucas alquiladas entonces. Las restantes daban acceso al corral (7).

A la *cazuela* ocupada por mujeres se subía por cuatro escaleras distintas, incomunicadas con las que utilizaban los hombres.

Parecida distribución debía tener el corral de la Cruz.

II. — Coste de las entradas. «Tifus» teatral

En aquella época no se había inventado aún el uso de billetes para justificar el pago e identificar la localidad de cada espectador. La forma de cobro era más complicada, pues había que pagar a la puerta del corral y luego al ocupar el sitio en que se presenciaba el espectáculo.

En la primera puerta se abonaba un cuarto, destinado al autor y al arrendador. Ya dentro del local, en la segunda puerta, se pagaban tres cuartos, que eran la limosna de los hospitales, y 20 maravedíes más el que ocupaba asiento de banco. Cada mujer que entraba en la *cazuela* había de dar siete cuartos. El aposento valía, como dijimos, 17 reales y medio, de los cuales tocaban 13 al arrendador y al *autor* lo demás. Regían tales precios en 1621 (8), sin que podamos puntualizar el coste de las gradas y de los

(7) *Libro de los nombres y calles de Madrid sobre que se paga incómodas y tercias partes* Manuscrito de la Biblioteca Nacional, citado por Menreal (*El corral de las comedias*, artículo de *La Ilustración Española y Americana*, 1881, tomo I, pág. 74) y por Martínez Kleyser (*Guía de Madrid para el año 1656*, pág. 96.), aunque el último no puntualiza la procedencia.

(8) Constan en las escrituras de arriendo de los corrales, suscritas en 1621 por Luis Monzón.

bancos; pues aunque antes de esa fecha alquilábanse, respectivamente, por 16 y 34 maravedíes, a partir de la misma se elevó algo el coste de todas las localidades. La masa de espectadores que veían en pie la función, los llamados *mosqueteros*, parece que sólo abonaban seis cuartos entre todos los arbitrios, pues en la comedia de Rojas *Lo que son mujeres* llama la atención a un personaje:

«... que ahorre el mosquetero
seis cuartos de su caudal,
y que se vaya al corral
a silbarse su dinero.»

Y Brunel, en su relato de 1655, decía: «Por seis cuartos le bailan, cantan y representan al mosquetero.» El mismo autor escribe:

«Los comediantes no cobran sino sueldo y medio por persona; otro tanto se da para el hospital, y después, para ocupar los bancos, se da uno o dos sueldos, que son para la ciudad, a la que pertenecen los teatros; el sentarse cuesta siete sueldos franceses, de modo que en total la comedia cuesta unos 15 o 16 sueldos» (9).

Los *apuestos* y otras localidades preferentes se distribuían con antelación por medio de tarjetas que el arrendador de los corrales mandaba a ciertas casas que los solicitaban. Se daba preferencia, no a quien antes acudía, sino a la calidad de los solicitantes; de suerte que un plebeyo rico no podía alquilar un palco si lo solicitaba un noble. El criado encargado de este servicio había de complimentarle diariamente a las diez de la mañana, cobrar las localidades que servía y devolver al corral las restantes acto seguido (10).

A veces la ocupación de un palco originó reyertas y hasta estocadas en pleno corral entre dos señores que se creían con derecho a él.

El deseo de ver gratis las comedias hallábase no poco propagado. El *tifus* (como en el argot teatral se llama ese achaque) era epidemia peligrosa, que tanto como las de orden físico causaba estragos en los hospitales, por ser ellos los principales interesados en las ganancias escénicas. Zabaleta, en un precioso artículo sobre las costumbres de entonces, *La comedia*, refiriéndose al *habitual* de los corrales, escribía: «Llega a la puerta del teatro, y la primera diligencia que hace es no pagar. La primera desdicha de los comediantes es ésta: trabajar mucho para que sólo paguen unos pocos. Quedárseles veinte personas con tres cuartos no era grande daño si no fuese consecuencia para que lo hiciesen otros muchos. Porque no pagó uno son innumerables los que no pagan. Todos se quieren parecer al privilegiado por parecer dignos de privilegio» (11).

(9) *Voyage d'Espagne*, cap V.

(10) Así consta en las estipulaciones de Monzón. Vid. Pellicer, ob. cit., tomo I, pág. 101.

(11) *El día de fiesta por la tarde*.

Entre los que disfrutaban de él abusivamente figuraban los curiales, según leemos en las capitulaciones de Monzón de 1621, que tratan de ponerles cortapisa. Una de sus cláusulas dice: «Que todos los alguaciles y escribanos paguen..., y no como al presente se hace, que además de no pagar, se llevan dos o tres personas consigo y las meten de balde» (12).

Entre los que asistían casi gratis al teatro figuraban los dramaturgos, privilegio que conservan y más acentuado; pues entonces excusaban el pago de entrada y localidad, pero no la limosna de los hospitales, por lo común. Ya Cervantes, en su *Viaje al Parnaso*, señalaba festivamente, entre los privilegios otorgados por Apolo a los hombres de letras, «que todo poeta cómico que felizmente hubiere sacado a luz tres comedias pueda entrar sin pagar en los teatros, si ya no fuese la limosna de la segunda puerta, y aun ésta, si pudiese ser, la excuse».

Aparte de los que por fuero o costumbre entraban sin pagar existían otros muchos, como se ha dicho ya, aficionados a lo mismo, para lo cual había que pasar sin ser advertido por los cobradores que recibían al público en las dos puertas de entrada, aprovechando aperturas o distracciones, o bien pelearse con ellos y entrar por fuerza.

Lo primero era frecuentísimo.

Los amantes de divertirse *de gorra* burlaban la vigilancia de aquellos Argos teatrales con travesura y astutas tretas. A ellos se refiere el gracioso de una comedia de Rojas diciendo:

«Y así, por no dar enojos,
me iré, tomando las vueltas
de esta sala hasta la otra
donde reyes no me vean,
dando este paso hacia aquí
con gorradas más bien hechas
que hacen los que entran de balde
a un cobrador de comedias» (13).

Pero tampoco escaseaban los rufos y valentones que pretendían forzar el paso a estocadas y tenían en su tizona un *vale* eficaz para lograrlo en lo sucesivo sin contratiempo. Zabaleta escribía, refiriéndose a los recursos para entrar gratis: «Esto se desea con tan gran agonía que por conseguirlo se riñe, pero en riñendo está conseguido. Raro es el que una vez riñó por no pagar que no entre sin pagar de allí en adelante» (14).

(12) Pellicer, ob. cit., tomo I, pág. 103.

(13) *Casarse por vengarse*, jornada primera.

(14) Obra cit.

Benavente escribía en una de sus jácaras:

«En el corral de comedias
lloviendo a la puerta están
mohadas y más mohadas
por *colarse* sin pagar.»

Tan frecuentes fueron las pendencias entre el cobrador, colocado en las primeras puertas del teatro, y los que por *guapeza* y empuñando un arma pretendían forzar la entrada al corral, y tan peligrosa llegó a ser la situación de aquellos porteros, que en las estipulaciones de Monzón se encarecía la necesidad de que los alguaciles estuviesen en la puerta del corral para proteger a los cobradores, y que éstos «han de poder traer coletos para la defensa de sus personas, por el riesgo que tienen allí de sus vidas en las dichas cobranzas» (15).

III.—*El público en los corrales*

Las funciones teatrales, que primero se hacían tan sólo los días feriados y después los jueves y domingos, en los buenos tiempos de Felipe IV representábanse diariamente en los dos corrales de Madrid (16). El espectáculo se efectuaba por la tarde, cosa extraña para los viajeros franceses que nos visitaban, acostumbrados a que sus teatros actuasen a la luz de las antorchas (17).

La comedia empezaba, de octubre a abril, a las dos, para terminar antes de la puesta del sol; en la primavera a las tres, y en el verano a las cuatro (18). Pero las puertas del corral se abrían a las doce para los espectadores del patio, la cazuela y los desvanes, donde los que antes llegaban eran dueños de ocupar los mejores puestos.

Por eso el espectador que no posee localidad reservada, como Zabaleta nos dice, «come atropelladamente, pues el ansia de tener buen lugar le hace no calentar el lugar en la mesa» (19).

Las mujeres eran aficionadísimas al teatro y el frecuentarle era una de sus ambiciones mayores (20), que competía con su afán de cortejos, golosinas y perifollos. Bajo Felipe III se había prohibido su asistencia a las

(15) Vid. Pellicer, ob. cit., tomo I, págs. 101-103.

(16) Así lo dice la mencionada relación de Brunel, que escribía en 1655.

(17) Se ve en los relatos de Brunel y de Mme. d'Aulnoy.

(18) Ordenanzas de 1641.

(19) Zabaleta, *El día de fiesta por la tarde*.

(20) Se ve en Tirso, *La villana de Vallecas*, acto II, escena V.

comedias; pero pronto se levantó tal prohibición, que restaba concurrencia, y por tanto ingresos al fin benéfico a que las representaciones se destinaban. Ya en 1621 lo hacía presente así el arrendador Monzón.

Había, no obstante, padres y hermanos rigurosos que tenían por pasatiempo liviano y ocasionado a murmuración el asistir al teatro las doncellas de cuyo honor eran custodios, y lo prohibían severamente (21). Pero esto constituía la excepción.

Tan grato solaz era la comedia para las mujeres, que acudían al corral desde por la mañana, comisqueando en él lo que podían. Y si era día feriado, almorzaban a primera hora, oían misa después, y encaminábanse desde el templo a la cazuela (22). Muchos curiosos estacionábanse a la puerta del teatro para verlas entrar.

Solamente los afortunados poseedores de tarjeta especial podían llegar sin prisas a la hora de comenzar la fiesta.

* * *

Las representaciones escénicas tenían entonces por parte de los espectadores un carácter turbulento, del que hoy sólo puede darnos idea pálida las corridas de toros. Y no porque las autoridades dejaran de tomar medidas para evitarlo; pues así como ahora en el coso taurino hay una autoridad presidencial encargada de dirigir las suertes de la lidia y mantener el orden, entonces presidía las representaciones un alcalde de casa y corte asistido por alguaciles, ocupando una silla en lugar preferente del prosenio o del mismo tablado, que se le reservaba a propósito (23).

Y no era esa la única tarea que la sala de alcaldes realizaba para lograr compostura y recato en el mundo de la farándula.

Uno de ellos, capitaneando su ronda, debía inspeccionar el *mentidero de representantes* y cuidar de que las cómicas no recibieran ciertas visitas, prendiendo o multando a los contraventores. Presenciaba la representación, imponiendo multas a los actores que no acudían con puntualidad; cuidaba de que no representaran obras sin licencia, ni en ellas se deslizaran vocablos indecorosos o inconvenientes, y la comedia no podía comenzar sin que él diera la orden (24).

Pero esto no evitaba todo linaje de excesos. Ya vimos las trifulcas, riñas y asaltos que producían a la puerta los *valientes* para entrar gratis. No menos desorden reinaba en el interior. Para conocerle tenemos el más

(21) Como el personaje de la comedia de los Figueroa *Mentir y mudarse a un tiempo*.

(22) Zabaleta, *El día de fiesta por la tarde*.

(23) Pellicer, ob. cit., tomo I, pág. 210.

(24) Varón Vallejo, *Rondas de los Alcaldes de Casa y Corte*

fidedigno testimonio en el artículo ya citado del costumbrista coetáneo Zabaleta, que nos dejó un cuadro animadísimo, al que es fuerza acudir, extractando o seleccionando sus párrafos más sustanciosos.

El espectador madrugador, para hacer tiempo mientras comenzaba el espectáculo, no vacilaba en meterse en el vestuario de las cómicas, aunque lo prohibiesen pragmáticas y ordenanzas (25). «Alguna está en tan interiores paños como si se fuese a acostar... Siéntelo la pobre mujer, que no se atreve a impedirlo, porque como todos son votos en su aprobación no quiere disgustar a ninguno» (26).

Buscaba después un asiento entre los que no fuesen ocupados por quienes los alquilaron previamente. «Apenas se ha sentado, cuando viene su dueño y quiere usar de su dominio. El que está sentado lo resiste, y ármase una pendencia» (27). La forzosa espera del que llegó temprano en busca de buen acomodo le hace impacientarse porque no comienza la función, aunque no sea la hora anunciada. «Habla recio y desabrido en la tardanza, y da ocasión a los mosqueteros que están debajo de él a que den priesa a los comediantes con palabras injuriosas» (28).

Se aumentaba su enojo cuando los actores no empezaban a la hora señalada, lo cual ocurría algunas tardes de día festivo, «porque no hay la gente que es menester para desquitar lo que se pierde los días de trabajo, o porque aguardan persona de tanta reverencia que por no disgustarla disgustan a quien ellos han menester tanto agradar como es el pueblo» (29).

Las mujeres se aburrían en la cazuela las dos o tres horas que esperaban el comienzo de la representación, y pasaban el tiempo murmurando a voces de los que entraban a otras localidades, regañando entre sí o comiendo chucherías de las que distribuían por el corral los vendedores ambulantes, autorizados *ex profeso* por el arrendador (30).

Vendían éstos aloja, confitura, obleas o barquillos, avellanas, piñones mondados, peros, turrón, agua de anís, dátiles, naranjas, limas, etc. (31). Y luego de comer estas cosas, las mujeres se divertían arrojando las cáscaras, huesos y despojos, a manera de proyectiles, bien unas a otras, bien a sus conocimientos del patio.

Frecuentemente estos comestibles los pagaban los hombres, que desde abajo asaeteaban con los ojos al mujerío de la cazuela, y a veces le dirigían palabras y aun ademanes no siempre comedidos ni decentes.

Bien que ellas los provocaban de mil modos, y aun pedían sin remilgos

(25) En las de 1641 se prohibía a toda persona de cualquier calidad entrar en el vestuario so pena de una multa de 20.000 maravedís por primera vez, imponiendo al reincidente mayor castigo. (Sepúlveda, *El corral de la Pacheca*, pág. 559.)

(26) Zabaleta, ob. cit.

(27) Ibidem.

(28) Ibidem.

(29) Ibidem.

(30) Así se estipula en el arrendamiento de Monzón.

(31) Así se dice en la primera jornada de la comedia *De la Baltasara*, citada por Pellicer, ob. cit., tomo I, pág. 210.

que las convidaran; pues la separación absoluta de sexos en el local sólo servía para encandilar a unos y a otros.

«Tarda nuestro hombre en sosegar-se poco más que el ruido que levantó la pendencia, y luego mira al puesto de las mujeres...; vásele la voluntad a la que mejor le ha parecido, y hácele con algún recato señas... Vuelve la cara a diferentes partes, cuando siente que por detrás le tiran de la capa. Tuerce el cuerpo por saber lo que aquello es, y ve un limero que, metiendo el hombro por entre dos hombres, le dice cerca del oído que aquella señora que está dándose golpes con el abanico en la rodilla dice que se ha holgado mucho de haberle visto tan airoso en la pendencia, que le pague una docena de limas. El hombre... da el dinero que se le pide, y envíale a decir que tome todo lo demás de que gustare... En apartándose el limero piensa en ir a aguardar a la salida de la comedia a la mujer...» (32).

Naturalmente, está impaciente y no presta atención a los cómicos en toda la tarde.

En tanto las mujeres de la cazuela no daban tregua a los dientes, cambiándose entre sí comestibles.

Compra la una «una medida de avellanas nuevas; llévanle por ella dos cuartos... Empiezan a cascar avellanas las dos amigas, y entre ambas bocas se oyen grandes chasquidos...» «Tráenles a unas de las que están sentadas en el pretil de la delantera unas empanadas, y para comérselas se sientan en lo bajo. Con esto le queda claro por donde ver los hombres que entran» (33). Otra distribuye entre varias, con quienes al entrar se peleó, «un puñado de ciruelas de Génova y huevos de faltriquera, diciéndolas: *Ea, seamos amigas y comamos estos dulces que me dió un bobo*. Ellas los reciben de muy buena gana».

Los incidentes en la cazuela se sucedían sin parar. Primero eran los cobradores, que entraban a cobrar el importe de cada asiento, el cual habían ellas de sacar de un papelillo que llevaban oculto en el seno o de un pañuelo acomodado «entre el faldón del jubón y el guardainfante». Las que entraban con retraso pisaban la basquiña a las que llegaron antes, o las descomponían los mantos, recibiendo tal cual insulto.

«Ya la cazuela estaba cubierta, cuando he aquí al *apretador* (es un portero que desahueca allí a las mujeres para que quepan más) con cuatro mujeres tapadas y lucidas que, porque le han dado ocho cuartos, viene a acomodarlas. Llégase a nuestras mujeres y dícelas que se embeban; ellas lo resisten; él porfía... Déjanse, en fin, caer sobre las que están sentadas, que por salir de debajo de ellas les hacen lugar sin saber lo que se hacen. Refunfuñan las unas, responden las otras, y al fin quedan todas en calma...» «A este tiempo en la puerta de la cazuela arman unos mozuelos una pendencia con los cobradores sobre que dejen entrar unas mujeres de balde, y entran riñendo unos con otros en la cazuela. Aquí es la confusión y el

(32) Zabaleta, ob. cit.

(33) Ibidem.

alboroto. Levántanse desatinadas las mujeres, y por huir de los que riñen caen unas sobre otras. Ellos no reparan en lo que pisan, y las traen entre los pies como si fueran sus mujeres. Los que suben del patio a sosegar o a socorrer dan los encontrones a las que embarazan, que las echan a rodar. Todas tienen ya los rincones por el mejor lugar de la cazuela, y unas a gatas y otras corriendo se van a los rincones. Saca, al fin, a los hombres de allí la justicia, y ninguna toma el lugar que tenía... La que está aquí, no halla los guantes y halla un desgarrón en el manto. La que está allá, está echando sangre por las narices de un codazo que le dió uno de la pendencia; quiere limpiarse y hásele perdido el pañuelo, y socórrese de las enaguas de bayeta. Todo es lamentaciones y buscar alhajas» (34).

IV. — Las protestas del público. Mosquetería omnipotente. Aristarcos zapateriles. Los cómicos piden gracia.

Ya se ha visto cuán escasa era la compostura del público en los corrales de comedias. La principal víctima de sus desafueros solían ser los míseros representantes, a quienes el *inapelable juez* trataba en forma reservada hoy a los tendidos de los toros.

Según se indicó, los espectadores más cultos solían ser los de aposentos y desvanes. Por lo mismo eran los más mesurados.

Los de los bancos delanteros teníanse por mayor autoridad que los otros para el justiprecio de las comedias. Así, se dice de uno de ellos en cierto entremés:

«Don Babilés se llama; *entretenido*
en las casas de juego, hombre de asiento...
de banco delantero en la comedia,
destos que tienen ya el hacer por gala
que sea una comedia buena o mala» (35).

Pero los más temidos eran los espectadores del patio, los llamados *mosqueteros*. Quizás se les dió tal nombre por asistir de pie, como si concurriesen a un destacamento militar formado. Aunque, según la sesuda opinión de Caramuel (36), se les llamaba así por el estrépito que causaban, análogo al de los turbulentos soldados de mosquete, o bien por asemejar al silbido de este arma el que los tales mosqueteros producían para expresar su desagrado.

También se les llamó *infantería española*, designación que inventó Benavente en una de sus loas, como en otro lugar se indica.

(34) Zabaleta, ob. cit.

(35) *Casquillos y la Volandera*, de Benavente.

(36) *Primus calamus*, tomo II.

Asistían a la comedia con la cabeza descubierta, a pesar de hacerse la representación al raso o, a lo más, bajo un ligero toldo de lona.

En un entremés de Benavente leemos:

«Mis oyentes escuderos,
en pie y descaperuzados;
mis *peones* de ajedrez...
que estáis siempre levantados,
¿cómo podré agradeceros?
¿Cómo acertaré a pagaros
la gracia con que me oís
cuando las mías os traigo?»

Igual costumbre vemos confirmada por los versos de Alarcón (37):

«La comedia se empezó,
y al punto los mosqueteros
dieron en decir «¡sombreros!»,
y como se descubrió
todo *infante* por igual
quedó quieto y sosegado;
era un país empedrado
de cabezas el corral»

Bertaut dice, refiriéndose a tan abigarrado auditorio, que le formaban «todos los comerciantes y todos los artesanos, quienes, dejando su tienda, se van allá con capa, espada y puñal, que se llaman todos caballeros, hasta los zapateros, y son los que deciden si una comedia es buena o no; pues la silban o la aplauden» (38).

La aprobación la expresaban también con voces de *¡vltor!*, *¡vltor!*, equivalentes al ¡bravo! de nuestros espectáculos actuales, y que entonces servían para felicitar u ovacionar.

Pero las censuras de tal jurado eran harto frecuentes y violentas, para amedrentar a cómicos, directores y dramaturgos.

Aun el autor de las más celebradas comedias, como escribía Moreto, por tenerlo muy bien sabido,

«... en errando la primera
pierde la reputación.
Ni por dos buenas, ni aun ciento,
una mala se recibe» (39).

«El patio de los corrales —dice un moderno escritor— era *coco* que puso espanto a todos lo que en cosas de comedias intervinieron. Asistían

(37) En un pasaje de la comedia *La culpa busca la pena*. Hace estas citas Monreal en su mencionado artículo en *Ilustración Española y Americana*, 1881, tomo II, pág. 110.

(38) *Journal d'un voyage...*

(39) *La fuerza de la ley*, jornada primera, escena IX.

a él hombres solos; pero eran, por lo general, lo más [maleante, sacudido y avalentado de la corte: lacayos al quitar, oficiales de todos los oficios mecánicos, escuderos con hidalguías raídas en los solares de sus montañas, pajes rencorosos contra su sarna, de la que se vengaban en la comedia; rufianes de bigote de guardamano y barbas de gancho como sus dagas; en fin, la granuja del auditorio, como se atrevió a llamarla Benavente... (40). Bien puede afirmarse que el patio del corral de comedias era el único sitio donde el pueblo, o, si se quiere, el vulgo, humilde en todo lo demás, y sin ocurrírsele afrontar el imperio que sobre él tenían los señores, los caballeros y aun los hidalgos, manifestaba audaz su voluntad, imponiendo a todos sus resoluciones. El corral de las comedias fué el primer trono de su soberanía» (41).

Por eso los poetas y los actores, si solicitaban clemencia de todos los concurrentes, ponían su mayor esfuerzo en atraerse a los mosqueteros, cuyo fallo era decisivo. Ya lo dijo Lope de Vega (42):

«Donde no hay mosqueteros, no hay senado.»

Lo más singular es que el fallo de estos censores no solía ser individual, sino que entre los asiduos al patio había jefecillos o capataces, que por consenso de los demás dirigían a éstos en sus manifestaciones de favor o desagrado y preparaban ovaciones o gritas.

El simbólico instrumento de la crítica teatral no debía ser entonces el escalpelo, como se ha convenido en que sea hoy, sino más bien la lezna o el tirapié, pues de la inquieta mosquetería, árbitro de la suerte de las comedias, tenían los zapateros, de antiguo, un privilegio extraño para decidir sobre el éxito o el fracaso de los dramaturgos. Así se deduce de ciertas sátiras del último tercio del siglo xvi (43).

La zapateril preeminencia continuaba un siglo más tarde, pues hacia 1650 era caudillo de los mosqueteros un zapatero remendón llamado Sánchez, a quien tenían que mimar poetas y faranduleros para no desatar sus rigores. Refiriéndose a él dice Bertaut haber oído referir que un autor fué «a ofrecerle cien reales por favorecer su obra, a lo que él respondió al tivamente que ya vería si era buena o mala, y la comedia fué silbada» (44).

(40) Monreal, *El corral de las comedias en Ilustración Española y Americana*, 1881, tomo 1, página 94.

(41) Monreal, *Idem id.*, pág. 101.

(42) En su entremés *El robo de Elena*.

(43) Monreal cita dos, halladas en un códice manuscrito de la Biblioteca Nacional, y cuyo autor, segaro en una y probable en otra, es Luis Barahona. En la primera de ellas, refiriéndose a la reapertura de los teatros después de un período de suspensión, se lee:

«El remendón descanse del calzado,
y vuelva a ser tonante mosquetero
y contra el mal poeta rayo airado.»

(44) Véase Monreal, *El corral de las comedias (Ilustración Española y Americana*, 1881, página 110, nota 7).

Pellicer, siguiendo al cronista coetáneo Sr. Caramuel, refiere en más donosos términos el lance: «Sucedió —dice— que uno de los [poetas] más ingeniosos había compuesto una comedia que, admitida por uno de sus autores, había de representarse por los más hábiles comediantes, y temeroso de la insolencia de los mosqueteros determinó visitar al señor Sánchez, y dejar su causa en manos de su benignidad. Con este fin buscó a un conocido que lo era del fulminante zapatero, y acompañado de él le hizo la visita, y con modos y palabras corteses le informó que aquella comedia era el primer parto de su ingenio, y que de ella dependía su fama y estimación futura. Oyó el remendón con un sobrejeo digno de la severidad de Catón mismo al poeta, que le hablaba con la mayor humildad, y le despidió con estas formales palabras: *Vaya vuesamerced muy consolado, y esté seguro que se le hará justicia*. Este caso añade el Sr. Caramuel (45) que lo supo de la boca del amigo (a quien nombra) que acompañó al poeta novel» (46).

En los anteriores tiempos de los corrales públicos no era uso silbar las comedias que desagradaban. Por eso Lope de Vega protestaba de tal inurbanidad, que en su primera época no había él conocido, y hacía decir a uno de sus personajes:

«porque en competencia igual
silba cualquier animal,
pero sólo el hombre escribe» (47).

Pero al mediar el siglo xvii estaban generalizadas en los corrales las más atroces silbas, que azoraban a los más serenos comediantes.

Ya decía el mismo Lope de Vega:

«Que hay pícaro que de un silbo
deja a un compañero tonto» (48).

Y tal castigo se imponía por la falta más leve, aun a los artistas famosos. El dramaturgo Ruiz de Alarcón escribía:

«Representante afamado
he visto, por sólo errar
una sílaba, quedar
a silbos *mosqueteado*» (49).

Las mujeres de la cazuela silbaban también con pitos y llaves, contribuyendo a la algarazara promovida en el patio. Y menos mal cuando el audi-

(45) Caramuel, *Primus calamus*, tomo II, pág. 690.

(46) Pellicer, ob. cit., tomo I, págs. 214 y 215.

(47) Citada por Castro Rossi en *Costumbres de los españoles en el siglo XVII*, pág. 36.

(48) En su comedia *Al pasar del arroyo*, acto primero, escena XIV.

(49) *Mudarsese por mejorarse*, acto primero, escena XI.

torio se contentaba con silbar; pues muchas veces acompañaba su protesta arrojando pepinos u otras hortalizas al escenario, cuando no echaba cosas peores.

En *El Diablo Cojuelo*, el huésped del mesón de la Sevillana dice a un poeta que está escribiendo una comedia: «... No faltará, en cualquier parte que la escriba o se la representen, quien la crucifique a silbos, legumbres y *edificio*» (50).

Como hace observar un escritor moderno (51) comentando tal pasaje, la palabra *edificio* hace pensar en proyectiles más contundentes que los habituales pepinos, como yesones, ladrillos, etc.

Los míseros farsantes sufrían mohinos y resignados el chaparrón, poniéndose en salvo como podían; pero alguno, más digno y menos sufrido, al recibir un golpe desenvainó alguna vez la espada y amenazó a los cobardes que, valiéndose del seguro de su situación, le maltrataban. Bien que entonces solía intervenir la autoridad que presidía el espectáculo, dando con los huesos del aporreado actor en la cárcel (52).

Lo más frecuente era que los artistas, sobre todo el director, se curasen en salud del público que *iba de uñas* y trataran de congraciarse con él, procurando atraerse a los espectadores de toda clase de localidades a fuerza de halagos y adulaciones, sobre todo en la loa, pieza preliminar del espectáculo.

Así, en una loa de Benavente, el actor se encomienda a la benevolencia de todos en estos versos:

«Sabios y críticos bancos,
gradas bien intencionadas
y piadosas barandillas;
doctos desvanes del alma;
aposentos que, callando,
sabéis suplir nuestras faltas;
infantería española
(porque ya es cosa muy rancia
el llamaros mosqueteros);
damas que en aquesta jaula
nos dais con pitos y llaves
por la tarde alboreada,
a serviros he venido.»

Y en otra obra del mismo autor decía un personaje:

«¡Piedad, ingeniosos bancos!
¡Perdón, nobles aposentos!
¡Favor, belicosas gradas!

(50) Tranco IV.

(51) Monreal, *El corral de las comedias (Ilustración Española y Americana, 1881, tomo II, pág. 110, nota 6).*

(52) Sepúlveda, *El corral de la Pacheca*, págs. 55 y 56.

¡Quietud, desvanes tremendos!
¡Atención, mis barandillas!
Carísimos mosqueteros
(granuja del auditorio)
defensa, ayuda, silencio.»

Para aplacar a las mujeres levantiscas y arriscadas de la cazuela, decían los cómicos en una loa de Benavente:

«Hermosuras cortesanas,
en cuyos raros sujetos
la belleza y discreción
compiten con el aseo...,
así el abril de los años
sea en vosotras eterno
sin que el tiempo que tenéis
no se sepa en ningún tiempo...;
que, piadosas y corteses,
pongáis perpetuo silencio
a las *llaves* y a los *pitos*,
silba de varios sucesos.»

De tal costumbre y de tan justificado temor al público proviene, sin duda, la petición final de indulgencia, obligada casi hasta nuestros días, en muchas comedias y en todos los sainetes, estereotipada en esta frase sacramental:

*«Y aquí termina el sainete.
Perdonad sus muchas faltas.»*

* * *

Como se ve, aquel pueblo madrileño, dócil a las autoridades, idólatra de los reyes, de los poetas y de los santos (y la palabra *idolatría*, aplicada a su fetichismo devoto, tiene el sentido más literal), respetuoso ante el más íntimo o más zote de los eclesiásticos, incapaz aún de un motín ni de una asonada, ni siquiera de rechistar contra arbitrariedad alguna del poder constituido, desahogaba sus contenidas rebeldías, sus anhelos de colectivo imperio y hasta sus malos humores, contra los infelices cómicos, únicos seres a quienes podía mirar *por encima del hombro*. Así como los niños mal criados, oprimidos bajo la férula de padres y maestros, se vengán con los criados o con los animales.

El *pueblo soberano* sólo podía ejercer su soberanía en los *corrales de comedias*.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA

Universidad de Valencia.

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

LA CONDESA DE CASTELLAR FUNDADORA DEL CONVENTO «LAS CARBONERAS»

IX

CAPÍTULO ADICIONAL

Más que las calles con denominación personal, debieran respetarse las titulares de las que, no evocando personalidad ninguna, ni estado político social, más o menos adventicio, conservan, al través de los tiempos, alguna leyenda o sucedido relacionado con un sentimiento popular, huella, al menos, de las generaciones.

La calle de Peligros tiene la suya, tiene su leyenda, que debe ser conocida por tratarse de la popularidad de una vía que une las dos más principales de Madrid: la de Alcalá y la Gran Vía.

Al soldado que descubrió en África, bajo una sepultada campana, una imagen de la Virgen y acudió, suplicante de protección, a ella en diversos lances guerreros de los que salió con ventura, ¿quién le podría quitar la fe puesta en la que nombraba Virgen del Peligro?

Con gran cuidado trajo el soldado la imagen a Madrid, y como hiciera amistad con un barbero, el que por sus muchas obras de caridad era llamado el *barbero santo*, refirióle el caso, así como sus dudas acerca del convento en que habría de depositarla. Por tres veces echaron suerte entre los muchos existentes entonces en Madrid, y las tres señalaron el convento llamado de «las Vallecas».

A éste, en efecto, fué conducida con toda solemnidad la Virgen de los Peligros el día 11 de junio de 1554, construyéndose para cobijarla una nueva capilla, por la que discurrió medio Madrid.

Cuentan los cronistas contemporáneos que en tal día, y durante la carrera de la procesión, hincóse de rodillas y llorando sin consuelo una madre, a la que se le acababa de ahogar una hija. Pidióle a la Virgen le devolviera con vida su único consuelo. Y el milagro se hizo. Tal prodigio conmovió a la entonces corte de las Españas, y desde aquel punto fué nombrado el callejón adonde daba la capilla de la Virgen, calle de la Virgen de los Peligros, quedando, andando el tiempo, con el actual nombre.

A este convento de monjas benitas, antes franciscanas, que seguían y siguen las constituciones del Cister, tuvo que marcharse doña Beatriz Ra-

mírez de Mendoza, por empeño del duque de Lerma. Éste no quiso tolerar que doña Beatriz permaneciera ni siquiera como seglar en el convento de la Concepción Jerónima, y para lograrlo comisionó el de Lerma a dos

frailes, que a tal efecto la conminaron, concediéndole a la condesa de Castellar sólo dos días para llevarlo a efecto.

La condesa mandó su mayordomo a Toledo, rogando al cardenal la recogiera en alguno de sus conventos. Tenía tres en Madrid, y como preguntara que a cuál quería ir, doña Beatriz contestó: «Do no sea necia la Priora, que como voy tan enferma acabarásme la vida si tengo también que lidiar con ella.»

Y como la abadesa de las Vallecas «era muy entendida», a este convento se fué aquella fundadora.

Decretada la expulsión de las comunidades religiosas, las Vallecas fueron recogidas, el año 1836, en el convento de Santa María, de la calle Mayor.

Y el viejo convento de la calle de Alcalá, esquina a la de Peligros, se convirtió, tras las



Nuestra Señora de los Peligros, que se venera en Madrid en el monasterio de la Piedad Bernarda

oportunas reformas, en un teatro llamado *El Museo*, derruido el cual se levantó la hermosa casa en cuyos bajos se instaló el por tantos años famoso café de Fornos.

Merced a las gestiones del cardenal Moreno, las Vallecas lograron cobijarse en un nuevo convento levantado en la calle de Isabel la Católica, junto a la residencia de los jesuitas, y en la nueva casa se instaló la venerada Virgen de los Peligros, siendo abadesa hasta poco ha la decana de la comunidad, la madre Teresa, a la que llegó a confesar el tan discutido y venerable padre Claret, lo que indica la ancianidad de aquélla.

El incendio de la iglesia y residencia de los jesuitas — 11 de mayo de 1931 — se propagó al convento de las Vallecas. Todo desapareció; todo menos la imagen de la Virgen de los Peligros encontrada en África, imagen que volvió, como el año 1836, al convento de la calle Mayor.

* * *

Casi tantos traslados ha tenido la Virgen de las Tribulaciones del convento del Corpus Christi. Hallábase en 1800 en el extinguido convento de la Buena Dicha, de donde fué trasladada a la iglesia de San Luis de los Franceses, saliendo de ésta en 1805 para el convento de Trinitarios calzados. En fin, el año de 1816 pasó al convento de las Carboneras.

Sin duda en tales traslados sufrió serios deterioros, pues el año de 1832 fué sustituida por la bellísima escultura que hoy se venera en este último convento, talla policromada debida al escultor D. José de Tomás, académico de la de San Fernando, por cuya primorosa labor recibió el 24 de septiembre de dicho año 3.640 reales, según consta en documento auténtico que se guarda en el convento del Corpus Christi y en el que se dice haberse recibido dicha suma por la escultura de la «Virgen de las Tribulaciones y Paz interior».

No obstante, esta imagen fué trasladada en 1866 a la iglesia de San Millán, y dos años después a Loreto, hasta que, en 1882, tornó definitivamente al convento de las Carboneras, llevando siempre con sus traslados una muy lucida congregación de devotos.

* * *

Pero mucho más importante fué la congregación formada bajo el amparo de la Virgen Carbonera.

El extraño descubrimiento de este lienzo dió motivo a una cofradía, en cuyas listas se apuntaron desde la familia real y las más salientes personalidades de la corte hasta los más modestos menestrales, amén de todos los comerciantes de la calle Mayor, que tenían a gala pertenecer a la dicha congregación.

No es de extrañar el esplendor y riqueza por entonces de aquel convento. Todos los utensilios y adornos del altar eran de plata y oro. De plata maciza eran las lámparas y las numerosas arañas que del techo pendían en las grandes solemnidades, siendo camareras adornistas de la congregación las damas más linajudas de Madrid, que acudían a cooperar al mayor esplendor de la misma (45).

El hallazgo del lienzo con la imagen de la Virgen, llamada la Carbone-

(45) Carta de la duquesa de Veragua a la priora del convento.

«Muy señora mía: mi poca salud no me ha permitido responder a Vm. lo que espero perdonará, y aora prevengo a mi sobrina la Marquesa de Santa Cruz pague a Vm. las tres fiestas del año de sesenta y las que agan todos los años, pues mi ánimo es continuarles con el servir a la Virgen de camarera; pues quando no la tubiera la gran devoción que la tengo, bastaba la memoria de mi abuela, que D. aya, para que lo egecutara, y assí enterada de esto ará Vm. celebrar las fiestas y havisará a mi sobrina la de Santa Cruz, quien queda encargada de satisfacerlas. Yo suplico a Vm. me encomiende a Nuestro Señor y a la Virgen Santísima y encargue lo mismo a la comunidad, dándoles mis memorias, y también les suplico se acuerden de mi hijo y mi marido, y Vm. me

ra, debió ocurrir por junio de 1647, pues el primer centenario se celebró el 11 de esc mes de 1747, trasladándose el cuadro desde su altar al mayor del propio templo.

Numerosísimos madrileños desfilaron por el convento de la romántica plazuela, adornada con los ricos reposteros que los nobles, cuyas viviendas la formaban, colgaron de sus salientes balcones. El Ayuntamiento de Madrid cooperó a las fiestas colocando cien faroles, que iluminaban grandemente la ya entonces llamada plaza del Conde de Miranda.

Diversos milagros registrados en varias ocasiones enfervorizaron más el entusiasmo por la Carbonera, y en clausura existen en el convento del Corpus Christi varios cuadros votivos representando la intervención de la Virgen en momentos de singular zozobra. Ya es una carroza, por cuya portezuela asoma un personaje, la que atropella a un joven; éste invoca la Carbonera y sale ileso del trance entre el asombro de todos. Así nos lo dice una leyenda escrita al pie del lienzo, que reproduce la propia plazuela del Conde de Miranda, añadiendo que el suceso se registró el 9 de junio de 1691, llamándose el afortunado joven Juan de Luces.

Ya es otro mancebo sorprendido en el campo y arrollado por otro carruaje con igual feliz resultado merced a la propia invocación.

La mencionada congregación extinguióse el año de 1808. Refiérese que los franceses se apoderaron no sólo de los fondos de los congregantes, si que también de la mayoría de los objetos preciosos que en la iglesia existían, arrancando las perlas y el oro que enriquecían el magnífico terno que, aunque así despojado, se usa el día del Corpus y en las grandes solemnidades.

* * *

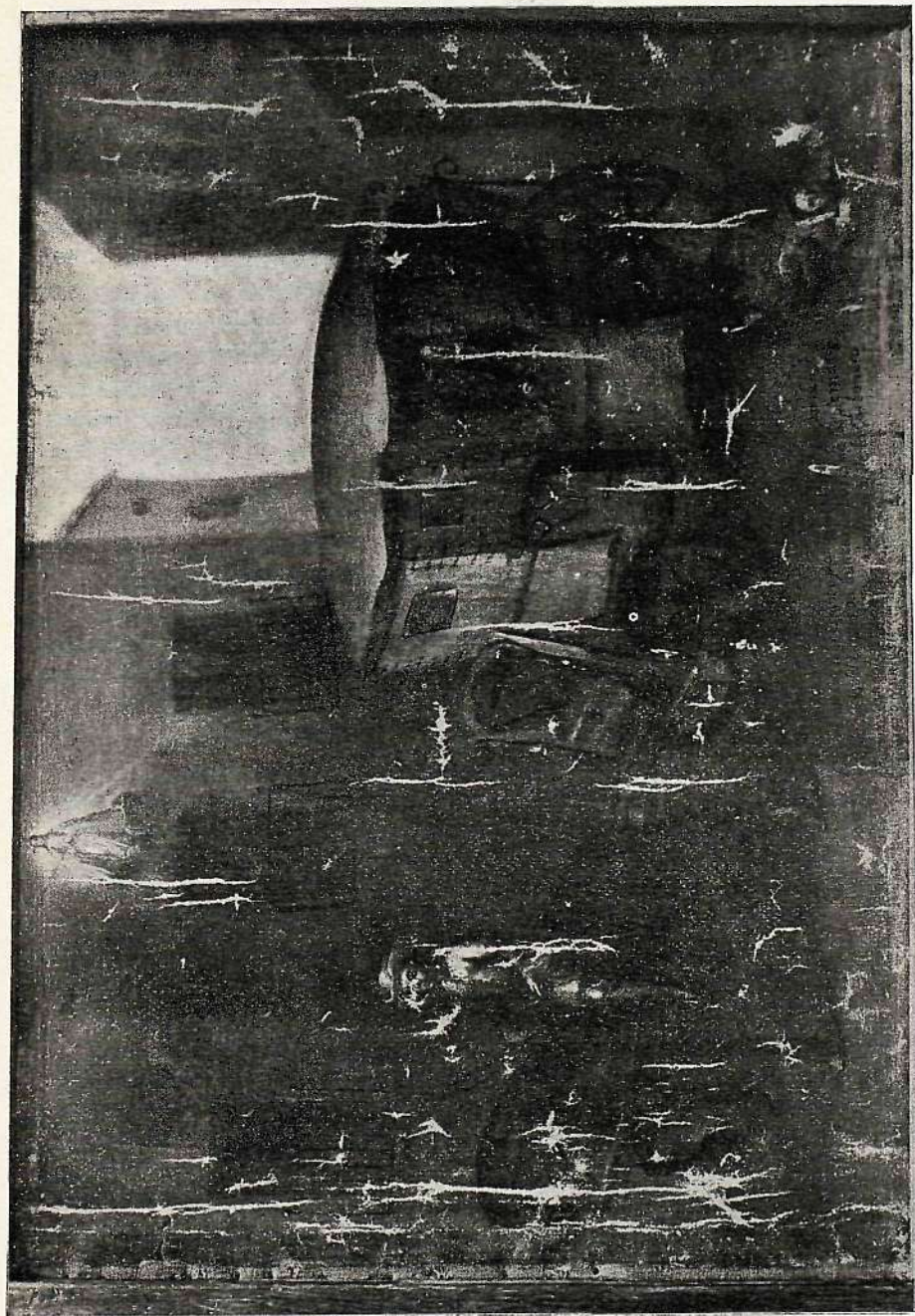
Nos dejaron los franceses algunas joyas muy dignas de singular estima, si bien en gran parte la estimación no procede precisamente de su material valor. Nos referimos a las reliquias.

puede mandar segura que deseo servirle como que Dios Nuestro Señor gde. a Vm., m. a., como deseo.—Valencia, 10 de julio de 1761. — B. L. M. de Vm., su mr. La Marquesa de Veragua.»

Doña Catalina de Haro y Guzmán, duquesa que fué de Alba, marquesa del Carpio, en su testamento del 18 de septiembre de 1733, declaró tener hecha donación a Nuestra Señora de la Carbonera del sitio que llamaban La Isla, en el camino de El Pardo, que rentaba 1.100 reales al año.

Antes de formalizarse esta donación ya se habían celebrado en varios años, y por cuenta de la duquesa, tres fiestas: una el «7 de mayo, a título de la Colocación de Nuestra Señora de la Carbonera»; otra el 15 de agosto, a la Asunción, y la otra, el 8 de septiembre, a la Natividad, pagando 300 reales cada fiesta, dándose, además, por la duquesa seis arrobas de aceite al año para la lámpara de dicha imagen.

Así lo dejó encargado dicha señora a su nieto D. Fernando de Silva, duque de Alba; pero como el sitio de La Isla estaba «dentro del marco y cordón del Pardo, el Rey quiso comprarlo tanto el dicho sitio como el Soto de las Bayuecas, para realizar cuya venta se trató primero con la comunidad para que lo cediese y renunciara a nombre de la imagen de Nuestra Señora de la Carbonera todo el derecho que en dominio, usufructo y propiedad la pertenecía del expresado sitio», obligándose el duque de Alba «por sí, sus herederos y sucesores en toda forma a continuar y pagar los 900 reales de las tres funciones y las seis arrobas de aceite en cada año perpetuamente».



Lienzo que reproduce la plazuela del Conde de Miranda

Sobre la mesa que cubre los enterramientos de la condesa de Castellar y de su hijo existe un interesante relicario formado por tres cuerpos, divididos a su vez en tres espacios o compartimientos separados por columnas o baquetones.

En este altar, en el que pueden admirarse varias tallas del Niño Jesús, Santa Paula y San Miguel, están depositados los cuerpos enteros de Santa Faustina y San Eugenio, mártir, preciadísimas reliquias regaladas en los años 1679 y 1672, respectivamente, por el cardenal de Toledo D. Luis Portocarrero, que tanto quería a este convento.

También en la parte claustrada existe otro relicario, llamado de la Purísima, por presidirle una admirable imagen de la Virgen en tan popular advocación, adorada por encantadores ángeles.

En este altar se halla el cuerpo entero de San Mauricio, descubierto en el propio convento el año 1927, encerrado en una urna de cristal. También existen en el propio altar reliquias de San Jerónimo y Santa Paula, patronos, por decirlo así, del convento; de San Ambrosio, San José, San Francisco de Paula, San Bonifacio, San Valentín, de los doce Apóstoles y el cuerpo entero de San Clemente, mártir, en rica urna de cristal.

La reliquia más estimada guárdase en otro altar que existe en el coro, en el que, si en el ático se ve pintada la Santa Faz, y debajo un gran lienzo representando la gloria con los cuatro Doctores, destacándose San Jerónimo entre bellas imágenes policromadas de San José y Santa Águeda, en el centro puede admirarse, en un relicario de oro y piedras preciosas, una Santa Espina, reliquia ésta sacada del convento de San Francisco de Olivas, de Bruselas, el día 28 de octubre de 1602 por singular concesión del papa Clemente VIII y traída al convento del Corpus Christi.

De menos importancia por su presentación son los relicarios de cristal y bronce que existen en la pradela del altar mayor del templo, guardándose recuerdos de numerosos santos en urnas piramidales o en cuadros más o menos artísticos.

* * *

Todos los anteriores tan estimados obsequios prueban el alto concepto en que se tenía a la condesa de Castellar y a su convento madrileño.

No es por ello de extrañar que se atendiera con solicitud a su petición de un certificado de lo que había ocurrido en el convento de la Concepción Jerónima, suceso del que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

En efecto, el rey atendió la súplica y ordenó se extendiera el certificado, que firmaron a 23 de agosto de 1621 el escribano Blas García y le conserjero López de Ayala (46).

* * *

(46) «Señor:

Cumpliendo lo que V. magd. manda, he visto el memorial y papel en el incluso dado a V. magd. por la Condesa de Castellar lo que puedo decir sobre la materia es que S. magd. que está

No una, cuatro cartas hemos encontrado entre los papeles de las monjas carboneras, escritas por los Gracianes, sin que ello quiera decir que no hayan algún tiempo existido más, pues también tuvieron un día varias, nada menos que de Santa Teresa de Jesús, y han desaparecido sin saber cómo ni cuándo.

Prueba de más estimación que las tales cartas vemos en el otro lugar mencionado cuadro representando a Jesús Nazareno con la cruz a cuestas. Túvole gran devoción Santa Teresa por llevarle a sus fundaciones, por lo que le llamaba «Mi fundador». Con esta imagen conmovedora habló la Santa muchas veces y por su intercesión se obraron muchos milagros, al decir de la mística doctora.

De manos de Santa Teresa fué a parar a las del secretario de Felipe II, Tomás Gracián Dantisco, juntamente con un libro de cartas escritas por la fundadora abulense al P. Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, primer provincial de los descalzos carmelitas, regalando cuadro y cartas Tomás Gracián Dantisco a doña Beatriz Ramírez de Mendoza.

Todo esto se dice en síntesis al reverso de una reproducción del dicho cuadro, midiendo éste cuarenta centímetros de alto por cuarenta y cuatro de ancho, encerrándose actualmente en marco de plata gusto del siglo XVII.

La amistad de Santa Teresa con doña Juana Dantisco, que vivía con su hijo Tomás Gracián desde que se murió el padre de éste, llamado D. Diego, es cosa sobradamente conocida y comprobada. Cuando pasaba por Madrid la madre Teresa de Jesús, camino de las fundaciones de Toledo, Veas, Sevilla y Villanueva de la Jara, pernoctaba casi siempre en la casa de Juana

en el cielo dió comisión a mí y a D. Juan Ocón del Consejo para conocer del negocio por que estaban detenidas doña Madalena de Guzmán Marquesa del Valle y doña Ana de Mendoza en Santorcaz y Viruega y para que fuesemos al lugar de Ribas donde estaba la Condesa o a el lugar o parte donde estuviere y que se le tomase declaración conforme a los apuntamientos que nos entregó el Conde de Villalonga, y al tiempo que se nos dió nos hallamos en Barajas que por mandado de S. magd. habíamos venido de Valladolid de donde ynviamos a saber si la Condesa estaba en Ribas. Huvo aviso que se havia benido a Madrid. Benimos aqui y acertamos a llegar anochecido, y por no perder tiempo fuimos a casa de la Condesa los dos del Consejo y D. Melchor de Tebes Alcalde de Corte que havia venido sirviendo a su magd. en la jornada de Valencia q. por su mando quedó asistiéndonos y aviendo mandado que nuestros cryados se fuesen a la posada y aviendo llamado a la puerta nos habrieron y entramos los dos del Consejo y alcalde quedando a la puerta los Alguaciles que el Alcalde traía consigo y Blas García que preguntó por la Condesa y le digeron las criadas que se havia entrado monja en la Concepción Gerónima y en presencia de sus dos hijos y criadas. con el recato que conbenia, se buscaron los papeles que tenia y los que nos parecia que tocaban a la materia ymbiamos a su magd. con aviso de lo que pasaba. Su magd. escribió al general para que diese horden que en el combento se le tomase a la condesa la declaracion. El general ymbió algunos religiosos de la orden que asistieran a la entrada del combento. Tomose la declaración y hizo reconocimiento de una carta que todo lo ymbiamos luego a su magd. la sustancia de las palabras de la carta y lo que la condesa dijo en su reconocimiento y declaración no las digo por haver tanto tiempo que pasó y así me remito a la carta y reconocimiento que della hizo que ymbiamos a su magd. que juro a Dios nro. S. y al havito que traigo al pecho que es la verdad y lo que puedo decir sobre lo qdo. en el memorial y papel de la condesa y esto lo digo y declaro ante Blas García como V. magd. lo manda. En md. A veynte y tres dias del mes de Agosto de mil y seiscientos y veynteyun años. - Licdo. don Lopez de Ayala. — Ante mí Blas García »

En el mismo día hizo idéntica declaración este Blas García, dando fe de ella López de Ayala. Sólo un detalle añade García, a saber: que entre los papeles que sacaron de un escritorio figuraba una carta del P. Gracián, de la Orden del Carmen.

Dantisco. No es, pues, de extrañar que la Santa regalara a sus buenos, buenísimos amigos, una imagen que efectivamente estimaba, ya que así probaba su agradecimiento a quienes bien le hacían, digno de un alma tan levantada.

Y siendo, asimismo, conocida la amistad existente entre el P. Jerónimo Gracián con la Castellar, explicase el rasgo de tan bondadoso varón.

De las cuatro cartas a que antes aludíamos, las dos primeras, por sus fechas, están firmadas por F. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios en el castillo de Amberes a 7 de mayo de 1610 y en Bruselas a 2 de octubre de 1611.

Angústiase Gracián, en la primera de dichas cartas, ante el cuadro que presenta Europa herética, y sólo halla amparo en la oración de las personas que en lo espiritual iban «a medias en las pérdidas y ganancias».

Realmente la situación de Europa para la España católica no podía ser más difícil, pues hay que tener en cuenta que F. Jerónimo Gracián escribía a la Castellar el 7 de mayo de 1610, siete días antes del asesinato de Enrique IV, y sabido es que si la reina María de Médicis era buena amiga de España, Enrique IV protegía, más o menos embozadamente, a los protestantes de Alemania, siendo de suponer, o mejor, pudiéndose asegurar, que el buen fraile ignoraba un acontecimiento que tanto hizo variar el curso de los negocios en Europa, sobre todo en España, al escribir a doña Beatriz Ramírez.

Mucho alcanzó Gondomar, el hábil D. Diego Sarmiento de Acuña, en la corte inglesa; pero la enemiga a España era popular en aquel pueblo, que hizo protestante la iracunda Isabel, aun después de su fallecimiento.

Tal ambiente se recoge en la carta con las noticias derivadas de tal situación, en el orden espiritual tan confusa y poco afecta al catolicismo.

Es de aquí el interés del documento en su aspecto general, interés que aumenta a nuestro cometido si se fija la atención en el particular que hace referencia a la precaria situación de D. Baltasar Saavedra, el hijo de la condesa de Castellar. Se trata de un joyel que se deseaba vender para cubrir una deuda, objetivo no resuelto por resultar falsos los diamantes presuntos de tal presea.

Desapacible, por todas sus consecuencias, debió resultar para la condesa, pues aparte la situación de su hijo, no era más halagüeña la del bondadosísimo P. Gracián, en plena campaña con los soldados de D. Iñigo de Borja (47).

(47)

+

Jesús María

Glorificado sea el Smo. Sacramento, amén

Pues como vuestra señoría sabe somos compañeros en las cosas de Cristo y vamos a medias en las pérdidas y ganancias, ahora es tiempo que V. S. me ayude a mi espíritu y oración, el cual no es otro que rogar de parte del Smo. Sacramento que está en mí al Smo. Sacramento que está en el altar, por el Smo. Sacramento que está en todo el mundo cristiano poniendo por intercesor al Smo. Sacramento que está en el mundo y está en el cielo y porque esta Señor es PAN (que en griego quiere decir todo) y así encierra a Dios Padre, Hijo y Espiritusanto que es una esencia, y a Cris-

Maria Defeta m^{ra} J.^a a V. S. q^{ue} todos ellos sentian
 como yo meo deffes. Defeta Castillo de Amberes a
 17. de Mayo 1611, donde quando se esperaba ay tanta
 rebuelto por que yo se lo mandaron estando desquedado
 y en plena campaña sin saber donde las mandan yo
 me meze con el Sr. D. Diego de Borja de agua dos
 dias y/o espere hasta saber donde van,

J. G^{ra} m^{ra} Gracian
 de la m^{ra} de Dios

Autógrafo del final de la carta que se inserta en la cita número 47 (Archivo del convento Las Carboneras)

De orden completamente espiritual es la carta que, con fecha 2 de octubre del año siguiente de 1611, escribe el propio Gracián a Beatriz de las Llagas.

Vésele al P. Jerónimo preocupado con el revuelo levantado con ocasión

to en cuanto hombre, a la Virgen Maria, a todos los angeles y a todos los Santos y a todos los hombres de este siglo, y a todas las criaturas del mundo.

Sale del alma (donde todo esto está encerrado en el mismo Sacramento cuyo sagrario es el corazón) una voz de muchas aguas que dice: Sactificetur nomen tuum, con que pide la honra y gloria de este Señor, que aunque se ha de pedir en todo tiempo ahora es cuando las voces han de ser mayores, por que se juntan y unen todos los enemigos de este divino pan, que son los hereges ingleses, alemanes, holandeses, franceses, turcos, moros, malos cristianos y cobardes defensores de este divino Pan, habiendose urdido esta trama por la correspondencia que han tenido los hereges holandeses cuando se vieron libres y aniquilado al Rey católico y han comenzado a ejecutar su furor por el Rey de Francia, que, tomando ocasion de no le querer dar una mujer casada que se acogió a esta tierra ella y su marido por no ser adúlteros y viene ahora con gran pujanza del ejército contra el Archiduque para juntarse con los de Brandeburg y holandeses etc. y todos los demás heréticos, y poner de su mano un Emperador hereje y pasar a Ytalia y poner Papa cismático, cumpliendo los herejes su dañado intento que ha muchos años que traman de estirpar (como ellos dicen) la idolatria Papística que así llaman ellos la adoración del Smo. Sacramento.

La defensa que para esto habia en la cristiandad era de España que acudiera con gente y dinero y la soldadesca que habia en Flandes la cual con las treguas y reformaciones se ha deshecho y si algunos pocos quedan estan descontentos que se teme harán más daño que los enemigos si se amotinan como se teme.

Al fin, por no cansar a V. S. con particularidades no queda otra defensa sino de solo Dios, de quien se puede temer no nos quiera castigar por nuestros pecados.

Hablando en mi particular pudierame ir a España para acabar la vida en algun reposo, o estar en el convento de Bruselas esperando sucesos, mas hase hecho tal fruto en las almas de los soldados de este tercio de D. Yñigo de Borja (que seran mil y quinientos) y hay tan pocos minis-

de un nuevo heresiarca al que ya había aludido Gracián en la copiada carta.

Pide a la condesa sus oraciones y al propio tiempo la envía un «librillo» de lamentaciones (48)...

En relación más directa con el cuadro arriba mencionado vemos estas otras cartas que de otro Gracián se conservan en el beaterio, escritas por Tomás Gracián Dantisco. Ambas están escritas, al parecer, en Madrid y en ellas se hace mención de diversas donaciones hechas a la condesa de Castellar: papeles, reliquias y la referida imagen, no en calidad de depósito, «sino en eterna jurisdicción y propiedad de todo que se lo doy a V. S. como tan gran dicha nuestra de tenerlo tal persona en su poder».

No eran estos donativos cosa personal de Gracián Dantisco, sino de sus hermanos todos.

Sin duda el hermano de Tomás, Jerónimo, el autor de las anteriores cartas, poseía numerosas reliquias y objetos estimables, todo lo cual iría al convento del Corpus Christi, «salvo libros de estudio y cosas que no sean sino para seglares».

tros que acudan a estas almas que no me quieren dejar sin que salga en campaña con ellos, y as- he dado la palabra que en avisándome donde hacen cuerpo de guardia, seré allá con mucha esperanza que llevo de morir en esta coyuntura, que a mi parecer es buena para dar la vida con algún balazo o mosquetazo pues se anda en evidente peligro confesando a los que caen.

Vuestra Señoría y todas sus monjas encomienden a Dios esta causa y a mi tambien para que muera en ella.

En el empeño de la cadena de oro y joyel que dejó acá el Sr. D. Baltasar queriendo vender el joyel dicen que todos los diamantes que tiene son falsos; el que le tiene en su poder no lleva interés, ya le he dicho que cuando le diéremos lo que se le deve lo venda todo como pudiere, que poca deve ser la deuda; lo que hace al caso es que nos salvemos y alcancemos mucha gracia.

Désela Ntro. Señor a V. S. y a todos esos señores como yo ruego y deseo.

De este castillo de Amberes a 7 de Mayo de 1610 donde cuando esto escribo hay harta revuelta por que ayer se lo mandaron estando descuidados y hoy salen a campaña sin saber donde los mandan ir, yo me iré con el Sr. D. Yñigo de Borja de aquí a dos días o esperaré hasta saber donde van.

Fr. Jerónimo Gracian de la Madre de Dios.—A la Condesa de Castellar.»

(48)

†
Jesús María

«Dice el sabio que hay tiempo de reir y tiempo de llorar. Paréceme Sra. que ahora es el tiempo de llorar y a eso la convido yo a V. S. con ese librico de mis lamentaciones por el cual verá lo que padece el Smo. Sacramento de tanta gente como hay sin Dios.

Aca tenemos ahora una gran revuelta sobre un nuevo heresiarca que está aquí preso, y dicen que por mi causa por que ha dos años que escribí contra él y alguna cosa de esta miseria verá V. S. al fin de la quinta lamentación de ese librillo; léale y consuélame que ha días que toda mi oración es pedir la honra del Smo. Sacramento sin poder arrostrar a otra manera de oración tan de propósito, y como veo que no le adoro como conviene, no tengo consuelo especialmente sabiendo y creyendo como se y creo que está allí Dios tan grande como en el cielo y con él resumido todo el bien de la Santísima Trinidad y toda la corte celestial y que la causa por donde le desconozco (que si estuviera en su propia figura la Magestad visible me llevara los ojos) es por lo que más le había de adorar, amar y reverenciar, que es haberse cubierto con esa capa blanca que aunque es de tela de pan y vino es muestra de su humildad y amor, de tal manera que bastaba eso sólo para amarle sin cesar.

Vuestra Señoría le ruegue que yo le ame como combiene, y dé mis saludos a las hermanas y a los amigos y puede mostrar ese librito a quien quisiere.

Ntro. Sr. le dé aquella gracia y espíritu que deseo y ruego —De Bruselas 2 de Octubre 1611— Fr. Jerónimo Gracián de la Me. de Dios—A la Madre Beatriz de las Llagas. olin (sic) Condesa de Castellar en su monasterio de Madrid.»

Tomás desea que no quepa duda de la autenticidad de las reliquias, y así encarga a doña Beatriz diga al licenciado Mármol cómo se ha de hacer, y él mismo se ofrece a testimoniar dicha autenticidad si fuese necesario «como heredero de todas éstas, para más validación y seguridad de conciencia».

En esta carta se añade una interesante noticia relacionada con el cuadro de Jesús con la cruz, pues se dice:

«El Padre Fray Bernardino mi sobrino, dijo ayer que él sabe que ese devoto Cristo fué la imagen a cuya presencia la Sta. Madre (Santa Teresa) postrada se rindió del todo, dejando las cosas de acá. El lo dirá más particularmente que como hijo de Pedro Gracián sabe este caso».

Con esta carta se envían a doña Beatriz el retrato de Jerónimo Gracián, así como varios libros que se guardaban con gran reserva y manuscritos para que si le parecía conveniente a la condesa se imprimieran.

Mucho dicen estas cartas en alabanza de la condesa de Castellar. Su texto merece ser recogido (49).

(49) «Vuestra Señoría tiene esos papeles y Ymagen por suyos propios y así no hay decir que es depósito, sino propiedad de V. S. he dicho por colorear importunaciones y disparates ese nombre pero es para excusarme y cerrar la puerta a impertinencias.

El fraile que V. S. dice que ha venido para licencia de copiar el Cristo, no le he visto, ni tal me ha pedido, ni yo le diera, y V. S. le envíe con Dios que yo no tengo parte en nada de eso; solo correrá por la voluntad de V. S. y así le suplico lo tenga por propio y no dé nada ni salga de esa Sta. casa, ni por solo un momento, a donde poco a poco han de parar todo lo que acá tengo, así de nuestro hermano santo como mío, y esta guarde V. S. por donación y resolución última sin que en esto aunque yo pida algo haya réplica sino lo que V. S. como propio quisiere hacer que seguro estoy que lo que fuere para defensión de nuestro hermano lo sacara V. S. a luz con más autoridad que fuera la mía, y así están contentos todos mis hermanas y hermanos, y resuelvo en que no es nada mío y no es depósito sino eterna jurisdicción y propiedad de todo que se la doy a V. S. como tan gran dicha nuestra de tenerlo tal persona en su poder.

Mendarozqueta, Mayordomo desinteresado de la Condesa, irá llevando todos los papeles que restan sin faltar ninguno, guarde nuestro Sr. a V. S. con tanta vida como hemos menester a quien doña Ysabel y todos sus niños de V. S. besan las manos.

De casa hoy 21 Abril 1616 —Tomás Gracián Dantisco— A mi Sra. la Condesa de Castellar y más verdaderamente Beatriz de las Llagas que Dios me guarde.»

Segunda carta.

«Yo voy menudamente sacando estos tesoros de nuestro santo Padre y hermano de V. S. y mío y como ayer dije no he de reservar de ningún género ni manera ninguno, salvo libros de estudio y cosas que no sean sino para seglares; todos se han de poner en ese archivo y depósito para siempre, y como se van mirando los iré embiando o llevando yo propio en persona, cuando hubiere que no creo lo tendrá V. S. a estorvo el ocuparla yo algunas veces para este efecto, pues nuestro Señor misteriosamente ha dado tan buen asiento y conservación a estas cosas, de que estamos contentísimos que tengan su verdadero centro en V. S. cuya es toda esta casa de los Gracianes.

V. S. comuniqué con el Licenciado Marmol el testimonio de esas reliquias como se ha de hacer y si es necesario yo hacer donación auténtica como heredero de todas estas cosas para más validación y seguridad de conciencia.

El padre Fr. Bernardino mi sobrino, dijo ayer que él sabe que ese devoto Cristo fué la Imagen a cuya presencia la Santa Madre postrada se rindió del todo, dejando las cosas de acá, el lo dirá más particularmente que como hijo de Pedro Gracián sabe este caso.

Aquí va el retrato de mi hermano no se si agradará, si agradare a V. S. le tenga, que cuando fuere necesario sacaremos otro.

Yendo mirando por navetas los escritorios vi lo siguiente en un cajón o naveta.

La vida de Eliseo, de su mano; ésta me envió mi hermana, o creo mi hija de Consuegra que la

eterna jurisdiccion y propiedad de todo que se la
deja V. S. con tan grandicha mñ de tenerla
la persona en su poder. Mendarosga esta
gratificando todos los papeles que restan por
faltar mñ. Y como a V. S. continuan
vda como hemos menester a que en una casa
de y todo sus mños de V. S. G. l. m. de
caga y 21 de Abril de 1606

Thomas Gracian Dantisco

Autógrafo del final de la primera carta que se inserta en la cita número 49. (Archivo del convento Las Carboneras)

En verdad que las amistades de doña Beatriz Ramírez abonan su destacada personalidad casi tanto como sus propios actos por el homenaje que en toda ocasión le rinden.

Era también gran amiga de la Condesa la beata Mariana de Jesús, llamada *La azucena de Madrid*. Las dos tenían grandes ilusiones en fundar sendos monasterios. Hubo menos suerte en la segunda, pues no llegó a fundarle.

Llamábase esta santa dama en el mundo doña Maria de Miranda, y, como doña Beatriz, al quedarse viuda, se entregó toda a Dios, determinando fundar «un convento de rara observancia de religiosas recoletas descalzas de la Real Orden de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos». La escritura se firmó en 1606, pero antes de terminarse el con-

había guardado con gran recato y ya como no segura allá, me la enbiaba, con gran silencio que esto no se entendiese.

Un legajo grande de revelaciones de espíritu, artas cosas hay en él admirables y raras.

Un libro impreso de la perfección religiosa.

Otro del devoto peregrino de la confesión y Comunión.

Estos libros impresos envío por sí V. S. no los tiene allá, y si le parece se añadan a la impresión, y así embiaré los que hallare y no supiere de cierto que están en la lista de los que se han de imprimir; lo que fuere embiando irá cerrado y sellado para que si no se pudieren dar luego a V. S. no los lea mientras nadie, que yo diré acá que V. S. y yo tenemos acordado vayan así cerrados y sellados, y guarde Nuestro Señor a V. S. como hemos menester los suyos.—Thomas Gracian Dantisco.—A mi señora la Condesa de Castellar.»

vento falleció su fundadora. De ésta decía D. Juan de Alarcón, su testamentario, que «antes había entrado su alma en el cielo que su cuerpo en la tierra».

Tres años después se fundó el proyectado convento en la calle de Valenzuela, adonde Alarcón llevó, «como tres fortísimas columnas que sostuvieran los santos deseos de Mariana de Jesús», a sor Antonia, de la casa de Cerralbo, primera priora, que murió, según aquél, «de mal de amor de Dios»; sor Francisca de San Antonio, rigurosísima en el comer, en disciplinarse y en la caridad por vivos y difuntos. Tanto confiaba en el silencio, que trabajó porque se guardara con voto. Pero no lo logró. Era demasiado.

Otra amiga de la condesa de Castellar fué Santa Juana de la Cruz, en el mundo Juana Vázquez Rodríguez, nacida en Azaña en 1481, entrando muy niña en el convento de Santo Domingo el Real, en el que llegó a ser abadesa. Muy protegida por el cardenal Cisneros y por el capitán Gonzalo de Córdoba, distinguióse por sus cruentos sacrificios, muriendo el 3 de mayo de 1534, obrándose el milagro de hallarla tal como el día de su sepelio un año después, no obstante haberla enterrado sin ataúd y arrojado gran cantidad de agua sobre el cadáver, según costumbre de la época.

Esta Santa, pues está en los altares, fué la que regaló el rosario del que ya nos hemos ocupado, cuyas cuentas «bendijo Nuestro Señor a instancias de la beata Juana de la Cruz, religiosa franciscana, en un convento cerca de Cubas, en esta provincia de Madrid», según nos dice su biógrafo Fray Antonio Daza, que nos refiere cómo se obró el milagro, milagro muy conocido, y que explica el deseo vivísimo por obtener hasta una cuenta del rosario que, con tal origen, usara doña Beatriz Ramírez.



Tabla de Luis Morales (?)

* * *

También fueron grandes amigos, admiradores y favorecedores de la Castellar, la condesa de Medellín, que dejó censos a favor del convento

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

del Corpus Christi por más de cuatrocientos mil maravedís; doña Juana de Escalona, doña Catalina de Escobar, doña Leonor de Salcedo, que fueron capellanías; D. Juan de Cabrera, que ordenó que sus rentas pasaran a aquél; Doña Antonia Castañeda, que hizo lo propio, ingresando en el convento, siendo gran música, por lo que fué su organista; doña Nicolasa Ysabel de Arias Ramírez de Arellano, duquesa viuda de Popoli, hija del conde de Puñonrostro; D. Jerónimo de Villafuerte y Zapata, que prestó una cadena de oro para levantar dinero para su pariente la priora de la santa casa doña Leonor María de Altamirano, así como doña Catalina de Gamboa y Leyba, marquesa de la Drada, que confió todas sus alhajas a la fundadora (50).

Asimismo favorecieron este convento las marquesas de Leiva y de Miranda, que obtuvieron singulares permisos para conversar con las claustradas (51).

No obstante tantas y tan significadas amistades, la situación económica del convento era difícil, viéndose obligada la priora a dirigirse al rey pidiéndole auxilio (52).

(50) «Digo yo Doña Catalina de Gamboa y Leyba Marquesa de la Drada que recibo de mi Sra. prima la fundadora de su mismo convento todas las joyas y plata y alaxas que mi marido el señor Marqués de la Drada, que esté en gloria, tenía en el dicho convento en vauls cerrados entregadas por D. Francisco García, su camarero, a las señoras porteras y suplicando a mi Sra. prima se lo tuviese allí por algunos meses, y su señoría mandó que, como dicho es, lo recibiesen en la portería, y después de la muerte del Marques mi Señor y marido mandé a su camarero que fuese por ello y se lo entregaron y tal y tan bueno y cerrados los cofres de la mesma manera que se los entregaron y las joyas en sus caxas como cosa que a estado en tan santa casa. Todo lo qual lo recibí y tengo en mi poder. Y por la verdad para que conste en todos tiempos lo firmo de mi nombre en Madrid en 17 dias del mes de Enero de 1646 años.—doña Catalina de Gamboa y Leyva.»

(51) Licencias para visitar.

«Por la presente damos licencia para que la Illma. Marquesa de Leyva, Condesa de Baños, con asistencia de las personas que elijiese, pueda visitar y hablar en la puerta seglar del convento del Corpus Christi de esta Corte, que es de nuestra filiacion y ovediencia a una hermana de su señoría Illma. el día que gustare, dispensando por esta vez en la observancia de las Reglas y mandatos que tiene el dicho convento. — Dada en Madrid a 6 de Agosto de 1655. El Cardenal Sandalio.»

Concédese otra licencia a la condesa de Miranda, duquesa de Peñaranda, «estando de la parte de fuera (en la puerta seglar del dicho convento) y acompañada de otras dos señoras, las que su excelencia eligiese, visitar y hablar por una tarde a la señora doña Francisca de Zúñiga, hija de los Marqueses de Loriana que está seglar en el dicho convento.—Madrid 8 de Agosto de 1650 años.—El Cardenal Sandalio».

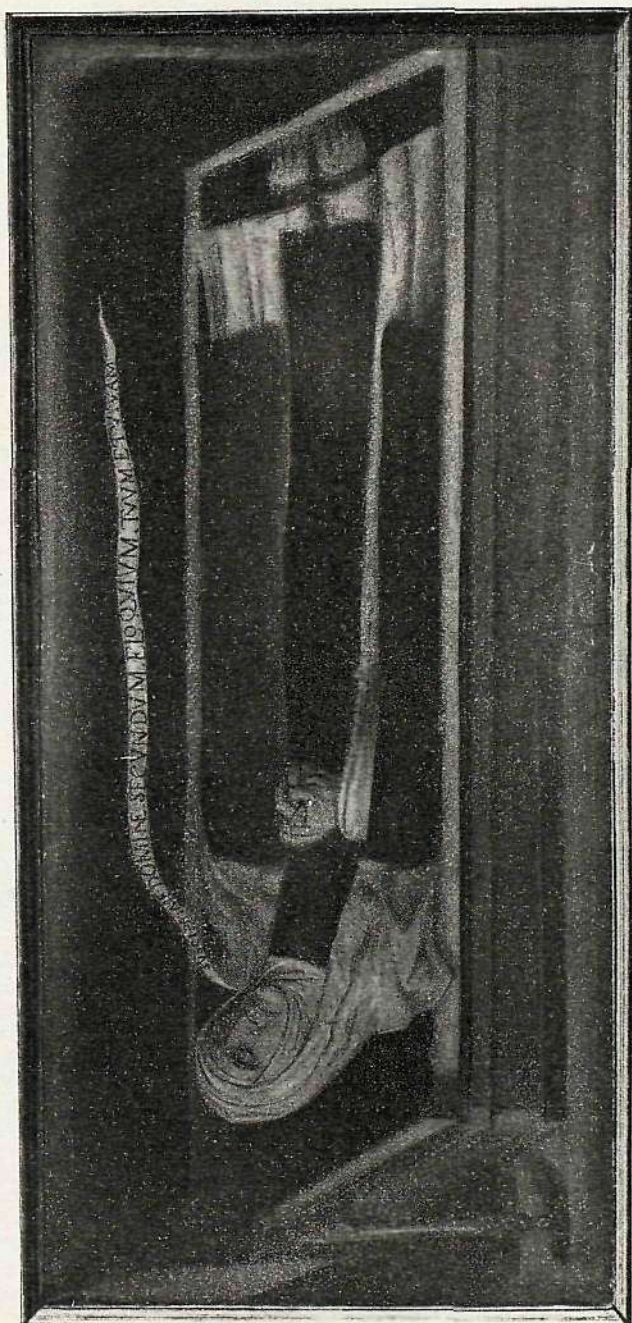
Otra:

«Por la presente damos licencia para que por una vez pueda la Excm. Sra. Condesa de los Arcos visitar y ver a su sobrina, hija de los Sres. Marqueses de la Puebla y Lorian, en la puerta seglar del convento del Corpus Christi etc. 23 de Febrero de 1656 años.

(52)

«Señor.

Sor Juana del Corpus Xpti. patrona y priora perpetua del Convento de Corpus Christi desta Villa, Recoleta de la horden de S. Jerónimo, hija y heredera y testamentaria de los vienes libres que dexo doña Beatriz Ramires de Mendoza, condesa que fué de Castellar, fundadora del dicho convento.—Dice que de los corridos de un juro que la dicha Condesa tubo en puertos secos por quiebra de los tesoreros se le quedaron a dever 213.174 mrs. desde el año 1604 hasta el de 608. Y su Md. de Phelipe tercero, Sta. gloria aya, fué servido de mandar por su Rl. cedula para que el Presidente de Hacienda librara dicha cantidad en fincas y cossa extrahordinarias por quenta de las quales se libararon, en 23 de Marzo de 613.338.750 mrs. que se anotaron a las espaldas de la cédula real. Y por haber muerto la dicha Condesa su madre no se a podido cobrar la restante cantidad que son 854.424 mrs. por allarse la suplicante encerrada y con muchas necesidades. Y perezendo las reli-



La Condesa de Castellar. Laude funerario en la iglesia de Las Carboneras

También hubo de preocupar a la fundadora este aspecto de la vida de aquél, por lo que dejó en un codicilo advertencias muy concretas relacionadas con sus entregas a su más querida obra y a sus hijos (53).

Después de lo dicho a nadie podrá extrañar que, además de sus hijas religiosas, un hijo de doña Beatriz Ramírez de Mendoza fuera un fervoroso y ejemplar joven.

Nos lo refiere quien, si no fué su confesor, sí le confesó repetidas veces, ya que tan a fondo cala en el espíritu del tal mancebo. Nos referimos a Jerónimo de Quintana, rector de la Latina, cuyo hospital era patronato de la condesa de Castellar, conociendo y tratando mucho a toda esta familia.

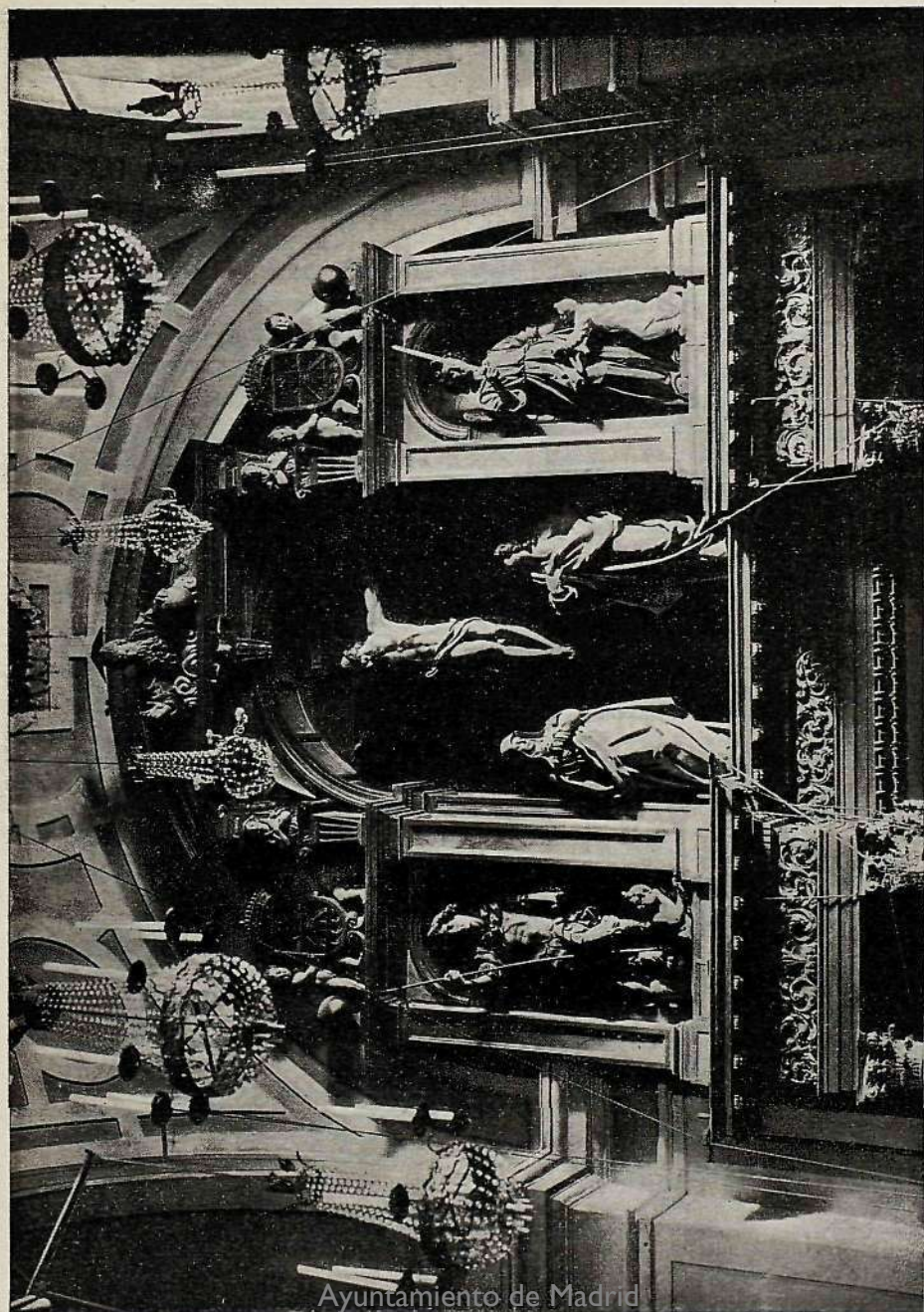
Nació D. Baltasar Ramírez de Saavedra en Madrid en octubre de 1593, mostrando desde muy joven sus virtudes singulares. «Columna inmóvil» ante el Santísimo Sacramento, evitaba hasta los pecados veniales, confesándose y comulgando dos veces por semana, cosa entonces no acostumbrada. «El llegarse a un confesor —decía— es un acto de reconocimiento a la Majestad divina, cuya presencia representa el confesor, y protestación de nuestra miseria; bésole la mano y con esto voy contento a comulgar».

Tenía quince años cuando acompañando a D. Pedro de Toledo, embajador extraordinario en París, salió D. Baltasar camino de Francia. Acudía el joven a todos los lugares a que por su puesto debía asistir, pero

gias por sus pocas comodidades y malas cobranzas de sus rentas. Y haver asimesmo faltado desde el año 642 las limosnas hordinarias que V. M. tiene echo a este religioso comento, de 600 libras de pescado y 600 libras de aceite en cada año y 200 reales para una comida del día de San Jerónimo librados por el guarda Manuel. Y asimesmo se deven al convento 1.540 mrs. de las medias anatas y quarta parte de los juros que tiene, que V. M. se balió el año 648. Todo lo qual parece por certificaciones y la cedula real que tiene de como se le restaron deviendo los dichos 854.424 mrs.

Atento a lo referido y la necesidad con que el convento se alla. Supca. a V. M. le haga merced y limosna de mandar se aga un cuerpo de las dichas cantidades y se le libren en juros de por vida o se le despache privilegio por juro de la cantidad que importare que en ello se recibirá la mrd. que siempre de la grandeza de V. M.»

(53) «Fuerade lo mucho que le solté al Conde de Castellar mi hijo en las cuentas de su tutela como de las costas que, acordándome que con mis deudas no le podría caber lejitima en mi muerte en mi vida no solo le solte allí gran cantidad, mucho mas que lo que podia caber para bienes libres suyos sino que mejoré su mayorazgo y estado y mi mayorazgo que los réditos de todo eso son bienes para él libres, le he dado mas de seis mil ducados en joyas de oro, diamantes y plata, retratos, dineros, trigo y cebada que de Ecija le han llevado como costa por memoria que dello tengo por menor y lo que mas bale las casas de junto a las del mayorazgo mio de la Concicion Jerónima por lo que se las cuento en mi testamento y mas de mil ducados que e gastado en el pleyto de billagra que le será obligado a seguir y los réditos del alcance que le he hecho en las últimas cuentas que estaba obligado a darme lo que impidiéndoselo y aunque se obligó a pagar los oficiales de su gobierno no lo yzo ni me dió el alcance ni mil ducados a cuenta del que libré a Soriano, quiso dar todo esto y todo lo demás que juridicamente deba lo mando aga y a su convento de Corpus Christi cada y cuando que el que quiera benir a tener legitima en los beyntetres mil ducados que yo e gastado en este convento para el remedio de mi hija Juana de Corpus Christi fuera de que tengo facultad de dejallo sin legitima para podella remediar etc. «y he gastado» en este convento lo que podia gastar en mi persona si la hubiera tratado conforme a mi calidad y he querido yo ahora por amor de Dios y por remedios de mis pecados con darselo de limosnas a estas pobres y a mi hija que lo es por Dios, les mando el solo fruto de cuanto yo he mejorado mi mayorazgo. «Quita este usufructo y las mejoras» los que hicieren pleytos y no conservasen «la paz», y esta es la memoria que digo en mi testamento que dejo de las cosas menudas que he dado al Conde de



Atico del altar mayor de la iglesia de Las Carboneras

siempre conservó su inocencia, pues había hecho voto de castidad. Y con tal rigor le guardaba, que cuando era alojado en alguna casa ordenaba a su criado le excusara cerca de la dueña de «darle la paz» con el pretexto de estar cansado o indispuerto.

De Francia pasó D. Baltasar a Flandes, permaneciendo en Bruselas al lado de la infanta Isabel Clara Eugenia, volviendo bien pronto a España, en donde Felipe III le hizo merced del hábito de Alcántara, en ocasión de que su madre renunciaba en este su hijo el segundo mayorazgo de la casa Ramírez

Si alguien le estimulaba a que luciera el vistoso hábito contestaba don Baltasar: «Las pasiones se embravecen con cualesquier alas que les demos y desacreditase mucho la virtud si ven que el que la profesa de veras sirve, aunque sea al parecer, a dos señores».

Se disciplinaba en tal forma, que dejaba «esmaltadas las paredes y matizado el suelo con el carmín de su sangre, de suerte que fué necesario blanquear las paredes del aposento donde hacía tan santos ejercicios».

Refiere Quintana que en cierta ocasión anduvo las «estaciones» con hábito desconocido y de rodillas, llevándolas desnudas y dejando el suelo manchado con su sangre.

Patrono del Hospital de la Latina, servía la comida a los pobres de ro-

Castellar mi hijo para que si el u alguno de sus herederos quisiera entrar en parte en este convento que yo le e dado a Juana para su fundación, al tal se le cuenten «cargándose en su cuenta»: mil ducados que le di para pagar la dispensación de su casamiento - Un cintillo para sombrero de diamantes y oro muy lindo, trescientos ducados—una broncha (puñal) de diamantes muy hermosos y oro (el puño). Para medalla mil ducados—tres sortijas de a un diamante grande y una de un rubí—trescientos ducados—unas arracadas de perlas y oro —brazaletes de cornerinas — una yga de cristal—un espejo de plata todo dorado y labrado de miel, todo doscientos ducados — un pabellon y rodapié y cobertor de seda de Ytalia y su armadura (que) costó de lance de la almoneda del Conde de Miranda cien escudos de oro—dos bueltas de jarritas de lapis muy bien guarnecidas y engarzadas en oro con sus asillas esmaltadas de blanco, dóscentos ducados — un rosario de agatas grueso guarnecido de oro, un manojo de martinetes (penachos de plumas) muy buenos—tres brincos (joyeles) de agatas guarnecidos de oro — una cadena de oro con un JHS—cuatro relicarios de oro, todo tres mil reales—cien botones de plata y acero, una almoadilla de raso berde de Ytalia, llena de juegos, al ama, y a la aya de su yjo dos piezas de plata, una guarnicion de caballo de terciopelo negro y mucha corderneria y dorados los yerros y los estribos, todo esto baldria doscientos ducados muy bien balidos—Un retrato al natural del Emperador a caballo costo doscientos ducados, ocho retratos medios al natural de Reyes y Reynas treinta ducados, seys retratos mas chicos en tabla de los Reyes de Flandes, otros treinta (ducados) — cuatro bestidos de serranas y serranos, a los niños, costaron doscientos ducados dos erreruelos y sombreros de tabica bellado y blanco con plata y guarnecidos de pasamaneria de oro forrados en tafetan azul y blanco y dos trencillones en los sombreros costaron cien ducados—Caja de peines con erramienta de plata dorada y luminadas con manecillas de oro, un escritorio de plata y terciopelo carmesi, lleno de calzillas de aguja de seda, ligas y guantes y cosillas, escudos y doblones —Muchas becas siempre que los allaba se los enbiaba (debe referirse a su hijo) todo cuanto yo podia, paño y jerguilla para bestirse el conde, me costó ochocientos reales—la litera y sus azemilas y lo que comió hasta irse, se bera en mis cuentas, tambien el trigo y cebada de sisa que a llebado cada año se bera por las del mayordomo Luis de Valdes que se lo a embiado y los dineros que le e embiado se bera tambien por las partidas como yo le e ydo librando todos los años lo mas que e podido alli se allaray todo lo demas que le e dado es mi boluntad entre en parte y se lo cuenten al que lo quiera tener en lo que yo e dado a Juana mi hija y a su remedio que tomo en esta casa quando no se acuerden que su hermano la abia de casar a su costa como quien el y ella eran y que no le han costado nada remediar sus hermanas.

† La Q^a de — Castellar Beatriz Ramirez de Mendoza.»

dillas y con la cabeza destocada. En su casa tenía puestos dos clavos en cierta escondida pared para hacer su oración como crucificado.

Vida tan austera tenía que dar sus temidos frutos. Don Baltasar cayó enfermo.

Conocedor el rey de las virtudes de D. Baltasar, le nombró paje del príncipe, pero no quiso aceptar el cargo, no obstante las advertencias de su santa madre.

— Yo me condenaré si acepto—protestaba el joven.

Tanto temía el ambiente de la corte, no obstante parecer, como muchos contemporáneos nos dicen, más que palacio una casa religiosa.

Grande debió ser la lucha mantenida por D. Baltasar entre la voluntad del rey, el deseo de obedecer a su madre y las llamadas de su conciencia, pues suplicó fervorosamente a Dios le librase de tal situación, aun a costa de su vida. Y en efecto, su enfermedad se agravó a los pocos días, falleciendo con toda santidad el 4 de enero de 1615, contando aún veintiún años de edad, causando honda impresión en la corte la muerte del virtuosísimo hijo de la condesa de Castellar, haciéndose merecedor de este epitafio:

«Aquí está sepultado D. Baltasar Ramírez de Saavedra, hijo del conde Castellar, del orden de Caballería de Alcántara, modelo de castidad de costumbres, en aspereza y rigor de vida, en prudencia más de la que podía su edad, y en agilidad de acciones admirable; estimado en los palacios de los príncipes, donde asistía de ordinario, claro en la gloria de la generosa inclinación, en la virtud no vencido, en la virginidad no manchada y en la misma flor y esperanza de su edad arrebatado.»

* * *

La condesa de Castellar edificó a sus hijos con su santa vida llena de sacrificios y abnegación, mas halló de sus hijos la corona que más podía apetecer y estimar: la tejida por sublimes, sobrenaturales y acrisoladas virtudes.

FIDEL PÉREZ-MÍNGUEZ

LAS RUINAS DE PALMIRA

UNA EDICIÓN FRANCESA HECHA EN MADRID EN 1797

Entre los fondos de nuestra Biblioteca Nacional, con la signatura $\frac{3}{60.041}$, figura un libro en octavo, marquilla, que la casualidad o algún hado benéfico pudo librar de las llamas que por disposición gubernativa consumían con otros la edición de que formaba parte la noche del 27 de marzo de 1798, en el horno de la tahona de Lorenzo Villar, sita en la Huerta del Bayo, calle de Mira el Sol, de esta corte.

En su portada se lee: *Les ruines ou méditation sur les révolutions des empires*, par M. Volney, Député à l'Assemblée Nationale de 1789. Amsterdam, 1795, y consta de XVI más 400 páginas, contenidas en los cuadernos A 1-A IV; A-Z₁ y Aa-Bb₁, más una lámina y dos mapas que ilustran el texto, el cual va precedido de la tabla de capítulos y párrafos, advertencia e invocación, y seguido de las notas que aclaran, explican o autorizan algunos de sus pasajes.

Como se ve se trata de *Las ruinas de Palmira*, el libro más popular de Constantino Francisco Chassebeuf de Volney, que publicado por primera vez en 1791 y precedido del éxito alcanzado por el *Viaje por Egipto y Siria* del mismo autor, llamó pronto la atención de las personas cultas en toda Europa, conmovida ante el resultado de las nuevas ideas que la Enciclopedia engendrara y la Revolución glorificara y esparciera con estruendo por el mundo civilizado.

Mas a pesar de lo que en su portada declara el libro que examinamos, no es lo cierto haber sido impreso en Amsterdam en el año 1795, sino en Madrid y en 1797, en la imprenta de D. Benito García Trío, a cargo de Julián López, siendo una reimpression subrepticia y fraudulenta de la edición francesa de París de 1792 (1).

Datos más que suficientes para hacer tal aseveración nos suministran los 394 folios de que consta la *Pieza principal corriente de la causa de Estado reservada con motivo de la edición subrepticia y venta de la obra titulada «Les ruines ou méditation sur les révolutions des empires, par M. Volney, Député à l'Assamblée Nationale de 1789»*, seguida en el Consejo de Castilla y conservada en el Archivo Histórico Nacional, Sección de

(1) Al recabar para la tipografía madrileña la edición de que tratamos, debemos advertir que si bien es bastante defectuosa, está muy por encima de la edición española que en 1839 daba a luz en París la imprenta del Gran Patio del Palacio Real.

Consejos suprimidos, legajo 51.637, de la cual tomamos los siguientes apuntes:

El gobernador del Consejo de Castilla, Ilmo. Sr. D. Felipe Antonio Fernández Vallejo, obispo de Salamanca, en 22 de julio de 1797, hacia las siete de la tarde, remitía al alcalde de casa y corte, D. Pedro Nicolás del Valle, la siguiente orden: «Me hallo con seguras noticias de haberse reimpreso en esta corte, en la imprenta que hay en la calle de San Isidro Vieja a la Carrera de San Francisco, una obra francesa, cuyo título es *Les ruines ou méditation sur les révolutions des empires*, su autor, M. Volney, diputado de la Asamblea Nacional del año 1789, de que acompaño a v. m. un ejemplar. Y siendo este libro un tejido de máximas las más subversivas de los Estados y las más contrarias a la soberanía de los reyes, y de otras especies seductoras y detestables que sería menester borrar de la memoria de los hombres, encargo a v. m. que, con el celo que acostumbra, proceda inmediatamente a la averiguación de este suceso y a recoger cuantos ejemplares se hubiesen impreso de dicha obra, formando la correspondiente causa a cuantos resulten culpados en la indicada reimpression por cualquier camino, dándome v. m. cuenta de lo que fuere adelantando en este negocio para ponerlo en noticia de S. M.»

Recibida que fué por el citado señor alcalde la orden precedente con el ejemplar de la obra, dispone se guarde y cumpla y se proceda inmediatamente a recoger cuantos ejemplares se hubiesen reimpreso, instruyendo la correspondiente sumaria en los términos en aquélla prevenidos, ofreciéndose a personalizar todos los autos y diligencias, nombrando escribano de la causa a Nicolás Fernández Ochoa y requiriendo a los ministros de su ronda y demás que se consideren necesarios para que concurran a su posada a las ocho y media de la noche.

Reconocida la existencia de la imprenta en la calle vieja de San Isidro, número 27, cuarto bajo, interior, en el patio, la cual era regentada por Julián López, librero, con puesto de tal en la plazuela de la Cebada, inmediato a la Latina, pasó a ella el señor alcalde y ministros, con objeto de detenerle, a las nueve y media. No se encontró en su habitación al impresor, ni tampoco en un melonar inmediato a la Granjilla de los padres jerónimos, tras del Jardín Botánico, adonde, según dijo su mujer, tal vez hubiera ido; y ante la negativa de ésta a facilitar nuevas pistas para su detención se estrechó a Antonio Fernández, zapatero en la calle de las Tabernillas, número 12, siendo por su indicación detenido en el cuarto del escribiente de D. Benito García Trío, en la calle de Calatrava, y conducido a la posada del señor alcalde a cosa de las cuatro de la madrugada.

Se procedió inmediatamente a tomarle declaración, manifestando llamarse Julián López, de treinta y cuatro años de edad, natural de la villa de Herencia, en la Mancha, casado con Rosa de la Fuente, de ejercicio librero, impresor, con el domicilio referido; que reconoce el libro que acompaña a la causa y se le pone de manifiesto, y para que siempre conste su identidad rubrica la primera y última hoja de él; que este libro se im-

primió en su casa, con anuencia de D. Benito García Trío, dueño de la imprenta que regenta, y de él se tiraron 750 ejemplares, que se llevó en papel y sin encuadernar el dueño de la obra, que es un peluquero que vive en la calle Angosta de San Bernardo, el cual tiene su puesto de libros en la calle de la Gorguera, en la plazuela, junto a la de Santa Cruz; que se principiaría a imprimir a principios de mayo, y se acabaría como habrá unas tres semanas; que se ajustaron en dos doblones por pliego, habiéndole satisfecho todo el importe de la impresión; que no conserva ejemplar alguno ni matrices de la obra, y previene que la lámina y mapas que contiene el tomo que se le ha puesto de manifiesto no las ha visto hasta ahora, ni sabe quién sea el autor, desconociendo asimismo quién corrigiese las pruebas; que el original estaba impreso en París, y se lo iban llevando para imprimir «a retazos».

Suspendida esta declaración a las cinco y media de la mañana, el señor alcalde, con el escribano y ministros, y dirigidos por el impresor Julián López, para lo cual «se le conminó con encierro y apremios en atención a su resistencia y tenacidad en no declarar cuál fuese la habitación del peluquero», se constituyeron frente al número 8 de la calle Angosta de San Bernardo, casa señalada por el conminado, a quien se condujo a la cárcel en calidad de incomunicado, y con ocasión de penetrar en ella una mujer, que le dijo que en el cuarto principal vivía un abogado y en el interior un peluquero-librero, se dirigieron a esta habitación, y haciéndole levantar y vestir le recibió declaración, manifestando llamarse José Martínez, tener treinta y cinco años de edad, ser natural de La Coruña, estar casado con Antonia López y ejercer el oficio de librero, con puesto de tal en la calle de la Gorguera, en el portal de la casa número 26; que es cierto que el librero Julián López ha impreso por orden suya 750 ejemplares de una obra titulada *Las ruinas o meditación sobre la revolución de los imperios*, por M. Volney, en idioma francés, cuyo original, impreso en París el año de 1792, facilitó al que declara la casualidad en el puesto de la calle de la Gorguera; que habiéndole manifestado algunas personas el gusto que tendrían en poseer este libro, procuró su impresión, la cual tuvo principio a mediados del mes de mayo y se concluyó el 28 de junio, habiéndola ajustado a 120 reales el pliego en octavo, marquilla, teniendo abonado todo su importe con el dinero que le facilitó una francesa que vive en la calle de Carretas, esquina a la de Majaderitos, llamada Luisa, en cuyo poder se hallan todos los ejemplares impresos, excepto 100, a la rústica, que conserva en su casa, 54 que ha vendido a diferentes sujetos y seis docenas que se entregaron a un librero de la Concepción Jerónima, llamado Quiroga; que la encuadernación la hicieron un librero de la calle de la Montera y otro que vive en la calle de la Comadre, llamado Antonio; que el libro de que se trata comprende dos mapas y una lámina, conforme con las del original, y su estampación la hizo un estampador que vive en la calle de los Tres Peces; que el grabador se lo proporcionó la francesa Luisa, y para su corrección se valió alguna vez de ésta, ejecutándola gene-

ralmente por sí; que no tiene presente los sujetos a quienes ha vendido los 54 ejemplares «porque lo ha hecho al primero que se los ha pedido, en el concepto de no tener prohibición», y que desde luego reconoce que el libro que acompaña a la causa y se le pone de manifiesto, rubricando su primera y última hojas, es el mismo que reimprimió de su orden el librero Julián López, para cuya reimpresión no ha obtenido licencia (2).

Se ocuparon en el cuarto 98 ejemplares, los cuales fueron depositados en el del vecino D. Ventura Legarra y Grueso, abogado del Colegio de esta corte, con excepción de dos que el señor alcalde extrajo para ponerlos en manos del excelentísimo señor gobernador del Consejo.

Fué detenido José Martínez, y dejando en su habitación de guarda de vista al portero de vara José Calderón para evitar fuera extraído mueble ni efecto alguno, se personaron el alcalde y ministros en la calle de Carretas, número 10, cuarto principal, habitación de madama Luisa Robiné, la cual terminó confesando se hallaban diferentes ejemplares de la obra en una buhardilla de la casa número 5 de la calle de Hortaleza, frente a la del Colmillo, cuyas llaves guardaba una plumista que vivía en el cuarto bajo de la misma, llamada Juana Torrao. Se encontraron en ella 82 ejemplares encuadernados en pasta y 16 legajos en rama, en los que habría unos 398 ejemplares, según calculó el encuadernador Teodoro Argueta, siendo todo ello trasladado a la posada de su señoría.

Como consecuencia de estas diligencias fueron conducidos en calidad de incomunicados el José Martínez a la Cárcel de Villa y madama Robiné a la de Corte, dejando en el cuarto de ésta por testigo de vista al portero de vara Juan López, siendo ya más de las ocho de la mañana.

A continuación pasó el señor alcalde a poner en manos del gobernador del Consejo los dos ejemplares referidos y a darle cuenta del resultado de todas las diligencias practicadas, en cuya ejecución desplegó, como hemos visto, la mayor actividad, aprehendiendo en el término de doce horas no sólo a los principales fautores del delito, sino también una gran parte de la edición perseguida.

Aprobó su excelencia lo actuado, y dispuso la prisión en la cárcel arzobispal del librero Quiroga, y arresto de D. Benito García Trío en la Cárcel de Villa. Compareció a la una de la tarde, en la posada del señor alcalde, D. Manuel de Losada y Quiroga, y manifestó que de las seis docenas de libros que le fueron entregados para su venta apenas habría vendido una tercera parte, no recordando de más compradores que de D. Esteban Jiménez.

(2) Desde la Embajada de Madrid comunicaba el secretario Labene al ministro Delacroix el mismo día 23: «... Un coquin de libraire a osé imprimer ici, au mépris de la Sainte Inquisition, les méditations de Volney sur les ruines des empires: il a été arrêté lui, ses parens, ses amis, et tous ses souscripteurs, au nombre de deux ou trois cents, la plupart de ces gens la ne connassaient point l'ouvrage pour lequel ils avaient souscrit; mais la Sainte Inquisition, toujours juste et sage, a cru devoir faire un exemple dans un tems aussi malheureux où la foi se perd de jour en jour.» Ministerio de Estado francés, Correspondencia de España, vol. 649, fol. 142. Debo la adquisición de esta noticia y la siguiente a la amabilidad del infatigable investigador de los archivos, mi buen amigo D. Manuel Núñez Arenas.

nez, archivero o empleado en la Secretaría de Gracia y Justicia, editor del *Anacharsis*; D. Matías Gómez Collado, abogado; su cuñado Domingo Alonso, que tiene librería en la Puerta del Sol, y un capellán de Guardias españolas o walonas, que viste de abate. Posteriormente recuerda haber vendido ejemplares al abogado D. Carlos Soldevilla, a un presbítero apellidado Melgarejo, a un sacerdote forastero, al americano D. José Baquijano, al abogado D. Ramón Corona, a D. Juan Justo García, catedrático de Salamanca, y a D. Justo Pastor Pérez, ayo de los hijos del conde de Villalobos. En su habitación y en la librería de la Concepción Jerónima, casas nuevas de Santo Tomás, se hallaron hasta 47 ejemplares. D. Benito García Trio fué conducido a la Real Cárcel de Villa desde la posada del señor alcalde, a donde había ido a informarse del paradero del impresor Julián López, quedando así cumplidas las órdenes del gobernador del Consejo.

En el mismo día 24 se tomó declaración en la Cárcel Real a Luisa Robiné, de treinta y dos años de edad, natural de Guadalajara, viuda de Félix Vidal y sirviente de la modista Claudia Leblanch, y dijo que conocía al librero por haber ido a comprar libros a su puesto; que le ha prestado hasta 7.000 reales para hacer una obra, sin que le manifestara cuál fuese; que se lo dijo más tarde, y habiéndole objetado que no tenía las licencias necesarias la respondió que no estaba prohibida, y que por su mano no ha vendido ejemplar alguno ni había intervenido en la corrección de las pruebas.

Continuó declarando José Martínez, y dijo que la francesa Luisa Robiné le había facilitado hasta 7.930 reales en diferentes partidas, con los cuales había ido pagando al grabador, impresor, el papel y demás gastos de la reimpresión, no siéndole deudor de nada porque él también había suplido para estos gastos 3.831 reales, y el producto restante lo habían de distribuir entre los dos por partes iguales, según convenio verbal que tenían hecho; que un oficial walón, graduado de teniente coronel, dió al declarante, para que se lo hiciera encuadernar, el original de la obra de que se trata, y ejecutado por el librero de la calle de la Montera, Teodoro Argueta, en rústica, a la holandesa; se lo entregó a dicho oficial, a quien se lo volvió a pedir para leer, y habiéndoselo llevado a la persona reservada que se distingue en los autos con la letra A (D. José Lorieri, hijo del marqués de Roda, del Consejo y Cámara de S. M.), le dijo que le parecía muy bien dicho libro y que desearía tenerle a cualquier costa; que seguidamente lo llevó a la persona distinguida con la letra B (el presbítero D. Pedro Ibáñez), quien le manifestó haberlo leído dos veces, haciendo de él grandes elogios, y lo mismo sucedió con los sujetos designados con las letras C y D (D. Bernabé Fernández y D. Ventura Arquellada, empleados en el Consejo de Indias), así como con el señalado con la letra E (el abogado D. Francisco Romero); que en este tiempo dispuso emprender la reimpresión, pero antes se lo enseñó a madama Luisa «para que viéndole y examinándole, como inteligente que se la conceptúa en estas materias, viese si podría tener cuenta y utilidad la reimpresión, entrando ella a la parte; y con efecto, al cabo de unos siete u ocho días dijo al declarante que había leído

el libro, ponderó su mérito y aseguró que podía resultar mucha utilidad y producir sobradamente el coste de la reimpresión». En vista de este parecer, y convenidas con ella las condiciones para hacerlo, se decidió a llevarla a cabo, para lo cual trató de entenderse con el impresor y librero Isidro López, que vive en la calle de la Cruz, frente a la de la Gorguera, y no habiéndose convenido pasó a tratar con el Julián López, con el que lo hizo en los términos conocidos; que buscó a un estampador (Juan Palenciano) por medio de un oficial del librero Escribano, llamado Nicolás, habiéndole pagado todo el importe de la estampación a razón de ocho reales por ciento, y también satisfizo al grabador Francisco Pérez 27 doblones por su trabajo; que conoció a madama Luisa por haber ido algunas veces a su puesto de libros, donde compró las *Cartas de madame Sevigné* para las señoritas del conde de Tejera, y él a ella los *Cuentos*, de Marmontel, dándole una lista de los libros de que tenía pedido, como la *Historia de la Revolución de Francia*, la de *Robinson de América*, el *Sistema de la naturaleza*, de Volney, y otros; recordando, entre otros libros extranjeros que había vendido, la traducción castellana de *Filangieri*, un *Belisario* y los *Cuentos morales*, de Marmontel; que había vendido a la persona reservada, denominada con la letra B, diez o doce ejemplares de *Las ruinas*, a 40 reales; dos a la A, uno a la E, dos a la F; a Driguet, dos; a un canónigo de Ciudad Rodrigo, uno; dos a un guardia de Corps de la compañía americana, tres a D. Antonio Gil, sobrino del teniente general Gil de Lemus, quien destinaba uno para la excelentísima Sra. D.^a Ana Fariñas y Ofarril y otro para D.^a María Ana Carafa y Ayala, otro a un coronel retirado; vendiendo también ejemplares al abogado D. Carlos Soldevilla y a su amigo don Jose Queipo, al abogado D. Matías Collado y a dos amigos suyos, a don Manuel de Cambronero, también abogado, al médico D. Joaquín Serrano, a un librero de las gradas de San Felipe, al cómico Robles, al ayo de los hijos del conde de Villalobos y a un amigo de éste, regalando un ejemplar a D. Constantino Maiche, a quien pertenecía el original que sirvió para hacer la reimpresión.

Por las declaraciones de Luisa Robiné se tiene noticia de haber entregado seis ejemplares al mancebo de la librería de Orcel, en la calle de Carretas, y vendido uno a D. Andrés de Quevedo, mayordomo de semana de S. M.; otro a D. Joaquín Briones, recibidor que fué de Malta; otro al ciudadano Viñol, mayordomo del embajador de Francia, para un tal Serna, secretario de la Junta de Represalias; otro a D. Diego María de Gallar, oficial mayor de la Balanza de Comercio, y otro a un amigo del tirador de oro, Izquierdo.

El 28 de julio comparece ante el señor alcalde Juan Palenciano, de treinta años, natural de Peraleja, que estampó las 2.250 láminas de la tirada, recibiendo por ello 180 reales, a razón de ocho reales el ciento, y Francisco Pérez, de diez y nueve años, que se encargó de abrir las planchas, por lo cual recibió nueve doblones, a razón de tres doblones cada plancha. En su declaración dice que él abrió la mayor, la redonda Cipriano Maré y

la más pequeña Francisco Panfil, siendo de Maré las letras que aparecen en todas, las cuales fueron entregadas dos días antes al señor alcalde por la mujer de Julián Martínez, juntamente con el libro original que sirvió para hacer la reimpresión.

Perplejo debía estar D. Pedro Nicolás del Valle ante la calidad de las personas contra las que había de proceder, amparadas por las jurisdicciones militar y eclesiástica, y de las dificultades que de ello dimanaban dió cuenta al príncipe de la Paz en un papel, acompañado de un extracto de lo ejecutado hasta entonces y de lo que de ello resultaba. En contestación al mismo recibía el día 31 una Real orden comunicada, en que se le decía que S. M. «se ha servido resolver que sin consideración a carácter, personas, privilegios ni estados se proceda contra todos los que puedan descubrirse; que V. E. pida auxilios para los militares al capitán general de Madrid, a quien bastará le comunique V. E. verbalmente este oficio para que por la repetición de él no se dé lugar a la fuga de algunos sujetos, y que luego que se hayan puesto en prisión los indiciados, y realmente delinquentes, dé V. E. parte para prevenir a sus jefes lo que convenga».

Afianzado por esta Real orden dispone el arresto de Constantino Maiche, coronel de infantería y segundo ayudante mayor del sexto batallón de Reales Guardias walonas, de veintiocho años de edad y natural de Maiche, en el Franco Condado. Fué preso a la una y media de la noche del día 2 de agosto en su casa de la calle de la Ballesta, frente al cuartel de Inválidos, a donde fué conducido, y en su declaración no reconoce el libro que se le puso de manifiesto y niega haber entregado al Martínez ejemplar alguno para encuadernar, así como el haber tenido en Madrid ningún libro de *Las Ruínas*, si bien recuerda haberlo visto en Francia cuando estuvo allí la última vez, en 1792. En su habitación se encontraron y recogieron cuatro tomitos de *Romans et contes*, de M. de Voltaire, 1789; *Essai sur la théorie du sonambulisme magnétique*; *Reflexions sur les confesions*, de J. J. Rousseau; *Suplément au contrate social*; *Histoire général y particulier des religions et des cults*, par M. Delaunaye, y un *Catálogo de libros franceses*.

En el mismo día es arrestado y conducido a la cárcel arzobispal el presbítero D. Pedro de Alcántara Ibáñez, de veinticuatro años, quien compró un ejemplar en la calle de la Gorguera, que le fué ocupado con otros libros en la buhardilla de su casa. También le sirvió de cargo el haber comprado hasta doce o trece ejemplares para el librero D. Antonio Castillo, el menor, a cuya librería dice eran asiduos concurrentes el presbítero poeta D. Francisco Gregorio de Salas, D. Lorenzo de Guardiola, agente fiscal del Consejo de Castilla; D. Francisco Policarpo de Urquijo, del mismo Consejo; D. Bernardo de Iriarte, traductor del *Tancredo*; el eximio Juan Meléndez Valdés, y D. Francisco del Castillo, mercader de la calle de Postas.

El día 4 fueron conducidos a las de Villa y Corte D. Bernabé Fernández, oficial de la Secretaría del Consejo de Indias, natural de Rioseco; don Ventura Arquellada, oficial de la misma Secretaría, a quien trajo de Bayo-

na un criado suyo la *Historia de la Revolución*, el *Contrato social*, *El Emílio* y *Las ruínas*, y D. Baltasar Driguet, natural de Villaseca, provincia de Tarragona, de cuarenta y dos años de edad, traductor de lenguas, editor de las *Jornadas divertidas de madama de Gómez* y de otra obrita titulada *La económica*, con el cual había tratado Cardeza de la reimpresión de *Las ruínas*; y al día siguiente fué conducido al cuartel de San Jerónimo o de Inválidos, en la calle del Prado, D. José Francisco Lorieri, que compró dos ejemplares al que antes fué su peluquero, uno de ellos para el canónigo de coro de Toledo D. Mariano Fraile. A todos ellos se les registraron sus casas y se les ocuparon buen número de libros. Comparecieron ante el señor alcalde el día 8, y prestaron su declaración, los oficiales de prensa y caja Antonio Martínez, Bernardo Mazón, Francisco González y Manuel Burgos, y los aprendices Cesáreo Oller y Pedro Delgado, manifestando todos ellos haber asistido y trabajado en la reimpresión hecha en la imprenta de Julián López, en la cual habían visto además imprimirse la *Vida de San José*, el *Catecismo romano*, dos *Memoriales ajustados* y unas *Jornadas*. Haciéndolo en días sucesivos D. José Hevia Noriega, abogado de los Reales Consejos; Fernando Miyar, socio y regente de la librería de Alverá, en la Carrera de San Jerónimo; D. Diego Manuel Romero, oficial mayor del Archivo de Escrituras públicas; el médico D. Joaquín Serrano, natural de Turón; D. Manuel Begues de Moya, amanuense de D. Ventura Arquellada; Isidro López, impresor de la calle de la Cruz; Tomás Moreno, librero de la calle de Relatores; D. José Melgarejo, subdiácono, que compró un ejemplar creyendo trataría de antigüedades; Antonia López, mujer de Cardeza; D. Félix Galisteo, cirujano; don Francisco Hernández Romero, D. Carlos Soldevilla y D. José Fernández Queipo, abogados. Al célebre poeta Francisco Sánchez Barbero, «abogado y se ocupa en dar lecciones de humanidades en las casas que le llaman», acusado por el presbítero Ibáñez de haberle visto comprar un ejemplar en la calle de la Gorguera, se le recogieron algunos libros prohibidos y una porción de cartas licenciosas de correspondencia con mujeres, y para entender en el examen y reconocimiento de las librerías de Quiroga y Cardeza y de los libros ocupados a otros reos «por si se hallaran entre ellos otras obras prohibidas o que fueran contra la Religión o el Estado», nombró el gobernador del Consejo a D. Francisco Sampere, catedrático de Salamanca, y al impresor D. Benito Cano (3).

Sucedió al obispo de Salamanca en el cargo de gobernador del Consejo el conde de Ezpeleta, el cual, en 13 de noviembre, remitió la causa al

(3) El día 8 de agosto se comunicaba a París: «Une femme qui n'est connue que sous le nom de la Luise avait vendu une contrefaçon des *Ruines*, par Volney, qu'elle est accusée d'avoir fait imprimer à Madrid. Elle, l'imprimeur et les autres coopérateurs sont en prison; 700 exemplaires ont été saisis et cette affaire a fait beaucoup de sensation même à la Cour. Cette femme est restée ici pendant la guerre en se disant espagnole, depuis la paix elle ne s'est point fait immatriculer sur les registres du Consulat...» Ministerio de Estado francés. Correspondencia de España, vol. 649, folios 147 y 148.

decano de la Sala de Alcaldes, marqués de Casa-García, para que la continuase en la forma prevenida a su compañero, D. Pedro Nicolás del Valle, y después de efectuadas algunas diligencias de careo entre los individuos presos conducentes a la determinación de diferentes extremos y contradicciones observadas en sus declaraciones, y hecho comparecer al canónigo D. Manuel de Uría, persona alejada hasta entonces de las diligencias practicadas, por recomendación expresa del excelentísimo señor Obispo, hecha al anterior alcalde instructor, confesando haber entregado al comisario de la Inquisición de Segovia los dos ejemplares de *Las Ruinas* que adquirió en la librería de la calle de la Gorguera, destinando uno de ellos para su amigo D. Benito Nóríega, maestro de pagos de su tío el obispo de Ciudad Rodrigo, la sumaria toca a su fin y se comienza a usar de menor rigor con los procesados. El 12 de diciembre se pone en libertad bajo caución a José Francisco Lorieri, y en el mismo día se permite a Baltasar Driguet la comunicación con su esposa dos veces a la semana. El 25 se les concede a los que no la tenían, «en consideración al presente tiempo de pascuas». El 8 de enero de 1798 se da por cárcel sus casas a Arquellada y Bernabé Fernández, y el 17 es Driguet puesto en libertad bajo fianza, que prestó el librero Domingo Alonso.

Estando convictos y confesos todos los reos y suficientemente aclarada la finalidad mercantil de la reimpresión, el marqués hacía observar al gobernador del Consejo, en 24 de diciembre, «que aunque se pase al plenario la sumaria de la reimpresión, nada más se adelantará sino clamores por las familias de los presos». Las altas esferas fueron del mismo parecer, y el 20 de enero le trasladaba Ezpeleta la Real orden siguiente: «Con fecha de 17 del corriente me ha comunicado el señor Príncipe de la Paz la Real orden que dice así: «Excmo. Sr.: El estado de la causa formada sobre la impresión clandestina de la obra francesa de Volney, intitulada *Les ruines ou méditation sur les révolutions des empires*, manifiesta bastantemente que se ejecutó aquélla por vía de una especulación mercantil, y que los sujetos que aconsejaron, aprobaron e intervinieron en la empresa fueron conducidos por un deseo inmoderado de lucrarse en su venta.—El rey ha considerado el asunto bajo este aspecto, no pudiéndose tampoco persuadir S. M. que cupiesen en los corazones de los sujetos complicados en él el torcido fin de querer propagar las ideas poco rectas y exactas de la obra, tanto más cuanto la pluralidad de ellos no se hallaba dotada de los conocimientos suficientes para discernirlas.—En atención a esto, a la larga prisión que han sufrido los que han podido ser habidos (y considera S. M. como una pena efectiva), a los perjuicios que se habrán seguido a otros que se hallaran fugitivos, ya que todo les debe servir de corrección, ha resuelto que se corte la causa en el estado en que se halla, que-mándose los libros aprehendidos, poniéndose en libertad a las personas a quienes se arrestó por su causa y amonestándose a aquellos en quienes se encontraron, que en lo sucesivo ni obtengan ni retengan por motivos algunas obras prohibidas o cuya impresión se hiciese contra lo dispuesto por

las leyes.—Y por cuanto el impresor que se hallaba confeso y convicto en el crimen de la impresión, en lugar de corresponder a la confianza que se hace de los que tienen tal ejercicio permitiéndoles un artefacto con el que faciliten la propagación de las luces imprimiendo lo útil y conveniente y de cuya lectura se siga la instrucción y provecho común (y esto llevando las obras las censuras y licencias correspondientes), ha dado lugar a toda la causa y consecuencias de ella, pues sin la anuencia y sin prestarse a la impresión no hubieran sucedido, agravando también en ello a los demás de su oficio y exponiendo la reputación común de él, ha determinado S. M. que se le imponga la multa de cincuenta mil maravedís, aplicada para los pobres de esa Real Cárcel de Corte, y se le destierre por dos años de estos reinos, esperando que esto le servirá de escarmiento y a otros de ejemplo para no descender a cometer un crimen que las leyes han castigado hasta con pena de muerte, de cuyo rigor no ha usado ahora S. M., ya por un efecto de su natural indulgencia, ya, finalmente, atendidas su prisión y demás consideraciones de los objetos llevados en la impresión, pero que tal vez si se repitiese el caso se vería en la dura necesidad de imponer.—Lo participo a V. E. todo de Real orden para su inteligencia y cumplimiento.»—Lo que participo a V. m. para su inteligencia y puntual cumplimiento, que deberá acreditar en autos por notificaciones y diligencias formales en términos de que siempre conste haberse obedecido en todas sus partes la expresada anterior resolución de S. M.»

Así terminó esta causa que tanto llamó la atención entre las gentes de letras, y en cumplimiento de la Real orden precedente el señor marqués de Casa-García puso en libertad el mismo día 20 a la Robiné, Quiroga, Trío, Arquellada, Fernández y Cardeza, y notificó en sus casas a Lorieri y Driquet que quedaban en absoluta libertad. En cuanto al impresor Julián López permaneció en la cárcel hasta el día 17 de febrero en que hizo efectiva la multa de 50.000 maravedís, o sean 1.470 reales y cuatro maravedís; pero hubo de volver a ella el 3 de diciembre, por no cumplir la segunda parte de la pena que se le había impuesto de dos años de destierro de estos reinos.

La quema de los libros ocupados a los reos dejada al arbitrio y prudencia del señor alcalde por el gobernador del Consejo con orden de que «se hará privadamente para no excitar la expectación y curiosidad pública», tuvo lugar el día 27 de marzo, a las ocho de la noche, en el horno de la tahona de Lorenzo Villar, calle de Mira el Sol, Huerta del Bayo, «a donde se hicieron conducir por medio de un carro en costales todos los libros declarados por prohibidos y se quemaron sin quedar alguno, cuya diligencia se terminó cerca de la una de dicha noche». Asistió a ella el señor alcalde con el escribano Francisco José Picayo, siendo reducidos a cenizas, además de los otros libros, 684 ejemplares de *Las Ruinas*, y siendo unos 735 los que salieron íntegros de la imprenta, debido a equivocaciones padecidas en la tirada de algunos pliegos, hallamos que fueron 51 los que se salvaron de la catástrofe, incluyendo en éstos los doce o trece que se encontraban en poder del librero Antonio del Castillo, declarado prófugo. Si a

esto se añade el que muchos tenedores de ejemplares se apresurarian a hacerlos desaparecer por temor a verse envueltos en el proceso, a nadie causará extrañeza la rareza del libro que examinamos.

No se dice en la Memoria cuál fué el origen por donde tuvo el señor gobernador noticia de la reimpresión de la obra. La Inquisición no debió ser ajena al asunto en sus mismos comienzos, pues aparte lo que dice Labene, consignado en una de las notas anteriores, en 9 de agosto se dirigía el decano de su Consejo, D. Manuel Gómez de Salazar, a D. Pedro Nicolás del Valle exponiendo «que su Tribunal necesitaba examinar, sobre cosas tocantes a su conocimiento en materias de nuestra Sagrada Religión, a José Martínez Cardeza, por mote el Peluquero, y pedía que se le franquease a dos secretarios del secreto, y cualesquiera otras personas que resultasen contestes; pero no tuvo efecto esta diligencia por haber respondido Valle «que procedía en virtud de orden expresa del señor obispo gobernador y con noticia de S. M.» Sin embargo, entre los papeles de la Suprema conservados en el Archivo Histórico no hemos encontrado nada relacionado con esta causa.

F. GIL AYUSO

*Archivo Histórico Nacional, Sección
de Consejos suprimidos.*

VARIEDADES

EL «*AVOIR UNE MAISON...*», de Chr. Plantin, y EL «*VITAM QUAE FACIANT BEATIOREM...*», de Marcial

Hace mucho que tenía el propósito formado de trazar unas líneas acerca del interesante opúsculo del doctor Maurice Sabbe, aparecido en 1928, sobre el famoso soneto de Christophe Plantin (1520-1589), titulado *Le bonheur de ce monde* (1). El tiempo, lleno de quehaceres, que impiden o por lo menos retardan la realización de los más gustosos proyectos, me había privado hasta ahora de dar forma a mi deseo. Aprovecho la ocasión que se me brinda hoy de indicar a los lectores las observaciones que me ha sugerido la lectura de *Le sonnet de Plantin*.

Dos son los poemitas que con el mismo tema se ha hecho pasar como obra del architipógrafo regio. Convendrá publicar ambos textos para que el lector los tenga a la vista y pueda comprobar los detalles pertinentes. El primero lleva por título *Le bonheur de ce monde*; el segundo se conoce generalmente con el de *Sonnet de l'Epicurien*:

LE BONHEUR DE CE MONDE

Avoir une maison commode, propre et belle,
un jardin tapisée d'espaliers odorans,
des fruits, d'excellent vin, peu de train, peu d'enfans,
posseder seul, sans bruit, une femme fidèle.

N'avoir dettes, amour, ni procès, ni querelles,
ni de partage a faire avecque ses parens,
se contenter de peu, n'esperer rien des grands,
règler tous ses dessins sur un juste modèle.

Vivre avecque franchise et sans ambition,
s'adonner sans scrupule a la dévotion,
domter ses passions, les rendre obéissantes.

Conserver l'esprit libre, et le jugement fort,
dire son chapelet en cultivant ses entes,
c'est attendre chez soi bien doucement la mort.

(1) Maurice Sabbe: *Le sonnet de Plantin*. Anvers, L. Opdebeek, editeur, 1928. En 16.º, 23 págs. con varios grabados.

SONNET DE L'EPICURIEN

Avoir peu de parens, moins de train que de rente,
et chercher en tout temps l'honneste volupté,
contenter ses désirs, maintenir sa santé,
et l'âme de procès et de vices exempte.

A rien d'ambitieux ne mettre son attente;
voir ceux de sa maison en quelque autorité,
mais sans besoin d'appuy, garder sa liberté,
de peur de s'engager à rien qui me contente.

Les jardins, les tableaux, la musique, les vers,
une table fort libre et de peu de couverts,
avoir bien plus d'amour pour soy que pour sa dame.

Estre estimé du Prince et le voir rarement,
beaucoup d'honneur sans peine et peu d'enfants sans femme
font attendre à Paris la mort fort doucement.

Para evitar repeticiones designaremos en lo sucesivo con la letra *A* el primero de estos sonetos, y con la *B* el segundo.

La fecha más antigua señalada para *A* es la de 1579 (?), año en que probablemente se imprimió una hoja volante conservada hoy en el Museo Plantin-Moretus. El ejemplar carece de fecha; pero un detallado estudio de tipos y características, comparándolo con otro papel de fecha cierta, permiten a Sabbe suponer esa cronología. El soneto aparece anónimo.

También se encuentra sin indicación de autor en un florilegio francés, que, con el título de *Portefeuille de Monsieur L. D. F.*, vió la luz pública en el año 1694.

Cuando en 1890 publicó Max Rooses, en Lisboa, su opusculito de *Rîmes*, de Plantin (2), incluyó *A* tomándolo de las citadas hojas sueltas. De ellas se ha venido reimprimiendo en las prensas del Museo, y apenas habrá un visitante de Amberes que no conserve, como curiosidad y recuerdo de turista, un ejemplar. El que yo poseo, en 4.º, no lleva indicación de año.

Atribuyóse también este soneto *A* a Mr. de Saint Evremond, por haberse incluido en alguna edición de sus poesías. Mas precisamente en la impresión amstelodamense de 1706, se declara de una manera terminante que la obra le es ajena.

En efecto, dicha colección consta de siete volúmenes, los cinco originales (3) y los otros dos de obras falsamente atribuidas, que llevan este título: *Mélange curieux des meilleurs pièces attribués à M. de Saint Evremond, et de plusieurs autres ouvrages rares ou nouveaux*. «Puisque Des-

(2) *Rîmes de Plantin* (publicadas por Max Rooses). Lisboa, 1890.

(3) *Oeuvres mêlées de Mr. Saint Evremond*. Edición P. Dumortier. Amsterdam, 1706.

Maizeaux l'a inséré dans cette partie, on peut conclure qu'il n'est pas l'oeuvre de M. de Saint Evremond», deduce Sabbe.

Y deduce esto porque la edición Des-Maizeaux esta hecha sobre ejemplares impresos, en los cuales Mr. de Saint Evremond iba señalando lo que era suyo o lo que no le pertenecía.

Después de la edición Rooses ha sido reimpresso el soneto *A* en la preciosa edición de bibliófilo, que, en excelente papel de Holanda, ha dado a estampa Sabbe, con un magnífico estudio en Anvers, 1922 (4), a expensas del Musée Plantin-Moretus.

El Museo Plantin-Moretus ha continuado reimprimiendo este soneto en hojas sueltas hasta nuestros días, y ellas constituyen lo que podríamos llamar un *Souvenir d'Anvers*.

Publicóse el soneto *B* en la colección titulada *Recueil de Sercy*, dándose como obra del poeta francés Vauquelin des Yveteaux (1653, pág. 63), y con su nombre ha sido inserto en numerosos libros, entre ellos en las *Oeuvres poétiques de des Yveteaux*, coleccionadas e impresas por Próspero Blanchamain en 1854. El soneto retrata de tal modo la fisonomía espiritual de des Yveteaux, que basta tener ojos en la cara para comprender que ningún otro poeta francés de la época podría escribirlo más que este simpático y epicúreo preceptor del Delfín (Luis XIII), cuya vida estrafalaria culminó en sus últimos instantes cuando hizo que su mujer —mientras él estaba en la agonía— tocase una alegre zarabanda en el arpa, «para pasar el tránsito más dulcemente».

Ha contribuido sobremanera a popularizar el soneto *B* el hecho de que figure en el artículo correspondiente a *des Yveteaux*, en la *Bibliographie Universelle* de L. G. Michaud (1814), tomo XI, pág. 247, y en el conocidísimo *Grand Dictionnaire Universelle*, de Larousse (1876, tomo XV, artículo *Vauquelin*).

Hasta aquí no hubo confusión entre ambos textos. Pero en 1894, Mr. Paul Hervieu, en un folletón de *Le Journal de Paris*, titulado *Notes de Route* (10 de octubre de 1894), describe el Museo Plantin-Moretus, y asegura que ha visto allí «le sonnet de Plantin, très authentiquement autographe (?) et date par lui». Asegura además que el poemita plantiniano era conocido en la literatura francesa por el título de *Le sonnet de l'Epicurien*, pero atribuido a Nicolás Vauquelin des Yveteaux. ¡Grosera confusión, por cierto, la de Mr. Paul Hervieu! Claro está que, ante este desconocimiento, Mr. Sabbe le clava certeramente un dardo finamente irónico: «Nous ne comprenons pas cette erreur, car un manuscrit de ce genre était et est encore inconnu au Musée Anversois» (5).

La pseudoidentificación hubo de echar, sin embargo, hondas raíces. Poco a poco los no escrupulosos llegaron tan a compenetrarse con esta afirmación de Hervieu, que los periódicos franceses, cuando se celebró en el año 1920 el centenario cuarto del nacimiento del poeta, publicaron, asociándolo al nombre de Plantin, el soneto de des Yveteaux. Mr. André

(4) *Rimes de Christophe Plantin. Deuxième édition*. Anvers. Édition du Musée Plantin-Moretus, 1922. Tirage de 450 exemplaires sur divers papiers. (El ejemplar que poseo es de la tirada en papel de Holanda.)

(5) *Le sonnet de Plantin*, pág. 10.

Billy, en *L'Oeuvre* (Agosto, 1920), dijo que daba a conocer el poemita: «confiant en l'érudition des libraires d'Anvers et autres villes belges, qui vendent comme étant l'oeuvre de Plantin le sonnet intitulé *Le Bonheur de ce monde*» (6).

La confusión de Mr. Billy se explica fácilmente teniendo en cuenta las semejanzas entre uno y otro texto. «En presence d'une telle similitude on pense cepedant involontairement à de l'imitation et ainsi en est arrivé à considérer le sonnet de Vauquelin des Yveteaux comme une imitation du sonnet édité à Anvers», asegura Sabbe (7).

Las fechas biográficas (Vauquelin, 1567?-1649; Plantin, 1520-1589) dan la razón a Sabbe. Pero... ¿hubo forzosamente Vauquelin de inspirarse en Plantin, o pudo tener como fuente otro original? Probablemente fué esto último lo ocurrido. No son los sonetos citados las únicas composiciones a este tema dedicadas en la literatura francesa: Masson y Mongredien han reunido algunos textos semejantes en un curioso artículo de la *Revue critique des Idées et des livres* (8). Exhuman composiciones de Agrippa d'Aubigné, de Charles Quinel, de Des Barreaux... ¿Forzosamente leyeron éstos el original plantiniano? Sabbe apunta la idea de que todos ellos «présentent de frappantes ressemblances avec l'épigramme X, 47 de Martial» y acaba preguntándose: «¿Cette épigramme serait-elle peut être la source commune de l'inspiration des Des Yveteaux et de Plantin?» (9).

Mr. Sabbe no se atreve a resolver la cuestión. Deja esa interrogante para que cada lector, en presencia de los datos aportados, juzgue como crea más conveniente.

En realidad esta nota crítica debía acabar aquí. Pero el cogerme con algunas observaciones emborronadas ya, hace que me atreva continuar por mi cuenta y las exponga con la mayor brevedad posible. Mr. Sabbe ha llamado la atención sobre el epigrama 47 del libro X de Marcial. Hagamos algunas consideraciones sobre él y analicemos —siquiera sea someramente— sus contactos con el debatido soneto plantiniano.

El epigrama dice así:

- Vitam quae faciant beatiolem,
Iucundissime Martialis, haec sunt:
3 Res non parta labore, sed relictæ;
Non ingratus ager, focus perennis;
Lis nunquam, toga rara, mens quieta;
6 Vires ingenuae, salubre corpus;
Prudens simplicitas, pares amici;
Convictus facilis, sine arte mensa;
9 Nox non ebria, sed soluta curis;
Non tristis torus, et tamen pudicus;
Somnus, qui faciat breves tenebras:
12 Quod sis, esse velis nihilque malis;
Summun nec metuas diem nec optes.

(6) *Le sonnet de Plantin*, pág. 8.

(7) *Idem*, *id.*, pág. 11.

(8) Tomo XXIX, núm. 172.

(9) *Le sonnet de Plantin*, pág. 15.

Muchos han creído —tal vez por una lectura deficiente— que el Marcial a quien aquí se alude es el propio autor. En algunas ediciones —luego lo veremos— se ha dado por título a esta composición el de *Martial ad se ipsum*. Nada más distante de lo cierto, sin embargo. Trátase de Iulius Martialis, citado por Tacito como partidario de Othon (*Hist.* I, 28 y 82) y al cual se refiere el autor de los *Xenia* en diferentes ocasiones más, describiendo los espléndidos jardines de su señorial mansión (Lib. IV, epigrama LXIV) o haciendo otras diversas referencias a su persona (L. V, 20; VI, 1; VII, 17). No debe confundírsele tampoco con Gargilius Martialis, a quien Vopisco y Lampridio citan como historiador, aunque de su obra escrita sólo han llegado a nosotros algunos fragmentos de agronomía. Era un adinerado amigo de Marco Valerio.

Esta vida serena, tranquila y alegre, sin que excluya la alegría a la actividad y corriendo parejas la templanza con el placer, cualidades ambas, las últimas tan difíciles de unirse; es todo un compendio de lo que Marcial hubiera querido que fuese —precisamente porque no *era*— la vida romana de su ambiente.

Marcial no atiende, sin embargo, más que a la parte material de la vida: herencia, cargos, amigos, mesa, cama. La parte del espíritu apenas apunta en la indiferencia ante la muerte:

...quod sis, esse velis, nihilque malis;
summum nec metuas diem, nec optes.

que le lleva a esperar el último trance «sin temor y sin impaciencia». No se nos revela en los dos versos finales la preocupación de la muerte o la serenidad ante ella. Indiferencia es decir ni deseo ni temor. El problema del «más allá» estaba circunscrito para Marcial a esta indiferencia que se lograba mediante esa especie de «dolce far niente» en las *cosas* del espíritu que aparenta desdeñar. Y nada de intervención divina. Nada de dioses. Lares y Penates quedaron olvidados: el elemento sobrenatural estaba ausente. Eso es, precisamente, lo que diferencia el epigrama marcialino del soneto plantiniano.

¿Por qué daba, para qué daba Marcial esta norma de vida? ¿Era simplemente un consejo a su amigo y homónimo? A mi manera de ver, el poema latino es originado por la reacción natural de un espíritu elegante y equilibrado, como el de Marco Valerio, en presencia de los señores romanos que, gozando de grandes riquezas, ni sabían utilizarlas ni salían de una vida misérrima y exenta de goces, como la que tan duramente fustiga en el epigrama LXVI del libro IV, en la persona de Lino.

AD LINUM

Egisti vitam semper, Line, municipalem,
Qua nihil omnino vilius esse potest.
Idibus et raris togula est excussa kalendis

Duxit et aestates synthesis una decem,
Saltus aprum, campus leporem tibi misit inemptum,
Sylva graves turdos exagitata dedit
Captus flumineo venit de gurgite piscis;
Vina ruber fudit non peregrina cadus.
Nec tener Argolica missus de gente minister,
Sed stetit inculti rustica turba foci.
Villica vel duri compressa est nupta coloni,
Incaluit quoties saucia vena mero.
Nec nocuit tectis ignis, nec Sirius agris;
Nec mersa est pelago, nec fuit ulla ratis.
Subposita est blando nunquam tibi tessera talo,
Alea sed parcae sola fuere nuces.
Dic, ubi sit decies, mater quod avara reliquit.
Nusquam est: fecisti rem, Line, difficilem.

Obsérvese toda la acre ironía, la acerada sátira que va contenida en este epigrama aparentemente censurador del particular Lino, pero en realidad fustigador de toda una clase social, la alta burguesía, avara, codiciosa y de basto espíritu. Esa *vitam municipalem*, precursora de la que luego confundió Ruben con el tonante rayo de su epíteto al vulgo «municipal y espeso», es la más opuesta al «curriculum» tranquilo, elegante y —usemos el galicismo— confortable, que va descrita en el X, 47.

Sería inútil —y recargaría excesivamente esta nota bibliográfica— dar aquí los textos de las distintas versiones castellanas del epigrama X, 47. Sólo voy a permitirme transcribir alguna que otra que presenten interés o curiosidad. En general se distinguen por las ampliaciones que presentan al texto primitivo a veces tan frecuentes que hacen doblar el número de versos.

Dije anteriormente que no faltaba quien había supuesto que el Marcial de la dedicatoria era el propio autor; así pasó a algunos compiladores del siglo XVI y sin duda alguna de ellos lo tomó el ingenioso extremeño Joaquín Romero de Cepeda, natural de Badajoz, poeta del último tercio de la décima sexta centuria, el cual se cree en el caso de apropiarse «ad se ipsum» el nombre, y vierte el poemita así:

Lo que a la vida haze más contenta
[*Segura y agradable*] (mi Romero)
Es hazienda eredada, no adquirida
Ni con trabajo propio procurada
[*No ser ingrato*] el campo, [*ni el cortijo*]
Que su fruto nos de, abundantemente
Un pacífico fuego, y perdurable
[*Do no falte el cabrito y la ternera*]
Pleytos nunca, [*que son de grande estorno*]
El público mandar, muy pocas vezes
[*Que las menos se haze como deue*]

Y justisia no aplaze al vulgo indocto]
Animo sosegado [*y recogido*]
Grâdes fuerças, el cuerpo libre y sano
Simplicidad sagaz, ygal amigo
En el trato agradable [*no molesto*]
La mesa no [*con arte, ni*] compuesta
[*Que con poco, natura se contenta*]
[*Y adonde quiera agrada si ay desseo*]
La noche no sea ebria [*más templada*]
Y libre de cuydados [*y negocios*]
[*El cerebro quieto, no cargado*]
No triste y sola cama, mas honesta
[*De la muger y hijos rodeada*]
El sueño moderado, [*no profundo*]
[*De suerte*] que parezca corta noche
Dessea ser lo que eras, más no pidas
[*Contento con tu estado viue alegre*]
No temas el morir, ni lo dessees (10).

He encerrado [entre corchetes] las frases que aumenta Cepeda al original. Como se ve superan casi al texto, pero nunca añadiendo nada variante, distinto: todo es ampliación, desarrollo de una idea condensada en el original. El autor se identifica con el *Martialis* hasta el punto de intercalar mi «Romero»; bien es verdad que titula el epigrama «ad se ipsum». La inspiración poética está ausente.

Prescindiendo de otras muchas traducciones impresas, quiero referirme aquí ahora solamente a dos, ambas manuscritas e inéditas. La primera dice así:

Las cosas que nos pueden dar la vida
[*en este mundo*] alegre [*y descansada*]
Yo las diré, quien quiera a Dios las pida.
[*Moderada*] hacienda, no ganada
con trabajos [*ni cargos de conciencia*]
más de padres y abuelos] heredada.
Heredades que acudan sin falencia
[*con vino pan y fruta, y tanta leña*]
que tenga siempre el fuego suficiencia.
[*No fea, más graciosa y casta dueña*].
Vino que no emborrache [*más contente*]
y sueño que la noche haga pequeña.
Pleito ninguno y ánimo inocente;
hidalgas fuerzas, cuerpo entero y sano;
[*poca, más bien tratada y buena gente*].
Mesa sin arte [*y el comer temprano*]

(10) *Obras de Ioachim Romero de Cepeda, natural de Badajoz*. Sevilla, Andrea Pesciori, 1582. En 4.º

*raro vestir,] iguales amistades
[y saber conservar el trato humano].*

*No buscar grandes cortes ni ciudades
donde se vive con engaño y arte
y son muy ordinarias las maldades.*

*Mas pueblo chico y puesto en buena parte
de fértil suelo y cielo bien templado
de gente conversable y que no harte].*

Vivir contento siempre de su estado
dignidad popular no procuralla
[servir a Dios alegre y descansado,]
la muerte, ni temella ni buscalla (11).

Debemos esta traducción —interesante por el detalle que luego se verá— al doctor D. Francisco del Rosal, erudito cordobés cuyas obras filológicas y fragmentos históricos no ha tenido la fortuna de que se impriman. Es de fines del siglo XVI, pues el original de donde la hemos copiado tiene fechadas las licencias en 1601. La segunda de las versiones —manuscrita, anónima e inédita— se nos ha conservado con algunos otros textos en un curioso volumen de la Biblioteca Nacional de Madrid. A mi manera de ver es —aunque un poco dura de versos— la traducción más fiel, más ceñida y más respetuosa con el texto original. Por ello es únicamente por lo que me atrevo a transcribirla:

Marcial bienaventurada
hacen la vida presente
una hacienda competente,
sin trabajo y heredada.
No ingrata heredad, y el fuego
bastante, sin pleito alguno,
pocos cargos o ninguno,
el ánimo con sosiego.
Fuerzas nobles, cuerpo sano,
prudente simplicidad,
amigos con ygualdad
trato fácil, manjar llano.
No ebria pero dispuesta
entre vino moderado
noche, que alibie el cuydado
cama alegre, pero honesta,
sueño lo que satisfaga
al descanso, y alegría,
y que anticipando al día
brebes las tinieblas haga.

(11) Hállase en las páginas del *Origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana*, obra inédita del Dr. Francisco de El Rosal. Biblioteca Nacional de Madrid, *Departamento de Manuscritos*, sig. 6.929.

Vivir contento en su suerte
sin embidia del mayor,
de la muerte sin temor,
sin deseo de la muerte (12).

Si este último texto publicado ofrece el interés de ser el que con mayor precisión se ajusta al poemita marcialino; si la traducción de Romero de Cepeda es curiosa por la identificación Marcial-Romero, *ad se ipsum*, hay un interesante extremo en la de Rosal que casi obliga a insertarla aquí. Precisamente por ser del siglo xvi, es decir, casi contemporánea a Plantino, es por lo que el dato que voy a entresacar presenta un mayor valor.

Dije en líneas anteriores que el problema del «más allá» estaba circunscrito para Marcial a la indiferencia que se lograba mediante esa especie de *dolce far niente* en las cosas del espíritu que aparentaba desdenar. Y nada de intervención divina. Lares y penates quedaron olvidados: el elemento sobrenatural, el elemento divino, estaba ausente.

Para buscar un antecedente de *Le bonheur de ce monde* en el *Vita quae faciant beatioorem*, teníamos un obstáculo, reflejado en los versos impregnados de fe religiosa:

s'adonner sans scrupule à la dévotion

.....
Dire son chapelet en cultivant ses entes

¿Pudo pasar el reflejo marcialino a la composición plantiniana, «a pesar» de estos dos versos y de carecer de invocación alguna a deidad, el original? Sí. La traducción de Rosal nos permite asegurarlo, puesto que él mismo lo hace en el verso «servir a Dios alegre y descansado», que para nada aparece en el *Epigr.* X, 47. Plantino, pues, tampoco debió de tener gran escrúpulo para permitirse algunas adicciones o sustracciones ideológicas al texto puro de Marcial. Hay que tener en cuenta que, más o menos alterado en cuanto a la forma, pero siempre con un fondo de *directorium vitae* durante toda la Edad Media, circularon algunas inscripciones fijas en conventos medievales, cuyos términos comprendían —¡cómo no!— también la dirección celestial. Ello pudo influir en el espíritu de quienes, como Cristóbal Plantino, trazaron esos breves códigos de vida honesta. Véase uno de muestra:

Vita honesta,
Domus quieta,
Facultas certa,
Dona celestia.

(12) Traducción anónima contenida en un manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional de Madrid, letra del siglo xvi, *Departamento de Manuscritos*, sig. 3.911, folio 135.

encontrado a principios del siglo xvii entre las ruinas de algunas edificaciones cerca de Nuestra Señora de Perdogao, en Portugal, según testifica Leitao de Andrada (13).

Concretando, pues, el fruto de estas observaciones, me atrevería a sostener que le *Le bonheur de ce monde* no es ni más ni menos que una traducción un poco libre del *Epigr.* X, 47, despojando así a Chistophe Plantin de la paternidad ideológica, aunque admirando siempre en el poemita plantiniano la justeza y magnífica sencillez con que supo revestir los pensamientos del ingenio romano.

En cuanto a la «fortuna» del soneto, en España, poco puedo indicar aquí. En un cancionerillo del siglo xvi, que me pertenece —fechado en 1598—, se contiene el siguiente *Sonetto de Diego de mendoça*, que transcribo con su ortografía propia:

Aquel que vna gran cassa a disfruttado
con un jardín en medio puesto della
con fructos y con vinos regalado
i una muger onesta pura y bella.

Aquel que nunca en grandes a conffiado
que no tiene ni processos ni querellas
y que biue con poco reposado
sin qu'en el las passiones hagan mella.

Quien cultiva sus guertas y sus flores
sin tener enemigos ni disgusto
ni fiar de ambitiones engañosas
aquel ssera el mejor de los mejores
aquel es propriamente el uaron justo
que lo demas son todo vanas cossas (14).

Como se vé, el soneto precedente, si no una traducción literal, denota al menos una extraordinaria influencia del poemita de Plantino.

Otra versión, que no he podido ver, y que me aseguran ser magnífica, es la hecha por el profesor Dr. Andrés Ovejero y Bustamante (15), la cual

(13) Miguel Leitao d'Andrada: *Miscelanea do sitio da Nossa Senhora da Luz do Perdogao*, Lisboa, 1626, folio 14: «E cudo foi aqui onde se acharao huas letras muito antigas, insculpidas em hua pedra, que pareciao ficar de tempo de gentios, q mal se podia ler de gastadas, que diziao assi:

Vita honesta.
Domus quieta.
Facultas certa.
Dona clestia.

Vida honesta.
Casa quieta.
Comida certa.
Does que o Ceo deita.»

(14) Consérvase en un cancionerillo del siglo xvi de mi propiedad, cuyo título es: *Miscelania / de variedades / iuntadas / por Hyeronimo de Larra / qui / en Ma / drid. A- / ño de / 1598*. En 16.º, 136 folios; pero a partir del 90, en blanco. El soneto está al folio 45 vuelto.

(15) Me ha comunicado la noticia mi dilecto amigo el culto publicista y catedrático de las Universidades de Gante y Lieja (Bélgica), profesor Ricardo Aznar Casanova. Presumo que se halla impreso en un rarísimo tomito de *Poesias* del profesor Ovejero, que muy contadas personas han tenido la fortuna de ver.

no ha visto la luz pública. Hace algún tiempo yo puse en tercetos la composición del tipógrafo anversés (16).

* * *

Estas son las notas que me ha sugerido la lectura del interesante, documentado y bien escrito opúsculo de mi docto amigo y colaborador el director del Museo Plantin-Moretus, Mr. Maurice-Sabbe, a quien desde aquí envío una efusiva felicitación por su excelente obrita.

ANTONIO R. RODRÍGUEZ MOÑINO



El idioma como elemento satírico en la literatura tonadillesca

Frecuentes son en la literatura tonadillesca del siglo XVIII, especialmente cuando ésta abandonó su fase inicial y cultivó la sátira mordaz, aquellas obras donde la Gramática y la Retórica entran en juego, ya para explicar caprichosamente ciertos conceptos, ya para presentar otros con intención metafórica. Y todo ello tiene un interés manifiesto como reflejo de costumbres de la segunda mitad del siglo XVIII.

Porque la tonadilla escénica —conviene repetirlo una vez más— es una inagotable cantera de elementos útiles, no sólo para el músico, sino para el literato, el folklorista y el historiador.

Hablaremos aquí de varias tonadillas a solo, cuyo interés bajo aquel aspecto es indiscutible.

La titulada *La escuela del interés* no consigna el nombre del autor ni el año en que se la produjo. Como declara su entable, tenía por objeto describir a los amantes la escuela del amor. Y al punto advirtió que quienes mayor fruto cosecharon en esa escuela eran las mujeres,

«pues son en el día
tan sabias y expertas,
que al hombre más listo
le pasan de letras».

Tras el referido preámbulo comienzan las «coplas», rematadas con «boleras». Dicen así:

«En esta escuela famosa
es el pasante el amor;

(16) Pronto verá la luz pública en un volumen de poesías —*El horizonte lejano*—, que no tardará en darse a la estampa.

los libros son los doblones,
y el engaño, la lección.

A dos letras reducido
todo su estudio se ve:
la P para las mujeres,
para los hombres la D.

En su gramática parda,
si quisieren conjugar
los hombres el «amo, amas»,
han de aprender el «do, das».

Pues la escuela de amores
tiene de usado,
en vez de entrar pidiendo
que se entre dando;
porque sus letras
entran con los azotes
de las monedas.

La Retórica las hembras
siempre deben estudiar,
que aquí las buenas figuras
tienen el primer lugar.

El que Lógica estudiare
para argüir con perfección,
ponga en «dari» el argumento
si es con mujer la cuestión.

A ser filósofo nadie
debe tener afición,
que está la Filosofía
reñida con el amor.

En lo mismo que enseño
demuestro claro
del amor las maldades
y los engaños.»

* * *

El compositor Isidro Laporta puso música a la tonadilla *El nuevo Diccionario*, cantada por Mariana Márquez en 1795.

En el entable se declaraba que existía un nuevo Diccionario de la moda. El desenfado de algunas estrofas puede parecer inexplicable en nuestros días; pero refleja costumbres reinantes a la sazón en el Madrid de las postrimerías del siglo XVIII. He aquí las «coplas y boleras» de *El nuevo Diccionario*:

«La moda en nuestro idioma
aun los verbos ha trocado,
pues por decir «ya lo entiendo»,
dicen «ya estoy orientado».

Aun los hombres de más juicio,
a una suegra fiera y brava,
por seguir la nueva moda
«madre política» llaman.

Por sólo un raro capricho,
contra todo Diccionario,
a un cuñado, aunque sea un bestia,
llaman «político hermano».

¿Qué os parece, señores?
¿No es esto fijo,
y que hablar de este modo
es claro vicio?

Voy prosiguiendo,
que en las siguientes coplas
lo iremos viendo.

Cuando alguno está purgando
las delicias de Cupido,
se echó de moda decir
que padece «romatismo».

Para dar prolijamente
una razón de un pasaje,
dicen en el nuevo idioma
que «se hará de él un detalle».

Por paridad de razón
sujeta a este nuevo estilo,
debe llamarse al cortejo
un «político marido».

* * *

Algo anterior a esta tonadilla es otra, sin expresión del año en que se la compuso, que se titula *El mal uso del idioma*. La puso música el famoso maestro D. Pablo Esteve —artista que durante bastantes años desempeñó el puesto de «compositor de compañía» en los coliseos madrileños—, y la cantó «La Lorencita», es decir, Lorenza Correa, cantante cuya carrera teatral se inició en Madrid, donde al punto se destaca esta intérprete como tonadillera famosa, y transcurridos algunos años se despliega triunfalmente en las principales escenas de ópera, tanto francesas como italianas.

El entable de *El mal uso del idioma* declara lo que aquí reproducimos:

«Hablan la lengua española
algunas gentes tan mal,
que el sentido de lo que hablan
suelen siempre trastornar.

Y esto que yo digo
es cosa entendida,

tanto en los palurdos
como en los usías;
puesto que aunque estudian
todos la cartilla,
no todos se imponen
en la ortografía.

Y por si lo dudan
el juicio aperciban,
que a manifestarlo
van estas coplitas.»

Tras este preámbulo seguían las «coplas y boleras» con sujeción al plan morfológico que se había entronizado poco tiempo antes, cuando la tonadilla escénica había alcanzado su plenitud precursora de una decadencia inevitable. La cantante se expresaba ahora así:

«Dice un noble que su sangre
es de limpieza dechado,
y un cirujano, con hierbas,
se la está purificando.

Dice una usía del tiempo
que es mujer de muchas prendas,
y si tuvo la del juicio,
no sabe qué ha hecho de ella.

Dice un alcalde palurdo:
«Yo sé, para usar la vara,
dónde me aprieta el calzado...»,
y siempre ha calzado abarcas.

Este es el modo
con que las gentes,
por ignorancia,
hablan a veces;
porque lo que hablan
pocos entienden,
y del idioma
las voces tuercen.

Pero a esto dicen varios,
con juicio libre,
que el quitar los abusos
es imposible.

Yo lo confieso,
pero, no obstante, sigo
con mi argumento.»

Tras estas estrofas se repetía la música de las «coplas», con la siguiente letra:

«Dice algún marquesito
que es hombre de mucha forma,

y ni forma ni materia
suele tener su persona.

Dice una suegra a su nuera:
«Ya te tengo yo entre dientes»,
y suele tener la boca
como el bolsillo un cadete.

Dice que es mujer de punto
una madama de moda,
y en la cartilla del mundo
todos la tienen por coma.

Este es el modo, etc.

.....

Pero dejarlo quiero,
que en tales casos
predicar en desierto
es excusado.

Y así concluyo
con unas seguidillas
sobre otro asunto...»

Podríamos presentar a nuestros lectores otras variadas muestras del mismo jaez, pero para nuestro intento consideramos suficientes las de las tres obras citadas en este artículo.

JOSÉ SUBIRÁ



El retablo mayor de la iglesia de Colmenar Viejo

Con el título de «Una excursión a Colmenar Viejo» publicó el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* (año 1918, tomo XXVI) un artículo, firmado por el presbítero D. Diosdado García Rojo, acerca del hermoso retablo mayor que tiene la iglesia parroquial de esa antigua y populosa villa, asentada en las vertientes meridionales de la Sierra de Guadarrama.

Como no he tenido ocasión de examinar esa interesante obra artística me atenderé a los preciosos datos que nos ofreció ese distinguido sacerdote, unidos a las fotografías que ilustran su interesante trabajo.

El retablo mencionado es de estilo plateresco, con relieves, grandes tableros pintados y figuras aisladas. Se compone de tres planos verticales unidos entre sí y respaldados sobre el ábside quebrado de la capilla mayor, adaptándose a la forma de ésta. Horizontalmente consta de basamento, tres cuerpos, dórico el primero y jónicos los restantes, y coronamiento. En los planos verticales aparecen trece *calles*, cuatro de las cuales están formadas por tableros de pintura y las restantes por figuras y escenas de escul-

tura, separadas por columnas, con adornos de brutescos en la parte superior y tercio inferior, disposición empleada en el segundo y tercer cuarto del siglo xvi principalmente y durante una fase del plateresco desarrollada en estos períodos, según se observa en buen número de retablos toledanos correspondientes a estas fechas, y acerca de los cuales trataré circunstanciadamente en una obra que preparo, dedicada precisamente al *Estudio y evolución del retablo durante el siglo XVI en Toledo*.

Examinaré las partes del retablo de Colmenar Viejo:

BASAMENTO.—Varios tableros en hermosos relieves representando *San Agustín y San Ambrosio, Los desposorios de San Joaquín y Santa Ana, San Mateo y San Lucas, San Marcos y San Juan, Nacimiento de la Virgen, San Gregorio y San Jerónimo* y otros santos.

PRIMER CUERPO.—Cuatro apóstoles, y a sus lados, de derecha a izquierda, *San Francisco, San Agustín, San Benito y Santo Domingo*. En el centro un magnífico *Sagrario*.

SEGUNDO CUERPO.—Otros cuatro apóstoles, y a sus lados *San Antón, Santa Catalina* y otros dos santos. En la calle central *La Resurrección del Señor*.

TERCER CUERPO.—Otros tantos apóstoles, y a un lado y otro *Los padres de la Iglesia occidental*. En el centro *La Anunciación de la Virgen*.

CORONAMIENTO.—Un calvario. *Jesucristo con la Virgen y San Juan, el discípulo amado*.

PINTURAS.—Los lienzos de pintura están situados en los planos extremos del retablo, dos en cada cuerpo, y representan *La Anunciación, Visitación, Nacimiento, Presentación, Adoración y Jesús entre los doctores*.

SAGRARIO.—Es una pieza principal por su primorosa construcción, obra esencialmente escultórica. En las puertas que le cierran aparecen exteriormente cuatro bajorrelieves, representando *La aparición a María Magdalena, La aparición a los apóstoles en el cenáculo, La Ascensión y La venida del Espíritu Santo*. Ambas hojas, por el interior, aparecen pintadas con diez y seis composiciones, desarrolladas en cuatro cuadros centrales y doce en medio y a los extremos de los anteriores.

Los cuatro centrales: *La Pascua israelita, El maná, Abraham y Melquisedec y Los exploradores de la tierra de promisión*.

Los doce restantes: *El sacrificio de Isaac, Tobías y el pez, Sueño de Jacob, Lucha con el ángel, La zarza ardiendo, La serpiente de metal, Dios y Moisés en el Sinaí, Entrega al pueblo de las Tablas de la Ley, La presentación de Moisés a Faraón, Paso del Mar Rojo, El sacrificio de Elias y David delante del arca*.

Tales son los principales elementos escultóricos y pictóricos del retablo mayor de Colmenar Viejo. El examen de las fotografías que acompañan al trabajo del Sr. García Rojo permite afirmar que se trata de una magnífica obra del arte cristiano, ejecutada en el tercer cuarto del espléndido siglo xvi; obra delicada y elegante, tanto por su disposición arquitectónica como por la perfección con que están ejecutadas sus esculturas y pinturas.

Los datos relacionados con los autores de esta obra se concretan a indicar que el famoso pintor Alonso Sánchez Coello y el pintor Diego de Urbina, por escritura de concierto de 24 de marzo de 1574, otorgada ante

el escribano de Madrid Cristóbal Riaño, pidieron el pago de esta obra que pintaron para la iglesia de Colmenar Viejo. Y que con fecha de 31 de marzo de 1583 Alonso Sánchez Coello y Hernando de Avila dan su poder a Santos Pedat, también pintor, para cobrar del cura de esa villa todos los maravedís que les deben por la obra del retablo que están haciendo para su iglesia, y en cuenta de lo que hayan de haber por aquélla.

Existe entre ambos documentos contradicción manifiesta, como escribió García Rojo, «pues en el primero se afirma ser el retablo hechura de Sánchez Coello y de Urbina, que lo tenían terminado en 1574, mientras que en el segundo se atribuye la misma obra a Sánchez Coello con Hernando de Avila, quienes en 1583 no han terminado aún su trabajo».

Respecto a la obra de ensamblaje, talla y escultura de este retablo, ninguna noticia encontró el mencionado presbítero. Sin embargo, «conjeturas bastante probables —escribió— nos llevan a suponer sea éste Francisco Siralte, escultor de gran fama en aquella época».

¿Quiénes son, pues, los autores de tan interesantísimo retablo, tanto en el aspecto de su ensamblaje, talla y escultura, como en el de sus pintura, dorado y estofado? ¿A qué escuela pertenecen?

Resolvamos estas interrogantes, ya que en el estudio referido más confunden que esclarecen los documentos, por ser tan escasas las noticias encontradas para la resolución de estos extremos, de tanta importancia para la historia del arte español.

Una afortunada búsqueda documental que vengo realizando desde hace algunos años en archivos toledanos, singularmente en el inexplorado de Protocolos y concretada únicamente al estudio del arte español durante el fecundísimo siglo xvi y primeros años del siguiente, me brinda ocasión ahora de ofrecer a mis benévolo lectores algunos documentos relativos a esta obra, por los cuales puedo designar en firme quiénes fueron los autores que en ella intervinieron desde los comienzos de la hechura de toda ella.

Llegamos, por tanto, a la parte más importante de este estudio.

Cinco artistas figuran en las obras del retablo de Colmenar Viejo. Dos para la obra de ensamblaje, talla y escultura: los escultores Francisco Linares y Juan de Tovar; tres para la de pintura, dorado y estofado: Hernando de Avila, Jerónimo Rodríguez y Rodrigo de Vivar. Solamente éste es anónimo; de Linares he dado algunas noticias (1); de Tovar y Rodríguez son escasísimas, no conociéndose de este último obra alguna. De Hernando de Avila se han ocupado el sabio Tormo y Sánchez Cantón.

La prueba documental de ser Linares y Tovar los escultores ejecutantes del ensamblaje, talla y escultura me la brinda el documento (extracto) otorgado en Toledo a 17 de febrero de 1576, ante el escribano Hernando de Santa María, por María de Vargas, viuda, mujer que fué del escultor Juan de Tovar, difunto (murió en los primeros días del mes de septiembre de 1573), y Catalina Ruiz, mujer que fué del escultor Francisco de Linares (murió en 1575), y como sus herederas otorgaron que recibieron de Fran-

(1) Véase mi estudio titulado *Nuevas noticias referentes al poeta Garcilaso de la Vega*. Madrid, 1927.

cisco Gutiérrez y de Juan de Olalla, cura y mayordomo, respectivamente, de la iglesia de Colmenar Viejo, 26.434 maravedís, con los cuales se les acabó de pagar todo el precio en que fué tasado el retablo que se hizo para la iglesia de esa villa, conforme a la escritura que de ello tenían, la cual es presumible suponer que fuera extendida en la villa de Colmenar Viejo ante alguno de los escribanos de la misma, según costumbre de aquellos tiempos. (Documento número 1.)

No sería difícil encontrar tan interesante documento, en el cual se escriben todas las condiciones para hacer esta obra *de romanos*.

El examen de las fotografías permite afirmar que la parte escultórica corresponde a la labor que esos y otros notables maestros ejecutaban en buena parte del siglo xvi, obra correcta y llena de realismo.

La disposición de este retablo recuerda otros muchos de Toledo y de fuera de él; sus autores se dejan arrastrar por el estilo de Berruguete, Vignali y Gregorio Pardo, sin llegar a la expresión y vigor que estos eximios artistas imprimieron a sus celebradas obras.

Se puede admitir que la construcción del retablo, en su parte escultórica, comenzó en 1567 ó 1568, terminándole en blanco tres o cuatro años más tarde, hacia 1571 ó 1572 —en el supuesto de que este extremo del contrato se hubiera cumplido escrupulosamente—, fecha en la que pudo ser colocado en la iglesia por los mismos artistas. En cuanto al precio ambos escultores murieron sin percibir las últimas pagas, las cuales recibieron sus esposas en Toledo en presencia del escribano de los de número de la ciudad, Hernando de Santa María.

Simultánea al contrato de la obra de escultura fué la de la pintura, dorado y estofado del retablo. Se ordenó ésta por provisión del ilustre canónigo D. Gómez Tello Girón, gobernador del Arzobispado de Toledo, y en el documento —que no he encontrado— se encomendaba a los pintores Hernando de Avila y Rodrigo de Vivar para que la hicieran en el plazo y por el precio señalados en esa provisión o licencia, según era costumbre.

En el mes de octubre o primeros días de noviembre, el pintor Jerónimo Rodríguez solicitó de sus compañeros Avila y Vivar tomar parte en la obra de pintura, dorado y estofado del mencionado retablo; accedieron éstos, y en 11 de este último mes «otorgaron que son concertados e conbenidos con Gerónimo Rodríguez, pintor v^o desta dha. çibdad de toledo, que está presente, de le dar, como por la presente dieron, la terçia parte de la hechura del dho. Retablo por Razón quel dho. Gerónimo Rodriguez se encarga e a de encargar de solizitar el dho. Retablo para que se faga dentro del termino e con las condiciones que capitulará e fziere con el cura e mayordomo de la dha. yglesia con parecer de los dhos. Rodrigo de bibar e fernando de avila e a de ser a su costa la terçia parte de las manos e pintura que se fziere en el dho. Retablo, e a de llevar la terçia parte del precio... e cumplir por su parte las condiciones con que se concertare de fazer el dho. Retablo e demás desto a de solicitar que se haga». (Documento número 2.)

Consecuencia de este concierto entre los referidos artistas, Rodrigo de Vivar y Hernando de Avila, el mismo día 11 dieron dos poderes a su compañero Jerónimo Rodríguez para que pudiera tratar y concertar con el visitador del partido, el cura, mayordomo y Concejo de la villa las condi-

ciones con que se había de pintar, dorar y estofar el retablo, y dentro de qué término, y todo lo demás pertinente a esta obra. (Documentos números 3 y 4.)

Las gestiones que hiciera el pintor Rodríguez hasta conseguir tomar parte en la hechura de la obra y los conciertos con cada uno de aquéllos no los he encontrado en los protocolos del escribano Sánchez de Canales, ante quien se otorgaron aquellos otros. Hay que pensar en alguno de los escribanos de la villa de Colmenar Viejo.

Hay que admitir, en presencia de todos estos antecedentes y de la cordialidad de relaciones entre los tres artistas, que Jerónimo Rodríguez consiguió sus deseos.

Son seis los lienzos componentes del retablo y diez y seis las composiciones desarrolladas en la parte interior de las dos hojas de la puerta del sagrario. Los documentos no especifican quiénes pintaran unos y otras. Estos datos había que buscarlos en los libros de fábrica de la iglesia de Colmenar, y a falta de ellos, un concienzudo examen a la vista del dibujo, colorido, ejecución, etc., de lienzos y composiciones daría a conocer la obra de cada uno de ellos, atendiendo a la consideración de que las pinturas más interesantes del retablo deben ser obra de Hernando de Avila, uno de los maestros de más nombradía y significación artística en esos tiempos.

Jerónimo Rodríguez nació en la primera mitad del siglo xvi y falleció en 1582; fué amigo del notable escultor y maestro vidriero de la santa iglesia de Toledo Nicolás de Vergara, *el Viejo*, y de los pintores Luis de Velasco, Juan Sánchez de Avila y del notabilísimo Juan Correa de Vivar, del cual me he de ocupar extensamente en ocasión oportuna (2).

De Rodrigo de Vivar he obtenido escasísimas noticias.

Según los datos aportados por el presbítero García Rojo, aparecen interviniendo en este retablo, hacia 1574, los pintores Alonso Sánchez y Diego de Urbina. ¿Cómo explicar la colaboración de éstos en esa obra? Solamente admitiendo que por la muerte de Rodrigo de Vivar pudieron sustituirle; Hernando de Avila y Jerónimo Rodríguez vivían todavía.

Por lo atañente a los datos comprendidos en el documento número 201 —*Memoria de la Real Academia Española*, extracto de los papeles que dejó inéditos el erudito Pérez Pastor—, en el cual Alonso Sánchez Coello, pintor de S. M., y Hernando de Avila dieron poder en 31 de marzo de 1583 para cobrar del cura de Colmenar Viejo los maravedís que se les debían de la obra de un retablo que estaban haciendo para la iglesia de dicha villa, fácilmente se colige que se trata de obra distinta, la cual existirá todavía en ese templo.

COMANDANTE GARCÍA REY

(Artículo póstumo.)

(2) Nosotros somos los primeros en lamentar el que esta promesa no pueda ya cumplirse por muerte del autor. (*N. de la R.*)

DOCUMENTO NÚMERO 1

Carta de pago de la iglesia de Colmenar Viejo con la parte de los herederos de Juan de Tovar y Francisco de Linares.

(Toledo, 17 de febrero de 1576.)

Extracto

«En la ciudad de Toledo, a diez y siete días del mes de febrero de mil quinientos setenta y seis, ante el Escribano público parecieron presentes María de Vargas, viuda, mujer que fué de Juan de Tovar (escultor) difunto y Catalina Ruiz, mujer que fué de Francisco de Linares (escultor) difunto, y como sus herederas otorgaron que recibieron del señor Francisco Gutiérrez, Cura de la iglesia parroquial de Colmenar Viejo, en nombre de Juan de Olalla, vecino de la mencionada villa y mayordomo de la fábrica de la iglesia, veintiséis mil cuatrocientos treinta y cuatro maravedís, con los cuales se les acaba de pagar todo el precio en que fué tasado el retablo que se hizo para la iglesia de esa villa, conforme a la escritura que de ello hay; los cuales maravedís recibieron hoy día de la fecha de esta carta en presencia de mí, el Escribano público, siendo testigos presentes el Licenciado Alonso de Caballero, el Licenciado Bonifaz de Tovar y Juan de Vargas.—Alonso Caballero.—Catalina Ruiz.» (*Firmas autógrafas.*)

Archivo de Protocolos de Toledo. Escribano, Fernando de Santa María. Folio 335.

DOCUMENTO NÚMERO 2

Extracto

«En Toledo, a once de noviembre de mil quinientos sesenta y seis, en presencia del Escribano público parecieron presentes Rodrigo de Vivar y Hernando de Avila, pintores, vecinos de esta ciudad, y dijeron: «que por quanto por provisión del muy ilustre señor Gobernador del Arçobispado de Toledo les fué encargada la pintura, dorado y estofado del Retablo que se a de fazer para la yglesia parrochial de la v^a de Colmenar Viejo, e está concertado que se haga e dello sea de fazer e otorgar escriptura en la qual se a de declarar el preçio e condiciones quel dho. Retablo se a de fazer, por tanto otorgaron que son concertados e conbenidos con Gerónimo Rodríguez pintor, v^o desta dha. cibdad de Toledo questá presente de le dar como por la presente dieron la tercia parte de la hechura del dho. Retablo por Razon quel dho. Gerónimo Rodríguez se encarga e a de encargar de solizitar el dho Retablo para que se faga dentro del término e con las condiçiones que capitulará e fiziere con el cura e mayordomo de la dha. yglesia con parecer de los dhos. Rodrigo de Bibar e Fernando de Avila e a de ser a su costa la terçia parte de las manos e pintura que se fiziere en el dho. Retablo e a de llebar la terçia parte del preçio que por el dho. Retablo se diere pagado a los plazos que se concertare e a de guardar e cumplir por su parte las condiciones con que se concertare de fazer el dho. Retablo, e demás desto a de

solicitar que se haga», y el referido Jerónimo Rodríguez aceptó y se obligó a cumplir lo que dicho es y las demás partes a cumplir igualmente lo contenido en esta escritura. — Gerónimo Rodríguez. — Her.^{do} Dávila. — R.^o de Viuar.» (*Firmas autógrafas.*)

Archivo de Protocolos de Toledo. Escribano, Juan Sánchez de Canales. Folio 742 y vuelto.

DOCUMENTO NÚMERO 3

Extracto

«Sepan cuantos esta carta de poder vieren como yo, Rodrigo de Vivar y Fernando de Avila, pintores, vecinos de Toledo, decimos: «que por cuanto por provisión del muy Ill.^e Señor don Gómez Tello Girón, Gobernador del Arzobispado de Toledo, se nos ha encargado la pintura, dorado y estofado del retablo que se ha de hacer para la iglesia parroquial de la villa de Colmenar Viejo, por tanto otorgamos que damos nuestro poder cumplido a vos, Jerónimo Rodríguez, pintor, vecino de Toledo, que al presente estáis en el lugar de Canencia, para que en nuestro nombre podáis tratar y concertar con el magnífico señor Visitador del partido y cura de la iglesia, mayordomo de la fábrica de ella y concejo de la villa, sobre las condiciones con que se ha de hacer el expresado retablo de pintura, dorado y estofado y dentro de qué término y por qué precio y todo lo demás que conceptuareis necesario concertar, haciendo las escrituras que convengan al caso..., que fué hecha y otorgada en Toledo a once de diciembre de mil quinientos sesenta y seis.—Her.^{do} Dábila.—R.^o Viuar.»

Archivo de Protocolos de Toledo. Escribano, Juan Sánchez de Canales. Folios 1.257 y 1.258.

DOCUMENTO NÚMERO 4

Extracto

«Sepan cuantos esta carta de poder vieren como nos, Rodrigo de Vivar y Fernando de Avila, vecinos de Toledo, decimos: «que por cuanto por provisión del muy Ill.^e Señor don Gómez Tello Girón, Gobernador del Arzobispado, se nos ha encargado de hacer la pintura, dorado y estofado del retablo que se ha de hacer para la iglesia parroquial de la villa de Colmenar Viejo; por tanto otorgamos todo nuestro poder a vos, Jerónimo Rodríguez, pintor, vecino de la ciudad de Toledo, que estáis presente especialmente para que por nos y en nuestro nombre podáis tratar y concertar con el cura y mayordomo de dicha iglesia y concejo de la villa las condiciones con que dicho retablo se ha de pintar, dorar y estofar, y dentro de qué término, precio y todas las demás condiciones que estimarais necesarias y otorgar en nuestro nombre las escrituras que convengan...»

Fué otorgado en Toledo a once de noviembre de mil quinientos sesenta y seis, siendo testigos Hernando de Santamaría, Juan de Segovia y Miguel de Santamaría. — Her.^{do} Dávila. — R.^o de Viuar.» (*Firmas autógrafas.*)

Archivo de Protocolos de Toledo. Escribano, Juan Sánchez de Canales. Folio 743 y vuelto.

RESEÑAS

LAS GRANDES OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL: (I. *Fausto*. II. *El paraíso perdido*.—III. *La Eneida*.—IV. *Las novelas ejemplares*.—V. *La Jerusalén libertada*.—VI. *El Buscón y Los sueños*. Barcelona. Editorial Iberia (1932), 6 vols. con láminas fuera de texto, en folio, 4 pesetas tomo.

No son muy frecuentes las ediciones decorosas de los clásicos universales. La aceptación que todavía tienen en el público unida al no percibimiento de intereses, son causas de que el editor menos rumboso se lance a ellas con singular desaprensión. Y así no es raro contemplar a Ovidio en papel de estraza y hallar a Cervantes en letras torpes de hoja volandera. Por eso admiro no poco el caso de la Editorial Iberia de Barcelona. Edita las obras maestras de la literatura universal en buen papel y correcta impresión — cabeceras, capitulares y remates a color —, con láminas admirables de ediciones príncipes y a un precio realmente inverosímil. El tomo I, *Fausto*, de Goethe, lleva láminas debidas a los famosos artistas Kreling y Sim, y comprende la primera, la segunda y la tercera parte del drama inmortal; esta última casi nunca recogida, ni aun en las ediciones de bibliófilo. El tomo II, *El Paraíso perdido*, de Milton, va ilustrado con dibujos debidos a Flatters, Hernouville, Lemercier, Richomme y Melin. El tomo III, *La Eneida*, de Virgilio, lleva famosas reproducciones de pinturas de Van Dyck, Rubens, Boucher, Tiopolo, Dell'Abate, Romano y otros. El tomo IV, *Las novelas ejemplares*, ha sido ilustrado con doce dibujos de Paret, grabados en cobre por Albuerne, Esteve y Manuel Salvador Carmona. Se incluye en el volumen la obra atribuida a Cervantes de *La tía fingida*, que, pese a los razonamientos discretos de Icaza, a ninguna pluma conviene mejor que a la del inmortal alcaláño. El tomo V, *La Jerusalén libertada*, de Tasso, se adorna con las láminas ejecutadas en 1745 por Juan Bautista Piazzeta, y el tomo VI, y último por ahora, *El Buscón y Los Sueños*, de Quevedo, comprende todos los grabados de la edición de V. Castelló.

Las traducciones han sido encomendadas a literatos de mucha solvencia, y cuando el texto necesita aclaración o complemento llegan las notas con oportunidad y erudición decisivas.

Creemos que estas ediciones Iberia, de las obras maestras de la literatura universal, sirven como pocas para dar a la curiosidad, cada vez más

ávida, de la juventud que estudia y del obrerismo que se redime intelectualmente, la sensación completa de las novelas, de los dramas y de los poemas inmortales. Mucho nos tememos que pase mucho tiempo antes que otro editor decidido y desprendido quiera anularlas para bien del lector español y para fama del libro español.

S. DE R.



BARBERÁN, CECILIO.—*Artistas contemporáneos: I. Eduardo Navarro*, Ediciones de arte Inchausti. Madrid, MCMXXXII; en 8.º, cartóné, 87 págs. + (VII) + XIV láminas adheridas.

La personalidad artística de Eduardo Navarro demandaba ya hacia tiempo una pluma digna de emplearse en el estudio de sus determinantes estéticas. Cecilio Barberán —crítico y crítico, crítico doble: crítico de arte, *Mosaicos en torno al grabado español*, y crítico de letras, *La nueva lírica andaluza*— exprime el admirativo zumo de su estudio exegético. Con pluma fina comenta el fino buril. Eduardo Navarro es un gran aguafortista, cuya obra y cuyo nombre nos son familiares a cuantos seguimos con un poco de atención la trayectoria artística contemporánea. Su nombre y su obra. Pero no su formación y su vida.

«Y es que en el arte también hay absentistas —explica Barberán—; valores estéticos existen que absorben una gran cantidad de atención, que las más de las veces se solicita para repetir lo que la mayoría tiene en olvido, con notorio perjuicio para estas otras figuras, que no tienen otro que el tener el tiempo muy pegado aún a sí mismos, cosa que suele producir que su obra no sea estimada con la justicia [con] que se estima cuando la lejanía, el tiempo extingue piadosamente las llamas de la rivalidad.»

Malagueño, Eduardo Navarro fué de la mano de César Alvarez Dumont hasta 1906. En este año, el Ayuntamiento de su ciudad natal le dió unas pesetas para visitar los museos de Madrid. Calculó estar ocho días y... aún no ha vuelto. Navarro es hombre que no tiene miedo a enfrentarse con las circunstancias adversas. Ofició en los más diversos ritos profesionales. Su arrogancia de artista —y de hombre franco— impregna detalles pintorescamente biográficos; obligado por el medio se decide a pintar puertas en una casa en construcción barcelonesa. Y, naturalmente, al acabar de embadurnar las ásperas tablas uniformemente, firma en la esquina de cada una: Eduardo Navarro. «¡Como si se tratara de su mejor obra!», comenta Barberán. No se admire, Barberán, del hecho; es, en efecto, una magnífica obra espiritual: la del que está seguro de sí mismo.

En más favorables condiciones puesto, Navarro pinta el paisaje castellano en toda su muda y seca desnudez. No olvidemos —para valorar la maestría— el magnífico óleo *Campo y nubes* (¿1923?), que guarda el Museo de Arte Moderno.

Tal vez el estudio del paisaje para sus lienzos llevó como de la mano a Navarro al manejo, estudio y dominio del grabado. Pronto el grabador oscureció al pintor. Y al grabador «de todo», el aguafortista. «La obra grabada de Navarro es fruto de estrecha disciplina, de una depuración estética y técnica, que empleó un largo período de su vida, que comienza en estudios múltiples, y que son como paso de tanteo para afianzarse en ella.» El biógrafo reconoce que la facilidad del grabado de Navarro existe; pero que no proviene de la improvisación, sino de la depuración. Creación y selección, diría yo.

No quitaré espacio con mis líneas a un sustancioso párrafo de Barberán: «Su arte, tan bello, recatado y noble, guarda un paralelo exacto con su vida. Noble bellamente, con una limpidez de procedimientos ejemplar y con una sencillez ascética, como la que vemos en sus óleos, Navarro vive hoy con una sobriedad hidalga que a cada hora le impone un sacrificio, y, careciendo de mucho, pudiera decirse que, si lo sacamos del refugio de su arte, no ambiciona nada.»

¡Buena semblanza va en esas líneas de este gran aguafortista español contemporáneo!

* * *

Las láminas reproducidas son: *Corral de Don Diego, Contraluz, Acueducto de Segovia, Campo y nubes, Castillo de Mombeltrán, Eucaliptus, Plazuela del Rastrillo, El olmo y el ciprés, Castillo de Sigüenza, Pinos, La noche, Los hermanos, Pastoral y Glorieta del estanque.*

La presentación y la impresión (Chulilla y Angel), depuradas, bellas.

R. M.



ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA, JOAQUÍN. — *Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos*. — Madrid, Tipografía de Archivos, 1932, 426 páginas, 8.º [Edición de 250 ejemplares numerados.]

La nota de interés, el aspecto original de una investigación histórica muchas veces no suelen estar en el asunto mismo; dependen, en la mayoría de las ocasiones, de *la maña* que se da el historiador para suscitarlos con una propensión puramente subjetiva. A lo peor realmente la originalidad y el interés son filones imposibles en la tal investigación. Este es el caso de las batallas literarias libradas entre Lope de Vega y los «aristotélicos» capitaneados por el lector de Gramática de la Universidad de Alcalá, Pedro de Torres Rámila.

Maldiciente, malhumorado en ocasiones, soberbio siempre, el poeta de

La estrella de Sevilla no perdió ocasión ni ripio para insultar, calumniar e ironizar a sus adversarios. Y éstos, el citado Rámila, Villegas, Cristóbal de Mesa, Suárez de Figueroa, atrabiliarios, hambrones, en categoría de pícaros, se tomaron con creces sus desquites en verso y prosa, literal y verbalmente, uno a uno y en comandita tremenda. Pese al ingenio indudable de los contendientes..., una disputa más entre gentes de letras. ¿Puede asombrar a mundo ni mundillo sucesos de todos los días, en todas las latitudes? Se necesita el acierto de prestigitador, la amenidad de estilo, la calidad investigadora que concurren en Joaquín Entrambasaguas y Peña para dar amenidad, valor literario, *fisonomía nueva* a una de las aludidas grescas pseudoingeniosas.

¿Cuál fué el contenido de la *Spongia*, libelo en el que, según Entrambasaguas, «habían de aparecer reunidas por primera vez, de un modo sistemático y ampliadas extensamente, las críticas contra Lope de Vega...?»

Desdichadamente se desconocen, «a causa de no conservarse ningún ejemplar de la *Spongia*, cuya edición fué destruída, con perseverancia y rapidez realmente únicas, por los admiradores y partidarios de Lope».

¿Quiénes redactaron la *Spongia*? La mayoría de los críticos señalan a Rámila sin titubeo alguno. Entrambasaguas detalla con pruebas irrefutables el tanto de culpa de Juan Pablo Mártir Rizo, que mostrándose a las claras amigo del *Fénix*, a las turbias no tenía inconveniente en lanzarle las más soeces diatribas.

¿Qué cargos deshonorosos se le imputaban a Lope? Del examen detenido de la *Expostulatio Spongiæ*, defensa acérrima del poeta del *Isidro*, escrita por sus panegiristas, Entrambasaguas deduce los siguientes:

Primero. El de mal *metrificador*.

Segundo. El de misticador absurdo de realidades, por poner en boca de sencillos pastores —*La Arcadia*— conceptos rebuscados de Física, Astronomía, Astrología y Ciencias Naturales.

Tercero. El de vil imitador de Taso, con la «insípida epopeya mal limada» de *La Jerusalén conquistada*.

Cuarto. El de *traductor* pésimo de ciertos versos italianos de Strozzi,

Quinto. El de una incultura grande. Medinilla y Cejudo le explicaban el latín, lengua conocida por cualquier mediano escritor de entonces.

Sexto. El de *un peso de piedra* que tenía en el ingenio y que era la causa de su pobretería y zascandilamiento...

Muchos otros cargos determina Entrambasaguas. Y con fino instinto en ocasiones y a veces con insuperable maestría, crítica, examina posibilidades, compulsa sucesos y determina personajes... hasta lograr esa obra *suya de tantos quilates de originalidad y de entretenimiento*.

En siete extensos capítulos se divide *Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos*: I. «Orígenes de la guerra.» (Autores de la *Spongia*. Literatos y literatoides de Madrid, Alcalá y Toledo en el siglo XVII.) II. «La *Spongia*.» (Su desaparición. Intervención de Suárez de Figueroa. Traducción de la *Poética*, de Aristóteles, por Mártir Rizo...) III. «Las primeras respuestas a la *Spongia*.» (Actitud de Lope ante los ataques. Dos sátiras inéditas del *Fénix*. El cartel de desafío de *Franciscus Antididascalus* a Torres Rámila...) IV. «La *Spostulatio Spongiæ*.» Su contenido. Panegiristas de Lope. La respuesta a la *Spongia*. (Cruel difamación de Torres Rámila...) V. «La

Filomena.» (Estado de la guerra después de la *Expostulatio*. Respuesta definitiva de Lope: la poética lucha del *Ruiseñor* y del *Tordo*. Triunfo de Lope de Vega...) VI. «Resultados de la guerra.» (Oposiciones de Torres Rámila. Unas informaciones excepcionales. Alusiones a la guerra...) VII. «El final de la guerra.» (Interferencia de D. Juan de Jáuregui. Alusiones de los Soliloquios amorosos. Ataque postrero... Muerte de Lope y de Torres Rámila...)

La mera enunciación de los temas fundamentales de esta obra llevará al convencimiento de los lectores curiosos la importancia del esfuerzo «todo precisión y armonía» de Joaquín Entrambasaguas y Peña. No le lanzaré yo al investigador la enorme imputación de ser el erudito más joven de España, como hizo una distinguida periodista —muy *dinámica*—, pero sí le acusaré —en tono menor, por ser quien es el delator—, de ser uno de los eruditos más competentes y amenos de la generación *reciente* y aun de las anteriores y de las ya mandadas a retirar.

S. DE R.

BIBLIOGRAFÍA

POR

AGUSTÍN MILLARES CARLO, JENARO ARTILES Y AGUSTÍN G. IGLESIAS

Archiveros bibliotecarios

- 51.—ANDERSON (W. J.): *Nouvelle liste des «membra disiecta»*, en *Revue Benédicteine*, XLIII (1931), páginas 104-105

Vatic. Ottobon. lat. 1210 + Vat. Palat. lat. 869, ff. 62-9 (en minúscula carolingia de los siglos XI y XII, con influencias visigóticas y parte en escritura visigótica).

El Ottobon. (Lucano, *Farsalia*), de fines del siglo XI o comienzos del XII, ha sido recientemente estudiado por Mr. Leslie Smith en *New Palaeographical Society*, II, pág. 144, y por el malogrado P. B. Katterbach, *Ein Westgotischer Kodex der Vatikanischen Bibliothek in Abhandlungen aus dem Gebiete der mittleren und neueren Geschichte*, etc Münster i. W., 1925, págs. 62-66.

Se trata de una escritura carolingia influida por la visigótica. Hay también «marginalia» visigóticas. Desde el folio 41 hasta el fin la letra es visigótica, salvo el fol. 73, suplido en gótica del siglo XII.

- 52.—ANGELO (Ficana): *La posizione di San Girolamo nella storia della cultura*, con *Brevi parole* del Prof. V. Ussani sul suo insegna-

mento. Agrigento, 1914-1930, dos vols. en 8.º, VIII-216 + X-178 páginas.

En el vol VII (1931) de los *Rendiconti della R. Accademia nazionale dei lincei* (págs. 171-172) se da cuenta de la presentación de la obra a la Academia por el miembro correspondiente, V. Ussani, en nombre del autor, al mismo tiempo que en trega, y se publica, un breve comentario.

- 53.—BETI BONFILL (Manuel): *Orígenes de Villafranca del Cid*. Castellón, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XIII (1932), cuad. III, págs. 192-199.

- 54.—CARANDE (Ramón): *El obispo, el concejo y los regidores de Palencia (1352-1422). Aportación documental sobre el gobierno de una ciudad en la Edad Media*. Madrid, en REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento, tomo IX (1932), páginas 249-271.

- 55.—*Carta-puebla de Morella, por Blasco de Alagón a 17 de Abril de 1233*. Castellón, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cul-*

tura, XIII (1932), cuad. IV, páginas 291-292.

56.—*Carta-puebla de Ribesaltes, Berita y Truchelles, por el Señor Domingo Ros de Ursins, en Onda a 7 de Marzo de 1405.* Castellón, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XIII (1932), cuad. I, págs. 33-38.

57.—*Carta-puebla de la Vall de Uxó, por D. Jaime I en Agosto de 1250.* Castellón, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XIII (1932), cuad. II, págs. 168-170.

58.—*Carta-puebla de Vallibona, por Blasco de Alagón en noviembre de 1233.* Castellón, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XIII (1932), cuad. IV, páginas 293-294.

59.—*Carta-puebla de Villafranca del Cid, dada por Blasco de Alagón en Morella a 7 de Febrero de 1239.* Castellón, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XIII (1932), cuad. III, páginas 190-192.

60.—*Catálogo de la antigua librería Babra, dirigido y publicado por Francisco Vindel... Obras seleccionadas. Ilustrado con 105 fac-símiles.* Barcelona, 1931.

Destacaremos los ejemplares siguientes:

8.—Biblia del Rey Don Martín. Siglo xiv. Tres volúmenes en gran folio. Vitela. Grandes iniciales miniadas; escritura gótica catalana del siglo xiv; láms. 31-32.

20.—Fuero Real. Redonda del siglo xv, gran folio. En castellano, escrito hacia 1425. Facs. de la primera página en la lám. 53.

27.—Pandectas y decretales, siglo xiv; láms. 66-67.

49.—TOMICH (Pedro): *Istorias e conquestes del Realma de Aragón e principat de Catalunya.* Hacia 1448. Escritura catalana característica; láminas 97-98.

46.—Séneca. Manuscrito, letra catalana característica, del siglo xv; láms. 92-93.—A. M. C.

61.—*Catálogo de los manuscritos catalanes, valencianos, gallegos y portugueses de la Biblioteca de El Escorial*, por Fray Julián Zarco Cuevas. Se incluye también el de los fragmentos latinos que se omitieron en el general de la misma biblioteca. Madrid, Tipografía de Archivos, 1932. 164 páginas en 4.º

El P. Zarco Cuevas, diligentísimo bibliotecario de El Escorial y académico de la Historia, completa con este catálogo la gran obra de su anterior *Catálogo de manuscritos castellanos* (1) del que el de ahora puede considerarse como apéndice; y si no figuran formando un solo cuerpo, dice el autor, es ello debido únicamente a que no creyó oportuno abultar más el grueso volumen último del *Catálogo de manuscritos castellanos*.

La técnica seguida en la confección de este catálogo ya es conocida de los lectores de esta REVISTA, en cuyas páginas fueron apareciendo comentarios elogiosos de los tomos anteriormente citados, a medida que iban apareciendo (2): la misma minuciosidad bibliográfica, igual exactitud en las descripciones, parecida ponderación de valores intrínsecos de los manuscritos registrados, que

(1) Madrid-El Escorial, 3 vols., 1924-1929.

(2) REVISTA II (1925), págs. 577-578, y IV (1927), págs. 227-230.

se manifiesta en la extensión que a cada uno dedica... y hasta la misma imprecisión en la nomenclatura técnica, patente aquí sobre todo en la clasificación y denominación de las letras: unas veces se la designa con la forma vaga de «letra de tal siglo», o «letra de tal siglo o del siguiente», y otras se concreta más, en forma que hace más insegura la determinación: «letra gótica francesa de tal siglo», «letra de albañes o letra de albañes catalana».

En total son trescientos los manuscritos reseñados. Desde la página 137 al final del libro se desarrollan los índices: uno alfabético de anónimos y autores, de personas y lugares, que acaso debió separarse en dos y tal vez en tres para mayor comodidad, y otro de materias, echándose de menos el general.—A.

62.—CHARPIN (Lidia): *Testimonianze cristane sull teatro romano dell'età imperiale*. Venezia, Reale Instituto Veneto de Scienze ed Arti, en *Atti*, tomo XC (1931), páginas 571-591.

Estudia las alusiones dispersas en la literatura latino cristiana (hasta el siglo v) sobre el teatro romano de la época imperial, distribuyendo el trabajo en géneros literarios: tragedia, comedia, *atellane*, pantomimas.—A.

63.—*Comitato nazionale italiano per il Dizionario Latino dell'alto medioevo. Relazione dello stato dei lavori al 12 marzo 1932*. Venezia, Reale Instituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti, en *Atti*, tomo XCI (1932), dispensa settima, págs. 651-655.

El Comité italiano de redacción del glosario medieval da cuenta del estado actual de los trabajos y de

la relación de método con los demás países. En este último aspecto reproduce la cuestión, tan debatida ya, de si la recensión de textos debe ser completa (*exhaustif*), o, según previa selección (*par choix*), sosteniendo frente al criterio surgido en Inglaterra, en 1924, de reducir la tarea (selección) para asegurar el fin de la obra, el de que sea completa la recensión. Seguidamente da cuenta el Comité del estado numérico de sus fichas en la fecha indicada y del estado de los medios económicos de que dispone la Comisión. El 15 de marzo de 1931 contaba el fichero romano con 157.514 fichas, aumentadas el 12 de marzo del año actual con 71.554, más 4.000, cuyo envío anuncia un colaborador. A este número hay que añadir unas 68.000 fichas de la Escuela Normal Superior de Pisa, con las cuales el acervo del fichero romano alcanza la cifra de 300.000.

Como se sabe, el *Archivium Medii Aevii* ha publicado (año VI, número 1) la lista de los textos de que se ha servido el Comité italiano para la confección de sus fichas. *Indice provvisorio degli spogli italiani per il Dizionario Latino dell'alto medioevo*, cuyas separatas han sido enviadas gratuitamente a los demás Comités nacionales.—A.

64.—DEFERRARY (Roy Joseph) y CAMPBELL (James Marshall): *A Concordance of Prudentius*. Cambridge, The Mediaeval Academy of America. Año 1932, tomo VIII-833 págs.

Es el tercer volumen de concordancia, cuya publicación ha emprendido la Academia Americana de Historia Medieval. Han aparecido ya la de la *Historia Ecclesiastica*, de Beda el venerable; la de Boecio, donde se examinan y «disecan» los

cinco libros *De consolatione philosophie*, y éste de ahora sobre Prudencio. La aridez y la estructura casi mecánica de la obra, puesto que se reduce a largas listas alfabéticas de todas las palabras usadas, no quita utilidad a la obra, que resulta en definitiva un excelente glosario medieval.—A.

- 65.—*Dictionnaire encyclopédique de la Bible*. París, «Je Sers.» (1932). Vol. I, *Aaron-Kyrie eleison*, 712 páginas.

Contiene todas las palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento, ordenadas alfabéticamente con referencia a los textos, además de bibliografía abundante. El tomo primero, cuyo primer volumen aparece ahora, será seguido de un segundo volumen, tras el cual continuará la obra con un tercero dedicado a la influencia ejercida por la Biblia en el mundo.

La obra, profusamente ilustrada, está dirigida por el profesor honorario de Toulouse, M. Alexandre Westphal, y de su utilidad para trabajos de carácter medievalistas no hay por qué hablar.—A.

- 66.—DOMÍNGUEZ BORDONA (J.): *Catálogo de los manuscritos catalanes de la Biblioteca Nacional*. Madrid, Blass, 1931; en 4.º, 181 páginas + VIII láms.

Con la publicación de este *Catálogo* inicia la Biblioteca Nacional de Madrid una serie de trabajos destinados a dar a conocer con orientación moderna sus riquísimos fondos. Actualmente se hallan en preparación, que sepamos, el *Catálogo de manuscritos bíblicos*, que publicará el docto bibliotecario don Martín la Torre, y el de códices y

papeles referentes a Indias, objeto de las investigaciones del jefe de la sección de manuscritos D. Julián Paz. También se está procediendo a la revisión del *Catálogo teatral* publicado en el siglo pasado por Paz y Meliá, con objeto de corregir sus deficiencias y de incorporar a él las obras procedentes de la oficina de censura gubernativa.

El *Catálogo* de Domínguez Bordona registra hasta 213 manuscritos en lengua catalana. Se ha cuadruplicado, por consiguiente, su número desde que en 1896 publicó Massó Torrents su obra *Manuscripts catalans de la B. N. de Madrid. Noticias per un Catàleg raonat*. Ello sin contar las obras teatrales, incluidas entre los años de 1854 a 1868.

De cada manuscrito se consignan en este *Catálogo* las noticias esenciales, número de folios, tamaño en milímetros, época y materia. Sigue-se el orden topográfico actual. Tres índices, de personas, geográfico y materias, facilitan el manejo de este utilísimo libro. Señalemos por su interés paleográfico las ocho láminas incluidas al final y correspondientes a los manuscritos 6.291 (siglo xiv), reservado 48 (siglo xiv), 921 (del año 1385), 1.792 (anterior a 1417), 2.215 (siglo xv), 9.750 (siglo xv), 1.796 (de 1464) y reservado 203 (siglo xv). A. M. C.

- 67.—FOULCHÉ-DELBOSC (R.) et HAGGARTY KRAPPE (A.): *La légende du roi Ramire*. — New York-París, 1931; 4.º [6] + 489 a 543 páginas. (*Extrait de la Revue Hispanique*, tomo LXXVIII).

- 68.—FOULCHÉ-DELBOSC (R.): *Observation sur la Célestine*, III. New York-París, 1930; 4.º, papel de Holanda. Tirada aparte de la *Revue Hispanique*, tomo LXXVIII, pá-

ginas 545-599, con 25 facsímiles a toda plana.

Las *Observations* I y II habían sido publicadas en la misma *Revue Hispanique*, tomo VII (1900), páginas 28-80, y tomo IX (1902), páginas. 171-199. Foulché-Delbosc había editado además dos veces la *Celestina*: una, según el texto sevillano (1501), en 1900, y otra, ateniéndose a la edición de Burgos (1499), en 1902.

69.—FRANCESCHINI (Ezio): *Il liber philosophorum moralium antiquorum*. Roma, en *Memorie della R. Accademia Nazionale dei Lincei*, año CCCXXVII, serie VI, vol. III (1931), págs. 355-399.

Un detenido estudio del texto medieval, conocido bajo el título expresado, del origen oriental del mismo y del de la versión latina difundida (del griego o del árabe); un estudio de los códices que lo contienen, y otro final sobre las obras de la literatura de Occidente, en que se nota la influencia del *Liber philosophorum*.—A.

70.—GARCÍA (Honorio): *El valle de Uxó y sus cartas pueblas*. Castellón, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XIII (1932), cuad. II, págs. 170-176.

71.—G[ARCÍA] DE VALDEAVELLANO (Luis): *El mercado. Apuntes para su estudio en León y Castilla durante la Edad Media*. Madrid, Tip. de Archivos; 1932. 4.º, 240 páginas.

72.—*Guide du lecteur a la Bibliothèque Nationale, à la Mazarine et à l'Arsenal*. Paris, éditions Albert Morancé; 8.º (2) + 42 + (4) páginas.

73.—IBARRA Y RODRÍGUEZ (Eduardo): *Los precedentes históricos aragoneses de los estatutos regionales*. Madrid, en *Anales de la Universidad de Madrid*, tomo I, número 1, págs. 54-75.

74.—LATTÉS (S.): *Recherches sur la bibliothèque d'Angelo Colocci*, en *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, publicados en *École Française a Rome*, tomo XLVIII (1931) pág. 37.

75.—LOWE E. A.: *A list of the oldest extant manuscripts of Saint Augustine with a note on the Codex Bambergensis*. Roma, 1931. (Tirada aparte de la *Miscellanea Agustíniana*, vol. II.)

Especiales observaciones sobre el bambergensis B IV 21, que el autor confronta con el Vat. lat. 3.375 (Eugippius), tan igual que parecen de la misma mano. Lowe traza la historia del bambergensis: fué escrito en Italia meridional, en el siglo VI; hallábase en Roma en el siglo VIII, y probablemente dejó Italia antes de fines del siglo IX para pasar a un centro donde se usaba la escritura anglosajona. como Fulda, desde donde debió pasar a Bamberg.—A. M. C.

76.—MENDEZ ALBARRÁN (Luis): *La clasificación bibliográfica decimal. Exposición del sistema y de sus tablas compendiadas*. Badajoz, Tipografía y librería de Antonio Arqueros, 1932, 237 páginas, en 4.º

Es una exposición clara y completa de los principios de la clasificación decimal y de las dificultades o simplemente los casos que se pueden presentar en la práctica cuando se trate de implantarla. Muchos años de experiencia del autor; el

haber trabajado bajo la dirección de un gran maestro en la ciencia bibliográfica y la técnica catalográfica, son títulos más que suficientes que abonan a Méndez Albarrán y lo colocan en situación de hacer una obra de esta clase, útil y eminentemente práctica. La realidad del libro a que nos referimos es la demostración materializada de que aquel abono era sólido y de que desde el voluntario encierro del anacoreta bibliógrafo, en el casi siempre yermo de la biblioteca, no es estéril: que el buen bibliotecario, el de vocación y de espíritu de trabajo es siempre útil, no sólo a los lectores que dependen directamente de él, sino a los demás bibliotecarios.

Un prólogo didáctico: el desarrollo del sistema, no muy extenso, pero sí lo suficiente para que el libro sea práctico y se pueda con él a la vista aplicarlo en una biblioteca medianamente dotada; las tablas auxiliares y el índice alfabético, además de una nota final explicativa de las finalidades y las actividades del Instituto Internacional de Bibliografía (una de cuyas publicaciones oficiales, la número 167, es el libro de Méndez Albarrán). He aquí el contenido de *La clasificación bibliográfica*, que se acaba de poner a la venta en los momentos precisamente en que toca a su fin la publicación de la edición segunda del *Manuel du repertoire bibliographique international* que edita el Instituto, y cuyos últimos pliegos, los finales del índice alfabético, se están recibiendo ahora. J. A.

77.—MENÉNDEZ PIDAL (R.): «*Galiene la belle*» y los palacios de Galiana en Toledo. Madrid, en *Anales de la Universidad de Madrid*, tomo I, núm. 1, págs. 1-14.

78.—MILLAS VALLIEROSA (J. M.): *Estudio sobre Azarquiel*. Madrid, en *Anales de la Universidad de Madrid*, tomo I, núm. 1, páginas 23-53.

79.—PETRICONI (H.): *Merimées*, «*Historie de Don Pèdre 1er*», in ihrem Verhältnis zur Chronik Ayalas und zur Geschichte, en *Volkstum und Kultur der Romanen*, IV, Jahrgang, 1-12. Heft, págs. 26-44.

80.—PFANDL (Ludwig): *Reseña sobre los viajes por España y Portugal*, de Arturo Farinelli, en *Zeitschrift für romanische Philologie*, Halle, 1932; LII band, Heft, I, página 125.

81.—PUIG (Juan): *El libre de privilegis de Cati*. (Continuació.) Castellón, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, tomo XIII (1932), cuad. II, páginas 155-163; ídem, cuad. III, páginas 237-244.

82.—PUIG (Juan): *Els senyorius d'En Blai d'Alagó, conquistador de Morella*. Castellón, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, tomo XIII (1932), cuaderno IV, págs. 294-302.

83.—RIBER (Lorenzo): *Un anti-Lulio (fray Anselm de Turmeda)*. Madrid, en *Boletín de la Academia Española*, tomo XIX (1932), páginas 249-259.

84.—ROHLFS (Gerard): *Sobre el libro de Johann Sofer Lateinisches und Romanisches aus den Etymologie des Isidorus von Sevilla. Untersuchungen zur lateinischen und romanischen Wortkunde*, en *Zeitschrift für roma-*

nische Philologie. Halle, 1932; LII band, Heft, III und IV, pág. 490.

85.—SÁNCHEZ GOZALBO (Angel): *El castillo de Onda y sus cartas pueblas*, III. Castellón, en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, tomo XIII (1932), cuaderno I, págs. 29-32.

86.—SIERRA CORELLA (Antonio): *El Archivo Municipal de Toledo. Estudio y relación de sus fondos*. Madrid, 1931; en 4.º, 109 páginas.

87.—SIERRA CORELLA (Antonio): *El Archivo de San Marcos de León. Algunos datos para la historia de la Orden Militar de Caballeros de Santiago*. Madrid, 1932; en 4.º, 114 págs., con láminas.

88.—TROILO (Sigfrido): *Due traduttori dell'Etica nicomachea: Roberto di Lincoln e Leonardo Bruni*. Venezia, Reale Istituto Ve-

neto de Scienza, Lettere ed Arti, en *Atti*, tomo XCI (1932), dispensas quarta e quinta, págs. 275-305.

Por tratarse de un texto medieval muy difundido, hemos de dar cuenta aquí, siquiera sea con suma brevedad, del trabajo. El autor estudia, desde el punto de vista histórico-filológico, la traducción hecha por el obispo de Lincoln (Roberto Grossthead) y la de Aretino, las dos estrictamente literales, *verbum ad verbum*, y surgidas como reacción contra la antigua versión, que para el espíritu finamente humanista de Leonardo Aretino no podía menos de resultar bárbara y falta de cuidados de forma.—A.

89.—VENDRELL GALLOSTRA (Francisca): *La corte literaria de Alfonso V de Aragón y tres poetas de la misma*. Madrid, en *Boletín de la Academia Española*, tomo XIX (1932), págs. 85-100 y 388-405.

ÍNDICES